



2.026

Juan Antonio Delgado Santana

**2.026**

Juan Antonio Delgado Santana

Nada más entretenido que buscar el origen de los sucesos interesantes que nos asombran o perturban, ni nada más grato que encontrarlo.

Benito Pérez Galdós, *Doña Perfecta*, cap. 26.

## UNO

El Teatro Metropolitano, enclavado en la zona residencial y acomodaticia de la ciudad, frente al parque de palmeras tropicales, de amplios jardines de flores exóticas y estatuas ecuestres, se alzaba majestuoso en medio de la noche. Estrellas diamantinas y astros nacarados refulgían encima, augurando una espléndida noche de promesas cumplidas. Era un antiguo templo gótico de estilo flamígero, cuya construcción se inició en 1.426 y se terminó en 1.606, prolijo en simbólicos encajes de piedra en el exterior, que representaban escenas místicas, evangélicas y bucólicas. La reforma fue auspiciada por el Ministerio de Fomento y Difusión Cultural, y había sido encargada a un famoso arquitecto japonés, admirador de las pirámides egipcias y del Coliseo romano, que en la presentación pública del nuevo proyecto aseguró pretender *“la unificación de religión, ciencia y espectáculo, en un esfuerzo no exento de grandiosidad artística, donde se pueda conjugar de manera plural la multidimensionalidad del espacio. Será la primera vez que en una misma referencia espacial se pueda rezar al Supremo, celebrar un simposio y representar una obra de ficción”*.

Había costado una fortuna a los contribuyentes, pero ahora, seiscientos años después del inicio de la construcción, en pleno verano del año 2.026, todos se maravillaban: el Estado, las finanzas trans-nacionales, la religiosidad remozada y la cultura patria contaban ya con un emblema arquitectónico de rancio abolengo, un lugar sagrado y pagano a la vez donde se podía compaginar política, negocios, erudición, devoción y arte. Los rezos, misas, bodas, comuniones y demás sacramentos de los siglos de antaño se enriquecerían ahora, por arte de birlibirloque democrático y gesta

gubernamental, con todo tipo de funciones para lustre del progreso y del tiempo libre: espectáculos teatrales, conciertos musicales, reuniones de fraternidades piadosas, congresos de partidos constitucionales, foros internacionales...; actos, todos ellos, que contribuirían a alumbrar los esplendorosos tiempos de la ultramodernidad en ascenso.

El templo había sido comprado a la Iglesia, y se había inaugurado semanas atrás con un espectáculo ecléctico que había reunido a cantantes, comediantes, magos, bailarinas y trapevistas de fama mundial, en una única representación de acreditado renombre, la cual había tenido amplia repercusión en todos los periódicos, revistas y televisiones importantes del mundo.

Pero ahora, en esta noche de cielo fecundo, el Teatro Metropolitano se abría por primera vez para una representación teatral exclusiva, que había suscitado júbilos y esperanzadas muestras de delirio y grandilocuencia propagandística.

Fuera hacía frío y sonaban sirenas trepidantes de ambulancias y pitidos nerviosos de agentes policiales. Un núcleo triple de acorazados, armados y fornidos guardianes del orden público acordonaba el edificio y servía de celosa protección a los afortunados y eximios asistentes a la velada artística. Fuera, para la tropa policial, todo era escrúpulo, desvelo, comprobación de vehículos, registro de zaguanes, papeleras y lugares potencialmente peligrosos; todo era escudriñar de viandantes, comprobación de identificaciones y también algunas detenciones de sospechosos para un examen más meticuloso. La situación no dejaba de ser excitable y alarmante, y se respiraba un ambiente sobrecargado y tenso por doquier. Miles de personas, de manera pacífica, se congregaban en los alrededores, frente al cordón policial, para protestar por la política belicista del gobierno. Exigían el cese de hostilidades y pretendían una política menos

institucional y más democrática, que tuviese en cuenta las aspiraciones y los sentimientos populares.

Pero dentro, entre las gruesas murallas del templo reformado, bajo la brillante bóveda restaurada, los miembros más eminentes de la alta jerarquía social sólo sentían satisfacción y orgullo. El griterío ensordecedor de los manifestantes no atravesaba los históricos muros del Teatro. La tibia calidez de la calefacción, la fastuosa decoración ornamental, el contacto con la élite nacional de iguales y la excelente representación teatral sólo proporcionaban agrado, distinción, realce de las buenas maneras y admiración confesada. La *flor y nata* de los negocios, de la política, de las creencias pías, del *establishment* financiero, académico y cultural estaba cómodamente sentada en los palcos y butacas, y exhibía estentóreamente, con refinamiento no libre de altanería, los vestidos más suntuosos de reputados modistas, las pieles más caras de firmas prestigiosas, las alhajas importadas más extraordinarias y costosas.

Se estrenaba “LOS PASOS PODEROSOS DE LA AUTORIDAD PERTINENTE”, una obra que se había anunciado en prensa, radio, televisión e internet, por medios públicos y privados, como una especie de oda a la ultramodernidad. Era también una proclama artística (la joya quizá) perteneciente al programa de los festejos en honor de la Nueva Era de la Pacificación Universal (NEPU), proclamado mediante un Manifiesto firmado por todos los científicos, intelectuales y artistas famosos del Estado que apoyaban tanto las acciones gubernamentales como la labor de las empresas trans-nacionales en el transcurrir de la ultramodernidad globalizada.

Grande era el apogeo rutilante que prometía el elenco de actores y actrices, la escogida producción, el estilo escénico desenfadado y directo, la fructuosa esencia

argumental a favor del sistema político y, sobre todo, la firma del consagrado autor de moda, Meandro Márgenes. Gozaba sin duda el afamado escritor de contrastado prestigio, halago y reconocimiento en todos los países con democracia parlamentaria y economía social de mercado; era el último Premio Internacional de las Artes Propagandísticas (concedido por el Ministerio de Fomento y Difusión Cultural), y constaba como candidato oficial de un grupo de artistas, grandes empresarios y eminentes próceres al premio Nóbel de Literatura del presente año.

Corría ya el último acto. Sobre el escenario, un grupo de campesinos y campesinas, ataviados con ropas de faena, polvorientos y sudorosos, con cansancio visible en sus rostros, portaban los instrumentos usados cotidianamente en las labores agrarias. El grupo hacía corro alrededor de una gran escalera iluminada con luces relampagueantes, coronada por un gran sol artificial que brillaba altivo sobre los colores de la bandera patria. En lo alto de la escalera, un hombre con bigote y sombrero de hongo, vestido con galas elegantes de potentado y vara dorada en la mano diestra, alzaba la voz haciendo alarde de ademanes rápidos y vigorosos.

—Puedo descender, en una meritoria muestra de condescendencia y de conveniencia, un escalón en mi rango como representante del pueblo —decía el grave personaje, mientras bajaba del quinto escalón al cuarto. Los campesinos escuchaban atentos, apenas sin moverse, aunque sus rostros reflejaban inquietud—. Puedo incluso dar un paso más, gentil y magnánimo, en mi identificación elocuente y egregia con la voz del pueblo levantisco, bajo mis pies reunido. Todo sea para la salvaguardia de la convivencia ciudadana, en pos de los objetivos patrióticos de decoro y sacrosanta obediencia a la bandera y a las instituciones que representa.

»Vosotros sois mis queridos y reivindicativos hijitos, vosotros sois mi democrática cabalgadura de votos y presupuestos —Se coloca de manera ágil y pausada en el cuarto escalón, moviendo los brazos y ostentando una sonrisa histriónica—. Y por ello os he escuchado pacientemente y os honro con mi presencia, cara presencia por demás, puesto que mis quehaceres patrióticos me instan a múltiples asuntos, a arduos litigios. Bien lo sabéis, todos conocéis mi labor, pues pública y archiconocida es.

»Pero, naturalmente, y debido a que este mismo pueblo, con sus atributos de participación política y elegibilidad universal, me ha exaltado a los altares de la representación legítima de sus intereses colectivos, mi dignidad parlamentaria me impide comulgar con demagogias igualitarias. No puedo permitir sucios desmanes ni transigir con lúdicas e ilusas proclamas ya superadas por el devenir de los tiempos. Debo, pues, por expreso mandato constitucional, mantener mi alcurnia democrática y mi laureada misión en pie, para beneficio soberano. ¡Debo preservaros de vosotros mismos, aunque no lo comprendáis ahora, mis hijos queridos! No importa. Conozco la ingratitud de la ignorancia: contra tal desaguizado me he batido en duelo, con honor, en innumerables ocasiones.

»En los informativos de hoy, en los anales de la historia de mañana y pasado mañana, se inscribirá con letras de oro esta acción heroica, esta gesta triunfal en defensa del orden constituido, esta hazaña de colorida impronta, esta señal del destino —Entonces el caballero parece desbordarse en temblores y enaltecerse de orgullo y, tras golpearse el pecho, de repente, alza el brazo con la vara dorada y grita afanosamente—: ¡A mí, la guardia! ¡A mí el orden instituido! ¡A mí, el amparo de la libertad! ¡A mí, en nombre del monopolio estatal de la violencia legítima!

»Dispersen, amedrenten, ejecuten o detengan, a libre elección, según criterios policiales de acción espontánea, según axiomas científicos de mano dura y orden público, a este gentío que osa enfrentarse al destino inexorable de los tiempos. ¡Protejan inmediatamente, con arrojo y sin vacilación alguna, a las autoridades libremente elegidas, en este caso a mí, de las garras de los alborotadores y detractores de la nueva *pax romana*, de la Nueva Era que deja asomar su faz solar sobre el planeta globalizado! ¡Actúen con rapidez y eficacia, y sea ya!

Entran entonces, en reglamentada guarnición uniformada, un tropel de guardias, con equipajes de asalto y tecnología de ataque de última generación, armados de fusiles, pistolas y porras. Los servidores de la ley comienzan a disparar y golpear al grupo de campesinos, los cuales abandonan sus lugares precipitadamente, o caen heridos o muertos, o son detenidos, o se abrazan entre sí, o huyen despavoridos, o se defienden como pueden con sus instrumentos de labranza.

Mientras tanto, el señor elegante del sombrero de hongo se sienta con hidalgo porte y contempla el espectáculo, con una mezcla de solemnidad y desenvoltura de espíritu. Cuando el grupo rústico de alzados parece reducido o sojuzgado por los hombres de uniforme, el caballero se pone de pie y se dispone a ofrecer al público su disertación u oratoria final. Así habla:

—¡Tiempos volubles y desagradecidos los que corren! Sobre la tierra que les vió nacer, se agolpan en enmarañada lid, de un lado, las voces imposibles del igualitarismo decadente, rancio, servil; y de otro lado, las leales tropas al servicio de la civilización y el orden. De una parte, el deseo de malévolos regreso a las cavernas, al abrazo tribal, entre humaredas ennegrecidas y olores a humanidad. De otra parte, la vista puesta en el

futuro, el salto hacia el logro personal, el buen vivir y la democracia congruente y previsible. Hemos de decantarnos, evidentemente, por el avance; hemos de dar el paso adelante, hacia el progreso anhelado, sin mirar atrás, sin merma de nuestra identidad privada, sin huecos estériles para existenciales problemas de conciencia.

»No estamos solos en esta batalla contra los bajos instintos, contra la estulticia y la visión ingenua de la vida —prosigue el personaje, dirigiéndose al público que se solazaba en sus palcos y butacas—. Nos acompaña el sol majestuoso en nuestra victoria cotidiana, los astros nocturnos en su rotación de milenios, los ciclos de la naturaleza en su devenir palpitante y florecido. Y nosotros, como adalides de la voluntad ciudadana, debemos esforzarnos por salvaguardar esta civilización evolutiva de manera imparcial y aristocrática, como corresponde a nuestra excelsa condición de ciudadanos de altas responsabilidades. ¡Amigos, ya pasó la época de los romanticismos arbitrarios, de las utópicas sublevaciones, de los empecinamientos de fraternidad! Tenemos todo muy bien atado y ensamblado, para nuestro propio bien.

»Es la hora de elevar, al mayor y al detalle, el precio de la libertad que antaño gratuitamente concedían las autoridades. Adquiramos, pues, amigos, la libertad donde deseemos y prefiramos: en las extensiones territoriales de nuestras nuevas conquistas, en las mansiones donde soñamos y nos regocijamos, en las grandes superficies dedicadas al gran comercio, en las tiendas especializadas. ¡Aquí y en todo el orbe, amigos ciudadanos, compatriotas! Que todo el que pueda comprar se apresure, pues la carrera, la vida en sí, no espera por nadie.

»Esta democracia post-utópica hay que ganarla a base de fuerza y propósito, de golpes y desvelos, mezclando el rayo lunar con el fuego del cañón, y el timón con el

ancla, si es preciso. Todo sea por la gloria de los nuevos tiempos que corren. Somos la luz trémula del pensamiento audaz, el receptáculo vital de la acción en marcha. Somos el orgullo de los antiguos imperios fenecidos, que ahora resucitan. ¡El mundo es nuestro, no lo dejemos escapar!

Inmediatamente comenzó a bajar el telón y los aplausos sonaron atronadores, acompañados de vítores, gritos de fervor e interjecciones sobrecogedoras. La esencia alquímica de agasajo parecía desbordarse en su correcta potestad de alegría y entusiasmo. “¡Maravilloso! ¡Extraordinario! ¡Espléndido! ¡Sublime! ¡Bravo! ¡Qué gran obra! ¡Esto sí que es teatro!...” Salieron los comediantes a saludar al entusiasta público en cuatro ocasiones, algo verdaderamente extraordinario en un público tan distinguido, normalmente caracterizado por su comedimiento y moderación. También se pedía, mediante grandes salvas de aplausos, con ritmos acompasados y regocijos circunspectos, que el autor pisase el escenario y saludase. Así aconteció, pues, y el Teatro Metropolitano se llenó de soberbios sonidos acicalados de parabienes, dando paso al orgullo y la magnificencia compartidos por todos los presentes.

Meandro Márgenes, hombre joven aún, de nariz afilada en gancho y bucles negros, con gafas de cristales gruesos y barba algo grisácea, era el reflejo narcisista, tangible y voluptuoso de la alegría. Se sentía objeto de seducción y sujeto planificador del espíritu entusiástico y ultramoderno que ahora imperaba en todas partes. Consideraba merecidas y bien otorgadas las exclamaciones de alegría y las muestras de admiración que el escogido público, que rebosaba el teatro, le dirigía. Junto a él, la primera actriz y el primer actor lucían triunfantes sonrisas de satisfacción, a sabiendas de que este éxito les depararía papeles importantes en otras obras teatrales, en cine y

televisión, y también primeras portadas y entrevistas en exclusiva, generosamente remuneradas, en revistas de modas y del corazón.

—Era de esperar —le susurró Meandro a la primera actriz, una rubia de pelo escarlata teñido y caderas esculturales, con un lunar sobre las comisuras de los labios—. Les he dado lo que ellos querían. Éste es el secreto del éxito.

Una vez *la flor y nata* se calmó un tanto, cada uno de los presentes fue acudiendo con impaciencia y frenesí a la celebración post-teatral, que incluía cócktel y cena fría dispensada en las amplias salas de recepción del templo rediseñado. La esplendencia mística del gótico flamígero se fundía con las tendencias más vanguardistas de última innovación; esto producía una sensación de pertenencia omnipresente, de ubicuidad magnífica: parecía que el engrandecido pasado no fuera más que una invitación o un desafío para convivir en promiscuidad fértil con la ultramodernidad cientifista y pagana. Se descorchaban botellas de champán y se servían canapés surtidos. Aparecían y desaparecían camareras vestidas de blanco riguroso, con faldas cortas y tacones, pulcramente peinadas y con los labios pintados. Todas llevaban camisetas orladas con pequeñas letras azules y rosas, donde se podía leer en la parte delantera: “*Celebración de la NUEVA ERA DE LA PACIFICACIÓN UNIVERSAL*” y en la parte posterior, en letras grandes, las siglas correspondientes: *NEPU*.

La algarabía y el trato festivo estallaban en toda la amplitud circundante. Todos querían saludarse y expresar sus más prolíficas convicciones, sus más pintorescos pensamientos, sus apreciaciones más sagaces. Ello iba bien a tono con el planteamiento general de la obra y con el buen humor de las celebridades que abarrotaban el Teatro.

Un personaje alto, que rondaba la cincuentena, con ostención de sonrisa larga y dientes muy afilados, ladeó su cabeza en forma de bala y se dirigió al autor.

—Debo felicitarle calurosamente —dijo el tipo, que resultó ser Lucius Riogrande, el ministro de Fomento y Difusión Cultural—. Ha colmado usted mis expectativas, a la vez que ha honrado el espíritu del que queremos impregnar la Nueva Era. Mi enhorabuena más decidida, señor Márgenes.

Acto seguido corrió a saludar a otras personalidades relevantes que asistían al aplaudido evento cultural. El ministro dirigía sus palabras y sus gestos a diestro y siniestro, y desapareció tras un nutrido grupo de financieros trans-nacionales que hablaban de las tendencias de la bolsa, los negocios tricontinentales y las fluctuaciones de hegemonía del euro frente a la moneda norteamericana y china.

El general Tertulio Tyrso, máximo responsable del Ministerio de Planificación Militar, un tipo de pelo al cepillo, cuerpo de mastodonte, cara con extraordinario parecido a la de Enrique VIII de Inglaterra y manos rígidas que parecían de acero, también quiso felicitar efusivamente al autor.

—Con usted he vislumbrado el cambio cultural de los tiempos —dijo—. La semana pasada, bombardeamos y tomamos por asalto dos ciudades rebeldes. Para mis soldados el valor lúdico de la cultura consistía en hacer una gran hoguera con los muebles y los libros encontrados, y bailar alrededor. Hoy, gracias a usted, nos hemos vuelto más civilizados y podemos confiar algo más en los autores teatrales. Sin duda que es un triunfo de la ultramodernidad que avanza sin parar.

—Como siempre les decía a mis prisioneros en mis tiempos de alcaide mayor, la obediencia os hará libres —apuntó otro general, de ojos chispeantes como brasas y bigote mezcla del mariscal Pétain y del canciller Bismarck. Se trataba de Publio Del Vernel, que acompañaba al Ministro de Planificación Militar y era su hombre de confianza, escogido personalmente, experto en estrategias de conquista bélica—. Algo parecido les digo a mi tropa de soldados ahora: la obediencia os proporcionará la soldada. Admiro, señor Márgenes, la cohesión de su discurso, la encendida defensa de los valores castrenses: ante todo el respeto al mando y a las órdenes dictadas.

—Me ha llamado mucho la atención, señor Márgenes, su teoría acerca de la predestinación de nuestra gesta actual —insistió otra vez el general Tyrso—, la inevitabilidad del triunfo de nuestra lucha sin cuartel contra toda forma de desviacionismo democrático o rebeldía del populacho. Usted apunta, como gran autor que ha demostrado ser, que nuestra victoria está escrita en la bóveda cosmogónica. Esto refuerza una unidad inquebrantable con la religión, y propicia una estrategia conjunta, digámoslo así. Dado que la religión tradicional está mermando a favor de nuevas formas de culto y se impone asimismo un vigoroso impulso cívico-militar aunado, y prueba de ello es la presente catedral reconvertida en centro multidimensional, yo me congratulo y me digo: esto está bien. Hay que avanzar así. Quiero decir que si los astros están de nuestro lado, no es necesario dar la orden de prenderlos y someterlos a un exhaustivo interrogatorio.

Todos rieron la gracia del señor ministro, que bebía a cortos sorbos su champán francés. Meandro Márgenes le esbozó una sonrisa elegante y le habló con profunda

delectación, pronunciando bien las palabras, como correspondía al tratamiento hacia un ministro tan expeditivo.

—Es usted un hombre audaz en sus campañas, señor —dijo Meandro Márgenes, que no quería intervenir demasiado; prefería saborear el licor del triunfo escuchando los halagos de los demás, sintiéndose un personaje valorado e importante entre los más ricos y poderosos—. Ya sabemos que hay de todo, partidarios y enemigos, en la viña del señor; cada vez menos de estos últimos, claro está. Sin duda, el hecho de que el destino esté de nuestra parte habla a las claras del buen gusto de las altas esferas.

—Debemos hacerles entender a nuestros enemigos que el devenir potencial de la vida está escrito en las estrellas de nuestra jerarquía militar —repuso el general Del Vernel, en una muestra de apoyo inquebrantable a su superior en la cúspide del poder.

El ministro de Planificación Militar sonrió magnánimo y tocó el hombro de su colega y amigo, con quien había celebrado muchas batallas, y repuso:

—Bueno, ahora que ya no estamos bajo techo exclusivamente eclesiástico, pues este Teatro se revela como una obra arquitectónica de mescolanza creativa, me atrevo a afirmar lo siguiente: si fuera preciso contrataríamos como agregado y consejero en estrategia militar al mismísimo Mefistófeles, si hubiese menester, con tal de ganar en todos los frentes todas las batallas.

—¿Y por qué no? —Se unió a la conversación un tipo orondo y calvo, con ojos de boa y bigote estrecho sobre unos labios finos como alfileres. Era el empresario Celso Cardoso, especializado en venta de tecnología armamentística y artículos variados de diseño militar; sin hacerle ascos a ningún tipo de negocio que caía en sus manos—. El

divino Jesucristo decía que había que volver a nacer para entrar en el Reino de los Cielos. Pues bien, gracias a la elaboración legislativa de nuestros políticos y a la efectividad estratégica de nuestros generales, podemos pensar que conviene aumentar el presupuesto militar para que podamos entrar con resolución en el Reino de los Dividendos.

Las señoras de tan ínclitas figuras también estaban presentes, y querían poner su toque femenino, su sello personal a la conversación que transcurría entre corteses palabras y gestos elegantes.

—¡Oh, cuánta banalidad! Sólo saben hablar los hombres de dinero y trabajo —dijo la señora Del Vernel, con un olfato muy desarrollado, a juzgar por la nariz tipo torre Eiffel que mostraba—. Incluso mi hijo mayor lo repite frenéticamente, como si fuera cosa de tiovivo, y dice: dejad que los sobresueldos se acerquen a mí. No sé en qué departamento ministerial se habrá desatado tamaña fiebre, tan cacareada por demás entre jóvenes y mayores. Personalmente soy firme partidaria de delegar todos los asuntos pecuniarios en las manos expertas de gerentes y contables. ¿Acaso no hemos adquirido la obligación de expandir nuestras versátiles dotes y disfrutar de los goces que la encumbrada estirpe nos proporciona?

—Pues mi hijo el pequeño lo tiene claro —apuntó la señora Tyrso, una mujer de risa de hiena y ojos grandes como huecos de cañón, cuya piel estirada por la cirugía parecía papel de lija. La señora llevaba un peinado semejante al pico de un ave rapaz—. Esta mañana me dijo que de mayor quiere ser canciller plenipotenciario.

—Sí, así son los chicos jóvenes de hoy —arguyó la amante colombiana del empresario Cardoso, que llevaba un sobretodo de lampiño y unas gafas de forma y color

de reja de mazmorra—. Si soñasen con un mundo justo y equitativo, había que ingresarlos urgentemente en un centro psiquiátrico.

—Mi hijo el mayor —intervino de nuevo la señora de nariz conmemorativa de la ciudad de la Luz— está incluso entrenándose, según me cuenta, en tragar sapos gigantes para afrontar con presteza la próxima legislatura como representante público. Se reúne con algunos amigos suyos en un castillo que han comprado mancomunadamente y que ha sido decorado a todo lujo, siguiendo las directrices de un audaz diseñador lacedemonio o lombardo, no sé. Han creado una Fundación Humanística, creo que se denomina así, para el Renacimiento del Esplendor Patricio. Y juntos celebran banquetes con extraños aderezos e ingredientes demasiado exóticos y eclécticos para mis clásicos gustos.

—Oh, señora Del Vernel, tal vez sea el regreso a las fuentes sagradas del Imperio Romano, con sus bacanales, sus mantos purpúreos y sus excentricidades culinarias, lo cual implicaría un renacer de la idiosincrasia de los Césares —indicó la señora Tyrso—. Todo vale en esta Nueva Era, todo se mezcla. He aquí el ufano atributo de la ultramodernidad, su más efusiva virtud: hemos arrojado al basurero de la Historia todos los prejuicios inútiles que nos estorbaban.

»De todos modos, nuestros hijos son buenos chicos —añadió la señora del amenazador peinado de pico de águila—: siguen con ánimo y temple los consejos de sus mayores. La peor categoría son sin duda los chicos descarriados y contestatarios, aunque son pocos afortunadamente; éstos pretenden pensar por sí mismos, en vez de dejarse guiar correctamente por sus padres y las autoridades correspondientes. La disidencia juvenil es como un árbol de frutos tóxicos para la digestión familiar.

—Así es, señora Tyrso. Algunos jóvenes de alto estrato social, según tengo entendido —dijo la señora de las gafas tenebrosas—, incluso llegan a frecuentar círculos de las clases bajas, ¡qué atrocidad! No han entendido que hoy en día hay que estar del lado de los vencedores, que suelen ser los más sanos, ricos y guapos.

—Efectivamente, la fortuna nos asiste, y también la inspiración —señaló el Ministro de Planificación Militar—. Como le dije al jefe de las milicias rebeldes, una vez apresado, y colocado bajo mis botas militares: “Hemos llegado a un acuerdo convincente para ambos. Tú te rindes sin condiciones y yo me proclamo vencedor sin rencor.”

—¿Qué sería de nosotros si no tuviéramos a quien derrotar? —croó el general Del Vernel.

—Por favor, ¡qué horror! —arguyó la señora del ministro de Planificación Militar—. ¡Nuestros maridos en casa, sin tener nada que hacer, aburriéndose de sus propias sombras, y sin dejarnos respirar en paz! Mejor en campañas bélicas. Hoy en día el enemigo ya no es tan peligroso como en los tiempos de nuestros abuelos y padres, que hubieron de enfrentarse a comunistas, librepensadores y grupos étnicos armados en milicias, con ejércitos propios, que enarbolaban periódicos partidarios y libros escritos con su propia sangre. Hoy en día todo es afortunadamente más *light*, más rosa...

—Pero no hay que fiarse, señora Tyrso —adelantó el general del franco-prusiano bigote—. El enemigo siempre anda al acecho, siempre anda buscando el momento oportuno para promover fechorías y sabotajes. Ciertamente ya no disponen de tantos medios y recursos de ataque, pero no podemos permitir que el populacho oiga la voz de

la disidencia. El secreto consiste en que el pueblo esté convencido de que nuestra imposición es su necesidad. Por cierto, señor Márgenes, me ha encantado aquella escena en que el triunfante protagonista exclamaba, parangoneando al monarca del despotismo ilustrado: “El pueblo soy yo. Todo el poder para el pueblo.” ¡Qué ejercicio de sensatez!

—La democracia es como una mujer desnuda —dijo el ministro de Planificación Militar— que hay que saber cubrir con el ropaje de nuestros discursos.

—Efectivamente, señor ministro —dijo el empresario Cardoso—. Aquí el señor Márgenes ofrenda lo mejor de sí mismo como autor teatral. Y nuestros generales exponen lo mejor de sus vidas y celebran las más bellas y sugerentes batallas. El poder político y empresarial, lo sé por experiencia, es como una sandía jugosa. Hay que hincarle el diente antes de que madure demasiado u otro la devore. La política es el arte de la apariencia; y debe conjugarse con la empresa, que es el arte de la recompensa. Ninguna sierpe maléfica puede ser tan osada para atreverse a indisponer matrimonio tan magnánimo.

—Sí, todos debemos contribuir con nuestro denodado esfuerzo —propuso el ministro Tyrso, aguantando con sus manos una esfera terráquea imaginaria—. En el orden nacional, según informaciones de mi colega el ministro del Interior, la situación está bajo control, y esperamos estrechar aún más el nudo sobre el cuello de la disidencia. La policía se encarga del orden público interno con eficacia y desvelo, y la situación de momento va sobre ruedas. Nosotros, los militares, nos ocupamos de las conquistas allende nuestras fronteras, pero no desdeñamos colaborar dentro de la patria si es preciso.

—Bien dicho, señor ministro —apuntó el empresario Cardoso—. Los dirigentes políticos y los empresarios vamos de la mano, en un aunado ímpetu de conveniente fervor; y seguiremos, mientras nos lo permitan, siendo generosos. Los empresarios surtimos de armamento, aprendizaje tecnológico y cualificación a las tropas de dentro y fuera. Los políticos permiten que las masas les voten, y contribuyen así a satisfacer los instintos no remunerados de la muchedumbre para acercarse a la élite, de manera simbólica y cada cuatro años, lo cual provee de confianza mutua la relación. Me parece un ejercicio necesario e inteligente.

—Y así seguirá siendo, aunque los índices de participación electoral sean cada vez más bajos —indicó el general Del Vernel, mirando con devoción al ministro Tyrso y hablando con extrema energía y decisión, de tal manera que su belicoso bigote siguió vibrando unos segundos después de terminar de hablar—. Pero recordemos todos, y lo subrayo expresamente, que no siempre los objetivos ejemplares se logran del modo más admisible. A veces hay que apretar las clavijas, como bien suele decir nuestro ministro de Planificación Militar, y los militares no debemos renunciar a aportar nuestra mejor promoción de actitudes y bríos.

—Excelente, señores. Cada oveja con su pareja —dijo el empresario Cardoso, mientras carraspeaba, sorbía un trago de champán y tomaba un canapé que llevaba una de las elegantes señoritas en una bandeja—. Estimo en mucho la división del trabajo, señor general. Los militares se visten de guerra, y los políticos y empresarios nos vestimos de paz. Si los civiles más destacados nos disfrazamos de corderos no es para engañar al electorado, como difunden los adversarios del sistema, sino para evitarle al pueblo descarriado que cometa el error de votar a los pusilánimes... Aunque con la

nueva Ley Electoral, a partir de la aprobación en el Parlamento de la Nueva Era de la Pacificación Universal, ya sólo pueden concurrir a las elecciones los partidos que suscriban el Manifiesto programático. Será un ejemplo de unidad inquebrantable, sin fisuras.

—Un verdadero líder carismático, y nuestro ministro aquí presente lo es —dijo el general Del Vernel—, se alimenta de la conciencia colectiva de sus electores, y avanza oteando el horizonte.

—O crea una nueva conciencia colectiva a la altura de las circunstancias —indicó sagazmente el ministro, mostrándose orgulloso de sobrepasar con su discurso las directrices psicoterapéuticas de Freud, Jung y Wilhelm Reich juntos.

—Claro, señor ministro; el otro día se lo tuve que explicar concienzudamente a mi hijo pequeño —dijo el empresario Cardoso—: “Créeme lo que te digo ahora”, le dije, “y olvida las palabras que me escuchaste a través de la televisión”.

En otros corros, las personalidades distinguidas y sus consortes o amantes se saludaban, sonreían, conversaban distraidamente, se obsequiaban con cumplidos. Eran personas instruidas, cultas, respetables, honorables. Y como tales hablaban de los temas que directamente concernían a su erudición, altura resolutiva e interés del momento: la moda de bikinis veraniegos, el tipo de agua ideal para el hielo de los cóckteles, la temperatura adecuada para tomar champán, el color más apropiado para el salón de la residencia campestre, la canción más emocionante del programa estatal de festejos, la actriz o modelo más oportuna para ostentar su rostro en los sellos conmemorativos o el equipo favorito para ganar la copa intercontinental de fútbol.

## DOS

En la calle, miles de personas —mujeres y hombres, jóvenes y mayores— se habían congregado desde la tarde. Coreaban consignas pacifistas, clamaban por la amnistía de los presos políticos y exigían del gobierno más trabajo y libertades cívicas. La gente brincaba, gritaba, cantaba, hablaba, sonreía y se apoyaba mutuamente tras la triple cadena policial, como si fluyese en un festival melódico de abrazos y de fruición solidaria, y hacían ondear banderas multicolores, pancartas y caricaturas gigantes de las autoridades gubernamentales. El contagio ciudadano de calor humano y trato cordial crecía en círculos concéntricos.

No obstante, el ministro del Interior ya había cursado las órdenes oportunas a los mandos policiales: la multitud debía ser desalojada; y había de hacerse pronto, antes de que salieran a la calle los asistentes a la obra teatral. El modo para hacerlo era flexible, podría llevarse a cabo de forma pausada o rotunda, según las circunstancias. Así pues, comenzaron a llegar furgonetas llenas de guardias uniformados, todos acorazados y armados, con caretas anti-gas y cascos protectores, los cuales se apostaban en los alrededores, haciendo alarde de disciplina y entrenamiento táctico, amén de exhibir sus modernísimas armas.

El jefe policial de mayor graduación, erguido sobre un estrado situado *ad hoc* en la avenida principal que daba a la entrada del Teatro Metropolitano, solicitó entonces a la multitud, con un megáfono muy potente, que se dispersara. Las órdenes eran tajantes y anunciaban una acción de desalojo inmediata. Pero los manifestantes no querían interrumpir su abrazo colectivo, la floración multitudinaria de *slógenes* y

reivindicaciones. De todos modos, un temor desgarrador se difundió rápidamente y el ambiente osciló del candor festivo al recelo sombrío. Los manifestantes expresaban su ánimo con reservas; unos confiaban en la fuerza numérica y querían desafiar a la autoridad manteniéndose en sus lugares; otros temían lo peor y sugerían finalizar la marcha con dignidad, sin prisas. Los activistas convocantes llamaron a la resistencia pacífica. Se trataba, según difundían por los megáfonos alternativos, de un clamor ciudadano de democracia y participación; y querían seguir gritando hasta enronquecer o hasta mostrar sus mensajes a todo el pueblo, y a los dirigentes políticos y económicos, una vez éstos salieran del Teatro Metropolitano.

Entonces, de repente, y sin apenas tiempo de reserva, los policías saltaron como peñascos catapultados sobre la gente y se emplearon directamente con porras, disparos de pelotas de goma y bombas de humo. En otras calles adyacentes usaban también agua a presión desde tanquetas especializadas. La multitud se defendía como podía; unos corrían o se refugiaban en los portales de las casas, otros unían sus brazos y resistían los golpes, la cortina de gases lacrimógenos o el fortísimo chorro acuático, algunos clamaban por los derechos sociales o increpaban a los agentes del orden mientras corrían o se dolían.

Las escenas de represión seguidas de carreras, resistencias y voces airadas duraron cerca de una hora; pero cuando las autoridades y los personajes renombrados abandonaron el Teatro Metropolitano, el triple cordón policial ya se había relajado. Ya sólo quedaban algunos cientos de personas, de cara a la pared, con las manos levantadas y las piernas separadas, siendo cacheadas o mostrando su documentación a la policía. Las calles aparecían mojadas, y llenas de palos con banderas, telas desgarradas, zapatos,

libros, panfletos, gorros, bufandas, muñecos gigantes pisoteados... Pero en realidad nada impedía que los elegantes y potentes vehículos —que trasladaban a los altos dignatarios, a sus señorías y a las personas encumbradas y acompañantes— emprendieran el camino hacia las suntuosas mansiones, los pisos lujosos del centro y las caras residencias, custodiadas todas por guardias de seguridad o personal funcionario del Estado.

El poeta Aguayro Verdemar acababa de llegar de la calle y, después de secarse con una toalla de baño de la acuática refriega policial, descansaba sobre la cama, pensativo y agitado. Rondaba los treinta años, llevaba el pelo castaño alborotado, y unos flecos revueltos le caían sobre la montura dorada de sus gafas. El día entero había sido agotador y se sentía indignado y triste. La condición humana, pensaba, volvía a ser presa de la ruindad estructural y evidenciaba su condición desolada de injusticia y quebranto. Desde la Red SOMOS (Sociedad de Militantes y Organizaciones Sociales) se había encargado, durante semanas, de la coordinación del gabinete de prensa, de recibir y distribuir toda la información precisa y útil de la manifestación convocada.

La Red aglutinaba distintas sensibilidades por las libertades cívicas y alentaba una toma de conciencia y un propósito definido de solidaridad y de lucha política. Se temía la reacción policial, naturalmente, pues de sobra eran conocidos los métodos políticos dentro y fuera de las fronteras estatales. Además, el sistema estaba en plena celebración de la Nueva Era de la Pacificación Universal, cuyo lema era *¡Todos a una!* *¡Un solo planeta, grande y libre!*; y los mandatarios y jefes procurarían disipar toda disidencia pública y eliminar todo cuestionamiento. El manifiesto NEPU constituía una

doctrina de línea política definitoria de la ultramodernidad, un cedazo ideológico para apartar o eliminar a quienes no firmaran y, a la vez, contextualizaba una especie de pantalla de pan y circo para ocultar el genocidio de los pueblos conquistados y la represión sobre la ciudadanía estatal. De los últimos tiempos todavía coleaban graves *affaires*, descubiertos por periodistas alternativos de investigación, que señalaban la autoría del Estado y de personajes renombrados en asuntos oscuros: manejo criminal de las quinielas públicas, existencia de centros secretos para desapariciones y torturas, pactos elitistas de sangre... Estaba claro que las fuerzas oscurantistas no las tenían todas consigo. De todos modos, la acción policial se había manifestado brutal e inusitada; había sido sobrecogedora su materialización contra pacíficos ciudadanos que ejercían sus derechos de expresión.

El poeta miraba el techo, y descansaba la cabeza sobre la almohada, con las manos tomando la nuca. Se quitó los zapatos aún húmedos, los tiró al suelo, y pareció concentrarse en sus cavilaciones. Pensaba en los heridos que estarían curando sus moraduras, golpes o desgarros en hospitales, clínicas o en casas particulares. Pensaba en los detenidos a la espera de los abogados de la Red, ya preparados para el hipotético caso. Pensaba en los combates sangrientos que se libraban ahora mismo en las naciones invadidas del orbe terráqueo. Pensaba en su amigo de la infancia Meandro Márgenes, que se había pasado a las filas de la administración, donde cosechaba fortuna y éxito con reconocimiento propagandístico y loores culturales. Pensaba en el Manifiesto de la NEPU, que como artista se había negado a firmar, en sus consecuencias próximas...

Luego oyó unos golpecitos en la puerta, suaves como la caída de una naranja desde la mesa al suelo. Aguayro se levantó, caminó a lo largo del pasillo, miró por el

visor y abrió la cerradura. Era su prima Jonia Batientes, que llegaba acompañada de una chica de rostro encantador. Ambas traían el aspecto de árboles retorcidos bajo una tormenta invernal de rayos y truenos, y tiritaban de frío.

—Hola, primo Aguayro, cariño chiribiribí —dijo la prima Jonia una vez cerrada la puerta y alojada dentro del apartamento junto con su amiga. Besó al poeta y sonrió con frescura, a pesar del agobio que le traspasaba. Se quitó la mochila que llevaba, sacó una gata de ella y la depositó con cuidado en el suelo—. Venimos a pedir posada al peregrino o techo al desamparado, según se mire, tras la batalla campal; o mejor dicho, tras la coerción violenta de la policía, ya que sólo ellos portaban armas; y bajo los negros nubarrones de la desolación —Aguayro con un gesto de cortesía propio de la *Commedia dell'Arte*, las invitó a seguir hasta el salón. La prima Jonia continuó—: Te presento a Grácil Santayana, que es amiga mía, de mentalidad creativa, corredora cada día de diez kilómetros marcha, profesora de escuela infantil y deseosa, lo mismo que yo, de secarse con una toalla y tomar algo caliente, si mi atento y bondadoso primo lo permite.

—Ya sabes que esta es tu casa, prima Jonia. Hola, Grácil, eres bienvenida a mi humilde y descuidado piso de ermitaño —indicó Aguayro, besando la mejilla de la amiga de su prima y encabezando la marcha pasillo adelante.

Jonia Batientes, prima del poeta por parte de madre, era una chica de aspecto algo protuberante a lo ancho, aunque normal a lo largo. Su altura de un metro setenta soportaba una estructura de huesos, carnes y alma de alrededor de ochenta y cinco kilos, un peso algo sobrado para una chica, aunque ella llevaba su cuerpo con donaire y con toques no exentos de majestuosidad al caminar. Su rostro era redondo y dulce, bien

proporcionado, con una nariz recta que realzaba sus labios anchos y rojos al natural. Solía vestir *chilaba* de Mauritania o *sari* de La India, según las estaciones del año (con la consiguiente ropa interior a la par) y según el estado de ánimo o las ganas de hacer la colada; aunque en invierno cubría dichas vestimentas con abrigo o impermeable. Esta vez llevaba una especie de túnica con signos y dibujos palestinos, con pañuelo verde y blanco al cuello y calzado deportivo. Solía ir también con las uñas pintadas de escarlata, negro o azul, el pelo coloreado de *henna* azafrán y, últimamente, se había tatuado un loro rojo en el hombro izquierdo, imitando a los piratas anglosajones del Renacimiento que fondearon en las costas del Nuevo Mundo; sólo que dicha ave prensora tenía las alas extendidas y se agarraba de una rama donde podía leerse *¡Libertad para volar!*

La prima Jonia siempre llevaba consigo a su gata Ágatha, y esta vez, a pesar de los inherentes peligros de una manifestación multitudinaria, no hubo excepción. Su gata era una especie de mullido cojín felino a rayas, del color de las abejas, con ojos amarillos que parecían suplicar, a intervalos regulares, pescado en escabeche o caricias. Ágatha era el animal de compañía de Jonia, y Jonia había dado un paso más allá, denominándose a sí misma *pico de compañía*, pues siempre andaba visitando casas de amigos, parlotando y comiendo en todas ellas, cuando podía. Jonia y Ágatha formaban un dúo famoso en la ciudad y solían participar juntas en debates públicos, reuniones vecinales y actos reivindicativos, tratando temas tales como la defensa de los animales domésticos, la alimentación natural, la lucha contra los productos transgénicos o el derecho a la intimidad en las comunidades agrarias.

—Gracias —dijo Grácil, frotándose los brazos mojados—. Espero no molestar. No sabíamos adónde ir. La policía está por todas partes... Y no nos apetecía pasar la noche en comisaría, la verdad.

—Eres bien recibida, Grácil; no te excuses, por favor. Ya eres un miembro más de la familia —dijo Aguayro, con cara risueña y gestos amables, una vez llegados al salón—. Mi prima sabe elegir muy bien a sus amistades. En realidad, yo también acabo de llegar convertido en un bautizado por inmersión, aunque sea bautizado forzado. Ocupen, mis jóvenes gracias, la habitación de invitados, tomen las toallas y la ropa que necesiten. Luego pueden entrar en el baño, si les apetece. Yo, por mi parte, me cambiaré en mi cuarto. ¿Qué les parece si luego preparamos la cena? Pueden pasar la noche aquí, si lo desean.

Una vez se secaron, se asearon y se cubrieron con las telas que hallaron a mano, las dos muchachas se dejaron ver en la cocina, donde ya Aguayro había empezado a disponer de alimentos y hervir agua, y dijo:

—No tengo demasiada provisión en la despensa, pero ¿les parece bien una sopa de cebolla bien caliente de primero, y una empanada de soja biológica, tomate y guisantes de segundo? De postre podemos tomar algo de fruta.

El menú quedó aprobado por unanimidad, aunque Grácil dejó bien claro que quería colaborar en su preparación. Mientras, Jonia se encargaba del aspecto logístico y auxiliar: elegir la música (optó por el Concierto para violoncelo en do mayor de Haydn, para empezar), ordenar un poco la cocina, poner el mantel sobre la mesa, preparar los cubiertos, dejar a secar la ropa mojada, ordenar la habitación de invitados y escuchar las noticias para luego transmitir las a sus dos compañeros, si había algo nuevo e interesante que contar.

Aguayro se fijó más atentamente en Grácil, con esmero sutil pero sin insistencia, mientras preparaba las viandas. El rostro de la chica era de facciones hermosas, sus ojos de color miel. Sus cabellos eran rubios, tal vez castaños muy claros, y parecían una

catarata de luz sobre su piel bronceada y brillante. Observó detenidamente a su sonriente y gimnástica compañera, que había venido con *shorts* amarillos y esclavas azules de playa, con una ligera pelliza color cielo que cubría una camiseta con símbolos del nirvana budista y diversos dibujos étnicos. Ella se cubría ahora, mientras su ropa se estaba secando, con ropas de Aguayro: una camiseta verde y un albornoz color limón anudado en la cintura, aunque todavía conservaba sus esclavas, que mostraban unos pies delicados y armoniosos, con uñas sin pintar.

Aguayro suspiró tras haber hablado un poco con la bella muchacha, y su exhalación se dirigió hacia la ventana abierta, que mostraba ahora un cielo nublado. La extensa playa de arenas doradas y rompiente natural de rocas se expandía cien metros adelante del edificio de apartamentos donde vivía. Contempló el cielo encapotado, tal vez a punto de derramar lluvia, y luego depositó la vista de nuevo en los ojos de Grácil. Necesitaba ver algo placentero.

—El día ha sido agotador —expresó con tranquilidad el poeta mientras cortaba longitudinalmente unas cebollas—; y aunque la convocatoria cívica ha resultado exitosa, por el número de manifestantes, la represión ha ganado esta vez la batalla. Me alegro, al menos, de haberte conocido, Grácil. Ha sido la sorpresa más exquisita que he tenido en todo el día.

—Siempre he querido conocerte —dijo Grácil sonrojándose un poco y poniendo la mirada en los tomates que lavaba bajo el chorro de agua—. Tu nombre suena mucho y eres muy apreciado en los ambientes cívicos, como artista versado y cabal. ¡Aguayro Verdemar, el poeta comprometido, el adalid de la liberación! Tengo que confesarte que andaba detrás de tu prima para que me hiciera la presentación. He leído tus poemas, y he

acudido a varios de tus espectáculos y exposiciones. Me han parecido fascinantes. Me gustará ser amiga tuya, estoy segura.

Tras la cena se sentaron en los sillones del salón y, con música de Robert Wyatt y luego de Brian Eno de fondo, se dispusieron a platicar un poco. Las noticias, según había escuchado Jonia, difundían la detención de unas treinta personas, acusadas de alborotos callejeros. No mencionaban ningún manifestante herido; al contrario, hacían alusión a que dos policías recibieron atención médica, sin especificar nada más.

En el transcurso de la comida los tres comensales habían dejado traslucir sus pensamientos y sentimientos acerca de la necesidad de impulsar la lucha ciudadana, pese a los sombríos augurios que podrían acontecer. El mundo entero, pensaban con pesar, estaría perdido en manos de políticos belicistas y empresarios partidarios de transacciones comerciales injustas y desequilibradas. El planeta, la naturaleza, las relaciones sociales, la solidaridad mundial, la fraternidad ciudadana... todo lo que valía la pena estaba miserablemente amenazado por personajes sin escrúpulos ni sensibilidad feraz. Los tres jóvenes concluían que no era hora de rendirse ante el desánimo ni de transigir ante la opresión.

—¿Por qué no nos cuentas algo de tu último viaje por tierras sudamericanas, primito?—solicitó Jonia, con decidido afán de relajarse tras la cena.

—Sí —apoyó Grácil—, por favor, excelente idea. Me encantaría escuchar tus relatos, Aguayro, si no te molesta.

—Está bien, mis lindas invitadas; siempre me queda la excusa de que si las aburro, al menos podrán dormir de una tirada —dijo el poeta, y se dispuso a transmitir unas historias de viaje, acomodándose en el sofá de orejas. Enfrente estaban sentadas en

cómodos sillones las dos muchachas, bajo colchas con dibujos de paisajes, en actitud expectante. En medio, una mesita china de cristalera acogía tres vasos con infusión de tila y manzanilla que los tres jóvenes sorbían despacio—. Bien, empezaré —añadió Aguayro, dejando su vaso sobre la mesa.

»Caminábamos bajo un cielo de intenso sol, en las altiplanicies sudamericanas, y nos encontramos una vez a un grupo de campesinos. Trabajaban duramente su trozo de tierra, pero sonreían al viajero. Yo iba con una chica aymará, llamada Lilia, que era una compañera de la Red SOMOS en esa zona, la responsable de las relaciones exteriores de la Red local. Nos invitaron amablemente a almorzar a mi compañera y a mí. En medio de los frijoles con verduras a que nos convidaron y del vino que llevábamos y compartimos, pudimos comprobar la vida de esas personas, y cómo la experiencia personal parecía congraciarse con el trabajo grupal, a pesar de las contrariedades recientes que nos relataron: cárcel, golpes, humillaciones y saqueos por parte de paramilitares y narcotraficantes, militares y policías. “Son tiempos de penuria, de pérdidas de tierras y de adiós a los derechos sociales y laborales conquistados, de dolor por nuestros familiares cautivos o desaparecidos”, nos comentaron. En la capital de la república, como pudimos comprobar, estaban prohibidas las reuniones reivindicativas, y ni siquiera podía ondear la bandera de los indígenas organizados en las excursiones populares, cuando éstas eran permitidas, lo cual ocurría rara vez.

»Pero comimos en paz, con un sentimiento de hermandad atento y bullente. Uno de los campesinos, el que parecía más locuaz, un hombre de ojos profundos y tez agrietada por el trabajo agrario bajo el sol andino, me dijo, rememorando la lucha recién derrotada: “La revolución es una dura tarea, y también una fiesta colectiva donde el disfrute personal es esencialmente compartir. Lo que nació volverá un día a nacer, como

la primavera. Pero lo malo de la revolución, es que cuando acaba tú sigues estando. Y cuando renazca, tal vez tú estés caminando otros senderos más allá de esta existencia.”

Aguayro hizo una pausa para encender su pipa, y las dos chicas le observaron sin ganas de interrumpir. Ambas continuaban concentradas y sentadas cómodamente, mientras tomaban pequeños sorbos de sus vasos floreados, en generoso silencio. El poeta expulsó una nubecilla de humo, que durante unos segundos asemejó el perfil de la cabeza de un caballo, y continuó:

—Les hablaré de la chica que me acompañaba. Se llamaba Lilia Böll, y tenía cabellos negros como la noche y ojos tristes y dignos como la ausencia. Era ligera y atlética como una centella; descendía por parte de madre de aymarás bolivianos, y por línea paterna de bisabuelo alemán perseguido por los nazis, refugiado en México y luego trasladado al país del corazón latinoamericano. Ella se había licenciado en Arquitectura rural, hablaba cinco idiomas y trabajaba principalmente con los pueblos indígenas, en tareas de planificación del hábitat y construcciones ecológicas.

»Un día, según me narró al hacernos amigos, conoció a un español de aspecto cosmopolita, unos veinte años mayor que ella. El sujeto andaba de aventuras por tierras selváticas, desplazándose en avión entre países, en *jeep* por los caminos de tierra y en balsas motorizadas entre ríos. Andando el tiempo, al cabo de algunos meses, el tipo se convertiría en su marido, rubricado por las autoridades civiles de su país de origen. Se llamaba Cornelio Bocadeoro, y atesoraba una fortuna importante. Además, no ocultaba su riqueza; más bien presumía de ello. “Provengo de una familia noble”, le decía a Lilia, “una familia que se ha distinguido a lo largo de los siglos por su audacia y poder. Mis ancestros más sanguinarios, que eran militares golpistas y caciques locales, han pasado a la historia como héroes nacionales; algunos de los más astutos y zorros, dedicados al

negocio de la agrimensura o la agricultura como terratenientes y al oficio eclesiástico como cardenales u obispos, han sido considerado santos varones y elevados a altares de bonhomía...

»Sí, desciendo de una familia que ha comerciado con esclavos, desatado guerras, extendido dominios, quemado herejes... una estirpe que ha oprimido y diezmado pueblos enteros con tal de conservar blasones y privilegios. Comparto su sangre y guardo parentesco con ellos, poseedores de grandes propiedades y tesoros que me fueron legados. No lo puedo negar, he disfrutado de todo el dinero que quise y también de los placeres que la fortuna atribuye a quienes azarosamente marca con su varita mágica como elegidos.»

»El tal Bocadeoro, según me contó humildemente Lilia, se distinguía por sus ojos chispeantes, feroces y raudos como los de un halcón al acecho. Estaba curtida su piel como un corsario de los mares, y su aristocrática cuna le abría todas las puertas políticas y los negocios susceptibles de prominentes beneficios. Disponía de extensas campiñas y tierras de labranza, así como de una cadena de restaurantes. Era dueño de numerosos hoteles radicados en Castilla y Andalucía, y tenía inversiones multimillonarias en varios países de Latinoamérica. Se codeaba a menudo con jefes influyentes y magnates transoceánicos. Pero su trato era desigual, según pudo comprobar posteriormente Lilia: con sus iguales resultaba chistoso y condescendiente, y parecía siempre ávido por soltar ocurrencias divertidas; sin embargo, con sus empleados o subalternos era agrio y déspota, y cada vez que abría la boca parecía una alimaña hambrienta, presta a morder.

»El tipo no era versado en filosofía ni literatura, le importaba un bledo las teorías de liberación, pero dominaba también cinco idiomas. Y aludía constantemente a su

linaje familiar, con estilo cínico y descarnado, pese a las aireadas felonías de sus antecesores. Podía decirse que estaba más orgulloso de su estirpe que un cocodrilo de sus colmillos. Le gustaba jactarse de sus haciendas, tierras y negocios; y le encantaba narrar, bajo tragos de vodka y degustaciones de caviar, la larguísima lista de preciosas doncellas dejadas a la vera del correr de la vida. Siempre hablaba, al parecer sin cansarse, de sus exploratorios viajes de circunnavegación y de sus aventuras consumadas en todos los continentes, en busca siempre de gozo rápido y de nuevas sensaciones.

»Pero, claro está, se enamoró de Lilia y le prometió atemperar su carácter y guardarle fidelidad. Al fin y al cabo, hallar una joven morena tan hermosa, exuberante, inteligente e intrépida no sucedía todos los días. Sus sienes ya encanecían y su intrepidez juvenil iba menguando según pasaban los años. De todos modos, el tal Bocadeoro estaba exultante de júbilo con su bella hembra conquistada, y la enseñaba (o la exhibía), en fiestas veraniegas, al borde de piscinas climatizadas o en salones de aterciopelados cortinajes. El individuo, mientras tanto, se preocupaba en lucir sus camisas exclusivas, sus trajes de etiqueta, sus gafas de aviador cosmopolita y sus corbatas de diseño italiano.

»Bocadeoro se sentía con el pecho inflado de complacencia, tal vez como un lobo después de despedazar al ciervo más grande y agraciado del bosque. El tipo se había casado con una chica preciosa, culta, de cuna europea y sudamericana, que había conocido en su último viaje de sondeo, y así daba por terminado su periplo de gallardo adonis y conquistador de mujeres. De este modo lo narraba a sus familiares, amigos y conocidos. Había sentado por fin la cabeza, después de tantos romances y amoríos por todas las tierras, mares y laberintos de la vida. Conocía a fondo los entresijos del poder

y el dinero, del riesgo y la fortuna. Conocía con detalle y variedad la combustión de los deleites y la evanescencia de los enamoramientos. Y ahora quería dar el salto definitivo a una etapa de *relax* y de descanso, tras las múltiples batallas del guerrero victorioso, con la destreza del experto hechicero al fin convencido de la fascinación del enlace.

»Me lo imagino perorando ante sus amigos, piratas como él de las burbujas especulativas, de los prósperos negocios, bebiendo como un cosaco en la celebración de su despedida de soltero —Y entonces Aguayro se dispuso a parodiar el discurso del bebedor, con gestos grandilocuentes e histriónicos—: “Me da igual luna que fortuna, rayo de sol que linterna que alumbra vereda nocturna, corazón que yunque de herrero. Me da igual mina de uranio que radiografía de un hipopótamo. Lo mismo me importa grito que canción, itinerario que dispositivo de relojería. Me da igual instrumento que momento, ¡estoy enamorado, por fin! ¡Ah, y vale la pena, amigos!”, les confesaba a éstos, arrebatado de frenesí, con los ojos centelleantes y las manos alzadas como fuegos galopantes sobre el asfalto de sus recorridos éfilicos.

»Pero poco duró las ínfulas alborozadas del individuo, menos de un mes, después de su apresurado matrimonio. Los médicos dijeron que adquirió fiebres galopantes en tierras tropicales, las cuales sigilosamente despertaban tras meses de maduración; le anunciaron que no existía antídoto conocido. Y el tipo fue palideciendo, adelgazando y perdiendo pelo y dientes, hasta quedarse en nada, una calavera sin orgullo ni sonrisa. Lilia, en cambio, seguía hermosa de verdad, con su pelo negro hasta la cintura y su cuerpo pletórico y rebosante de vitalidad. Ella conocía su ascendencia nativa y era consciente de los atávicos infortunios familiares; ella sabía de la denodada lucha aborígen en los episodios y batallas de liberación anticolonial y democrática, y

compartía la esperanza de ver prosperar a los suyos, de luchar por la emancipación de su gente.

Al poco tiempo, Lilia regresó viuda a su país de nacimiento, con la riqueza del vanidoso seductor puesta a su nombre, y restableció allí la fortuna antaño usurpada y ahora reconquistada con las armas del amor.

—¿Del amor? —preguntó la prima Jonia, algo desconcertada—. Vamos, no creo que estuviese enamorada de aquel tipo engreído y consentido, primito chiribiribí. Sólo una necia podría engolosinarse con semejante sujeto, mezcla del libertino Dorian Gray y del cruel guerrero Áyax. Más bien creo que ella misma lo envenenó con alguna planta no catalogada de las selvas interiores del Amazonas.

—Bueno, eso decían las malas lenguas —dijo Aguayro, mientras daba otra chupada a su pipa—, y en esos términos se expresó parte del círculo de familiares, amigos y conocidos del tal Bocadeoro. Pero nunca pudo probarse ninguna acusación por medio del médico forense, ni fue exitosa maquinación alguna contra la bellísima indiecita de sangre teutónica. Y ella jamás me confesó haber cometido homicidio. Sólo hizo mención de la justicia cósmica y del ciclo inescrutable de los tiempos, que se impone a veces contra todo pronóstico adverso.

La noche se imponía con oscuridad gélida y lluviosa, y Grácil fue a buscar unas sábanas. Habían pasado varias horas, y llegó la hora de dormir. La prima Jonia se fue a la habitación de invitados. Grácil se acercó al amplio sofá donde Aguayro la miraba, reflexivo y tranquilo.

—Si no es indiscreción, ¿te enamoraste de aquella chica sudamericana? —preguntó Grácil, mirando al trovador y recogiendo los vasos vacíos.

—Bueno, tal vez, nunca se sabe. Lilia fue un hermoso y lejano sueño; pero tú, Grácil, eres una realidad encendida en la palpitación de la noche.

El beso fue largo y cálido, y se abrazaron en un viaje a través de la inmensidad del hallazgo mutuo.

## TRES

Esa noche, pese a la hermosa compañía, Aguayro no durmió bien. Le persiguió un sueño con argumento febril y angustioso, que incluía una larga, extenuante y solitaria travesía por mar en barca sin motor. Así transcurría:

Proscrito, desamparado, con barba de una semana y exhausto hasta el límite, Aguayro arribó a las costas rocosas de un país desconocido. Le perseguían gentes poderosas y la huida formaba parte de su exilio. Al dar los primeros pasos sobre tierra firme, lloró de rabia y agradecimiento. Sentía rabia por los usurpadores que saqueaban la vida y promovían la injusticia en su tierra natal. Sentía agradecimiento por la nueva esperanza, en forma de altos acantilados y prados verdes, que aparecía ante sus ojos. Unos pescadores que faenaban con redes tejidas a mano, le brindaron un cordial recibimiento y, sin hacerle preguntas comprometedoras, le proporcionaron un lugar cálido donde descansar, alimentos para reponer fuerzas y ropa limpia para sustituir su vestimenta ajada. Luego se dirigió a la ciudad, donde supuestamente podría encontrar apoyo de compañeros internacionalistas.

En principio, carecía de nombres concretos de personas a quienes buscar; y no se le ocurrió mejor defensa, para pasar desapercibido ante las autoridades locales y ganar tiempo, que inventarse nacionalidad británica. Su rostro de piel blanca, algo curtida por los días de navegación a la intemperie, su expresión taciturna, sus ágiles ademanes y sus cabellos claros convergían con una dicción nada desdeñable del idioma de Shakespeare. Y así pudo elucidar, en el primer hotel de la capital que halló, una historia de caballero inglés en espera de maletas extraviadas y de tarjeta de crédito en perentorio envió desde su banco de Londres.

Sobrevivió sobriamente durante el primer día, con semblante de dignidad circunstancial y sin dar señales de agitación; pero fue arrestado al día siguiente. Unos policías lo trasladaron a un edificio que le pareció tétrico y mayestático: el antiguo templo gótico de la Edad Media reconvertido, en plena ultramodernidad, en Teatro Metropolitano. Le condujeron ante el comisario jefe, que se encontraba de pie y dándole la espalda en su despacho, que era la antigua sacristía que usaba el sacerdote para preparar sus oficios, aún llena de crucifijos, pergaminos y cálices por doquier. El comisario fumaba un cigarrillo y estaba ordenando documentos polvorientos sobre una mesa oblonga que se pegaba contra la pared frontal. Se oía cómo la lluvia golpeaba el asfalto fuera. Cuando el responsable policial se dió la vuelta, Aguayro contempló aquel rostro pálido y barbudo: era su amigo de la infancia, Meandro Márgenes, el afamado autor teatral.

Hasta aquí llegó el conato de pesadilla. Bruscamente se despertó y se encontró en la cama junto a Grácil, que aún dormía bella e inescrutable, con sus cabellos relucientes esparcidos sobre la almohada, tan seductora como un arcoiris tras un día de lluvia. Aguayro se levantó con cuidado, para no despertarla, y fue a abrir un poco la ventana, que daba a la playa. Necesita respirar una bocanada de aire fresco, aunque dejara paso también al frío de la madrugada. Aún quedaban algunas horas para amanecer.

“Parezco un pensador trascendental, absorto por la belleza y asaetado por las preocupaciones”, pensó, “mientras aspiro la brisa marina, en esta madrugada de luna llena. Tal vez me atrape la desazón, la pasión o las tempestades del ánimo inquieto. Quizá sean éstos los prolegómenos de una historia que florezca en abrazos o claudique

en quimeras, no sé.” Luego miró hacia Grácil, que había movido levemente su posición. Respiró hondamente la brisa de la madrugada y cerró la ventana. “Pero ahora, con plena conciencia, me veo inmerso en el contagio de encantamientos de esta radiante mujer.”

“En el mundo hay tres vías de redención posibles: la muerte, el amor y el dinero”, siguió pensando. “La muerte es el único suceso inevitable, lo único que nos acontece finalmente a todos. El amor, en cambio, escoge a quien presentarse y no todos los hombres y mujeres del mundo pueden descubrir sus goces y sombras, sus cúspides y simas; pero tiene algo en común con la muerte: ha estado presente desde el principio de la humanidad, desde el primer estado de naturaleza, desde que la vida comenzó su ciclo. El dinero, sin embargo, es asunto puramente temporal: su existencia artificiosa, creada en el ámbito de las relaciones materiales, data de unas cuantas civilizaciones atrás. A pesar de todo, el dinero se ha convertido en la seña de identidad del sistema social actual, en símbolo de un individualismo atroz que crece por todas partes.”

“Tal vez sea la revolución, en todas sus facetas: el arte, la política, el compañerismo... la cuarta vía de redención posible. La revolución verdadera precisa de personas puras de corazón, que posterguen sus caprichos y deseos individuales, que prioricen la justicia social como fundamento de sus vidas. Para el común de los mortales tal tarea es difícil o imposible. El gentío alienado, habilidoso en dejarse arrastrar por aquello que el sistema dicta como lo correcto, detesta o desdeña a los que se rebelan y tolera a los que consienten o se corrompen. Se trata de una reacción social, oscura, lacerante, producto del miedo primitivo, que se remonta a tiempos inmemoriales (aún presentes), donde la fuerza bruta irrumpe preponderante.

»En la actualidad, no sólo se trata de la pervivencia de rasgos antropológicos atávicos, sino sobre todo, de las campañas de propaganda mediáticas y gubernamentales para recrudecer tales efectos. Por otro lado, ello también resulta ser un mecanismo de autodefensa en un mundo hostil, un ardid para no pensar, para no implicarse en la libertad colectiva o en las tentativas solidarias; así se eslabona un parapeto de individualidad egoísta.

»Pudiera hacerse un esbozo primario de la reacción de la gente común inducida por el poder: detesta a los que *odian el odio*, ya que éstos no pueden ofrecer recompensas materiales por posicionarse éticamente ni tampoco ejercen el poder; y aunque lo ejercieran, sería como instrumento de mejoramiento y justicia, no como escalada personal para medrar. Por eso, la gente no comprometida en las libertades sociales tolera a los que *aman el odio*, ya que éstos ejemplifican la delación cotidiana como un acto patriótico y ejercen el poder para sí, lo utilizan como báculo de corruptelas y enriquecimiento particular. *Odiar la guerra* significa para el revolucionario amar la paz. Sin embargo, el reaccionario sólo ve lo que tiene delante de las narices y lo que le conviene: *odiar la guerra* significa odiar. Se queda con la mitad de la copla, vaciada de contenido, falsificada.

»Por eso la población alienada que no obtiene prebendas procura olvidar, y olvida. Pues la amnesia interesada forma parte de su estrategia de supervivencia, resulta un mecanismo básico para el adormecimiento de su conciencia cívica. Y no se trata de concebir la vida en dos colores. Antes al contrario. Los odiadores del amor sí que conciben la vida en blanco y negro: se anuncian a sí mismos como los defensores del único orden posible, y acusan a sus adversarios de ser los malévolos. La masa de gente convencional sólo observa a los seres grises del poder, privilegiados y hedonistas,

preocupados exclusivamente por su bienestar o el de los suyos. Y los observa para envidiarles sus situaciones de prestigio o para echarles en cara que no premian su aquiescencia.

»La rotación radiante de colores y gamas tiene lugar, sea visible o no, en las mujeres y hombres libres del mundo, aunque se hallen solos, abandonados, sin trabajo, prisioneros o en lugares ignotos, perseguidos y vilipendiados. Estas personas, a pesar de sus angustias y padecimientos, brillan con todos los colores del arcoiris.»

Aguayro se metió bajo las sábanas, lentamente, junto a Grácil. Se sentía dominado por una paz armónica y cálida, pese a la angustia existencial por la suerte de sus compañeros, pese a la subyugada condición humana en la convivencia vecinal y mundial. Su pensamiento osciló entonces desde la revolución hacia el amor.

“¿Pero qué es el amor?”, pensaba. “¿Puedo considerarme digno de inspirarlo en la persona elegida y aceptar su regalo de florescencia encarnada en cuerpo, ánimo y pensamiento? ¿A qué precio, con qué renuncia? Sólo puede ser verdadero encantamiento si me impregna de sosiego íntimo y me reitera en la elevación de la conciencia humana. La evasión o el alejamiento de ideales sólo conducen a una actitud de derrota consumada, a un desvarío del ser humano frente a sí mismo. Sólo la verdadera unión explora todos los caminos y elige andar sendas de sinceridad, rutas de veracidad, a pesar de los obstáculos que surgen.

»¿Se puede considerar este sentimiento sublime, entonces, como pieza de recambio a un mundo descorazonado, como vía de escape a la sinrazón del sistema, como distanciamiento ritual de la problemática externa? Esa sería, en todo caso, la vía de los conformistas, de los que acatan el convencionalismo por hábito o por preferencia.

Acaso el verdadero vínculo sea un modo de vida activo y libre, una razón primigenia, un modelo intrínseco a irradiar, con la persona amada en particular y con las gentes del mundo en general. Es la vía de los insurgentes de corazón, que se rebelan contra el oscurantismo de la mediocridad, contra el imperio de la farsa.

»Se trata de dos modos diferentes de sentir y percibir la vida. La primera vía conforma un territorio protegido dentro de lo establecido, un *bunker* bien amueblado de comodidad y bien surtido de tics convencionales y ambivalencias, poblado de experiencias sociales legitimadas a la luz de las conveniencias, y enhebrado de temas-tabú que se eluden por temor a no saber justificarlos. La segunda vía, en cambio, a pesar de albergar un escenario igualmente inscrito dentro del mundo vivencial cotidiano, está abierta al sentir interno, y poblada de praxis crítica y de plenitud vital.

»*La vía convencional* pretende huir de los acontecimientos externos negativos: no enfrenta sus garfios hirientes; es una opción más cercana a lo aparente, que no aprende a superar las contradicciones. La relación puede acabar con la muerte de uno de los amantes o con el alejamiento por incomprensión, por interés propio o por otras razones egocéntricas. *La vía insurgente* pretende comprender y trascender los acontecimientos negativos y por ello se aproxima más a lo interno; es una opción más cercana a lo humanamente fluido, a lo específicamente espontáneo. La relación puede acabar con una medida del sistema: exilio, prisión, asesinato, secuestro legal o ilegal... o con la separación consentida por ambos o la muerte natural. Pero en todo caso, el corazón permanece florecido, pues el sistema no puede acabar con los sentimientos, aunque pueda acabar con las vidas. La armonía verdadera proclama inocentemente su infinitud.»

Aguayro pasó un buen rato en meditación, observando en penumbra —abierto de nuevo el cielo— la cosecha insondable de estrellas nocturnas. Intentó cerrar los ojos y dejar que suavemente la madrugada se tornase en luz, pero siguió abstraído en sus meditaciones. Después de un rato, pudo escuchar atentamente el sonido de la lluvia y le llegó también el retumbar de las olas contra la playa.

Luego, la muchacha se despezó con suavidad y abrió sus ojos color miel.

—Buenos días. Me alegro que estés aquí —musitó Aguayro.

Un suave beso dulcificó el despertar y reafirmó el sentimiento de realidad y pertenencia al mundo, tras la experiencia onírica. El poeta sintió toda la intensidad de sus emociones en la visión del rostro anhelado, en la oscilación de brazos revueltos, en el incendio de dos cuerpos frondosos que giraban en una concordancia cimbreante hecha fuego, como un concierto de corazonadas que unía dos vidas en un mismo ritmo frutal.

—Yo también celebro que estemos juntos —dijo Grácil, encima de Aguayro, mientras se fundía en una prístina ondulación de correspondencias—. Creo que ya no me será fácil prescindir de tu presencia.

—Bueno, ya que es cosa de dos, tendremos que perseverar en conocernos y descubrirnos mejor.

—¿Sellamos nuestra alianza?

—Ya somos uno, Grácil. La aurora nos saluda como nuevos amantes y compañeros de luz.

A la luz del día, podía proclamarlo para sí mismo: en sólo unas horas transcurridas, ella significaba para su corazón lo que la lluvia para el páramo baldío.

Sentía a Grácil como una razón existencial, un paradigma de iluminación, un antídoto de salutífera efervescencia contra la urdimbre caótica de la angustia.

—Nunca está uno seguro de haber alcanzado la felicidad, pues es un estado efímero —dijo Aguayro escudriñando las rayas de la mano de su compañera—, pero se puede disfrutar esta atmósfera de deleite y plenitud que conlleva. Durante mucho tiempo perdí la brújula de las latitudes. Pero tú me descubres ahora una nueva estrella que profetiza mil sinuosidades venturosas aún por venir. Tú afirmas la paz palpitante en mi pecho y el gozo diáfano en mi carne. Tu presencia, Grácil, es el elixir que precisa mi vida.

»Pero, ¿cuánto dura la esperanza, el resplandor de esta esplendencia ansiada, el regocijo de lo palpable? Nada sabemos. Acaso toda circunnavegación halle su término tras la órbita recorrida. O tal vez sea el comienzo para el descubrimiento de otra dimensión, más certera aún, alumbradora de espléndidos misterios y claridades. En realidad, ¿qué importa? Tú está aquí, junto a mí, ahora.

Mientras los tres jóvenes desayunaban leche de soja y café, zumo de naranja y tostadas con mermelada de melocotón (y la gata Ágatha se zampaba una lata de sardinas en escabeche y un tazón de leche de vaca), se enteraron de las últimas noticias a través de la radio. El gobierno estatal, en una reunión de urgencia producida la noche anterior, había decretado la ilegalización de la Red SOMOS. Acusaba a la organización de provocar desórdenes públicos y de organizar la rebelión contra el sistema político vigente.

“No podemos tolerar”, decía entre otras cosas el comunicado difundido, “que agentes provocadores insten continuamente al caos en el interior y a la deserción militar en el exterior. Tenemos pruebas claras y hemos constatado fehacientemente las simpatías rebeldes de la Red SOMOS. Esta organización, bajo un disfraz presuntamente cívico y democrático, alienta el levantamiento insurgente contra el sistema social imperante y apoya la resistencia armada de las naciones conquistadas, que nuestro heroico ejército trata de pacificar.

»El gobierno, en representación de los legítimos intereses del pueblo, no puede consentir este estado de cosas. Queremos vivir con este sistema que tantos bienes nos ha proporcionado, y queremos imponer la democracia a los países exteriores, por sabia elección madurada y consensuada, pese a quien pese. Nuestro modo de vida y costumbres, nuestros negocios e importaciones de materias primas y carburantes están amenazados por una banda de gente sin escrúpulo, que pretende hundir la economía nacional y promover la anarquía global.

»Queda prohibida, pues, toda actividad de la Red SOMOS. Y ya hemos cursado las correspondientes órdenes para el cierre de los locales, la incautación de todo el material subversivo y la apropiación de las cuentas bancarias.”

—Las cosas se ponen difíciles, ya no solamente para los habitantes de los territorios conquistados, sino también para nosotros, queridos compañeros chiribiribís —dijo la prima Jonia, apagando la radio.

—Están llegando al límite con las restricciones. No sé qué pasará, pero habremos de resistir —exclamó Grácil, tomando un sorbo de café.

—Así es, mis niñas —dijo Aguayro, levantándose y contemplando la lluvia desde la ventana—. Tendremos que enterarnos qué ha pasado con los detenidos de la

concentración antibelicista de anoche, y en qué condiciones están ejerciendo su labor los abogados. No es la primera vez que hallan impedimentos legales y tropiezan con dificultades perentorias. También debemos averiguar hasta dónde llega la persecución política, y si el gobierno pretende encarcelar a más gente, tal vez a quienes asumimos responsabilidades por representación de los afiliados.

—Alguien me tendrá que prometer que cuidará de Ágatha si me detienen, amiguísimos chiribiribís —dijo Jonia, acariciando a su gata, que lanzaba en ese momento un erupción del todo insurgente.

—Claro, Jonia —repuso Grácil, desde la mesa, recreándose en tomar despacio su café—. Por cierto, Aguayro, ¿no es esta noche a las ocho cuando inauguras una exposición artística, en la sala Brillo en la Noche?

—Sí, estaré allí una hora antes de abrir al público —indicó Aguayro, encendiendo su pipa de tabaco con olor a vainilla—. Ya está todo montado. Sólo falta abrir la puerta y encender la luz. Tal vez debamos suprimir, en esta ocasión, las bebidas y los sándwiches que nunca faltan en toda inauguración que se precie. Ante medidas excepcionales, sólo agua sin gas, quizás. En todo caso, debemos contar con que las autoridades no nos cierren la sala también, que aunque no está integrada en la Red SOMOS, puede ser acusada de colaboración artística o de apología estética, por ejemplo.

La sala Brillo en la Noche era un local alternativo ubicado en la parte baja de la ciudad, casi al final de la playa, a un kilómetro del piso de Aguayro. Allí transcurría la exposición. Era una zona donde predominaban las casas populares de escasas alturas, y

las tiendas de productos étnicos y de alimentación natural. Los restaurantes, variados y para todos los gustos, hacían confluír la comida atlántica occidental con las tendencias culinarias macrobióticas, la esplendidez colorista de los platos kurdos y turcos con la sencillez visual de los arroces zen, los sabrosos guisos del Oriente lejano con las recetas emotivas y familiares de los platos autóctonos. De día y de noche, la zona playera rebosaba de gente en todos los locales disponibles: organizaciones pacifistas, bufetes de abogados populares, clubs de paz internacional, asociaciones de derechos humanos, agrupaciones de solidaridad con las comunidades aborígenes amenazadas... Allí se organizaban actividades de reciclaje, se planificaban acciones ecológicas, sociales, y de defensa del medio ambiente, y bullían los locales de compra-venta de artículos de segunda mano.

Sin duda, la policía secreta también se infiltraba entre los participantes y trataba de obtener información de primera mano, disfrazándose de bohemios, de seguidores entusiastas o de recién llegados de tierras en conflicto. Pero funcionaba también una agencia clandestina de investigación al servicio de la comunidad alternativa, con personas voluntarias que no se conocían entre sí, que rotaban y obtenían datos que luego publicaban por internet o divulgaban personalmente a los interesados. Así se contrarrestaba, en parte, la acción policial de desgaste del movimiento alternativo, aunque los peligros siempre estaban cercanos.

La Red SOMOS también disponía de un local a dos manzanas de la sala de arte, donde se convocaban las asambleas y se debatían modelos de organización y acciones de lucha. Esa misma noche muchos agentes policiales habían llegado en cuatro grandes vehículos, y tras la dispersión obligatoria de los militantes que se reunían por los

alrededores y el posterior acordonamiento de la zona, rompieron la puerta principal y confiscaron ordenadores, archivos, discos compactos, libros, fotocopias, octavillas, banderas, posters, emblemas, películas... Durante toda la noche, diez agentes armados custodiaron la puerta y cuatro vehículos policiales quedaron aparcados a cada lado de la acera, para prevenir algún tipo de desacato y proclamar la diligente ejecución de las medidas del gobierno.

La sala Brillo en la Noche, sin embargo, no había sido clausurada. Era un antiguo garaje de una sola planta, distribuido y decorado de manera elemental, pero dotado de un excelente sistema de aire acondicionado y ventilación, con paredes blancas y piso decorado con motivos ornamentales de pueblos exóticos. A un lado de la puerta de la calle, constaba el nombre de la exposición actual: “LA DEMOCRACIA SEGÚN JUDAS” junto al nombre del autor; y apenas traspasada la entrada, en letras de molde esmeriladas sobre una superficie de cristal, se aludía a las obras expuestas con anterioridad, las fechas correspondientes y los artistas protagonistas.

La sala estaba considerada la más prestigiosa del novísimo arte creativo-alternativo y albergaba en ósmosis florida, se decía, una unificación de todas las culturas étnicas y transculturales. Su fama traspasaba los límites de la nación; siempre, naturalmente, fuera de los grandes circuitos oficiales de mercadotecnia. Nada comparable, pues, a las lujosas, blindadas y acrisoladas salas de arte de la banca internacional y del Estado, vedadas a los artistas que no se habían sumado al manifiesto de la Nueva Era. Los medios informativos de gran tirada apenas prestaban atención a lo que sucedía puertas adentro de las salas alternativas, y guardaban un lúgubre silencio

sobre las actividades y las obras expuestas, a la vez que ninguneaban a los artistas no firmantes.

Aguayro Verdemar, pese a todo, era un tipo polifacético de conocida actividad artística: poeta, ensayista, autor de relatos y de obras teatrales, pintor, fotógrafo, escenógrafo, profesor de Arte. Antes de la promulgación de la NEPU había recibido galardones de prestigio y algunos reconocimientos institucionales, pero las cosas ahora adquirirían un matiz distinto. Quien no suscribía el Manifiesto de la Nueva Era, podía considerarse excluido de los circuitos convencionales del arte, de las galerías famosas, de los programas de televisión, de las portadas de las revistas de diseño y arte vanguardista, de las subvenciones estatales a la promoción cultural.

No se podía subsistir decorosamente con las zancadillas o la animadversión del poder. Y esto Aguayro no lo ignoraba. Sus recursos actuales menguaban. Aún percibía honorarios por derechos de autor mediante la venta de algunos libros suyos, pero las colecciones no se reeditaban. Y en cuanto a los ahorros disponibles, sólo le alcanzaría para salvaguardar su autonomía durante cuatro o cinco meses escasamente.

A las ocho en punto, la sala abrió sus puertas. Allí cabían, codeándose unos con otros, alrededor de doscientas cincuenta personas. A las ocho y media, más de cincuenta almas (casi todos *desalmados insurgentes*, según el gobierno, que presuntamente simpatizaban con la Red SOMOS) poblaban las salas, charlaban y bebían agua sin gas. Esto podía considerarse, en épocas normales, un descalabro numérico; pero teniendo en cuenta la ilegalización de la Red y el clima de opresión reinante, la situación resultaba gratificante, sobre todo para el autor.

A esa hora comenzó un pequeño espectáculo de *performance*, a manera de bienvenida, presentación y justificación de la obra expuesta. Una mujer que había permanecido quieta como una estatua, erguida encima de un pequeño pedestal de madera, en medio de la sala, se fue desperezando y tomó contacto con el suelo. Vestía un atuendo que mezclaba la figura de hada madrina mágica con la de polichinela enredadora, con una larga capa color bermellón encima y un gorro de plumas estilo D'Artagnan. Su cara estaba pintada de blanco, con amplias cejas de color rojo destacadas sobre los ojos muy abiertos. Se paseaba entre el público cortésmente. No era otra que la prima Jonia Batientes, siempre intrépida y dispuesta a irradiar su colaboración con sinergias y fecundos sortilegios, más aún cuando se trataba de ayudar a la saga familiar.

—Apártense todos —gritó a las cuatro esquinas la comediente, saludando con el sombrero mosquetero en la mano—. ¡Paso a la autoridad autoritaria! Rían o aplaudan, aclámenme con vítores o procúrenme una amplia genuflexión. Está prohibido no participar, queridísimo público. Tengo que engrasar y hacer funcionar, con vuestra inestimable ayuda moral, económica e intelectual, la maquinaria de las artes democráticas, el inmenso reloj de la Reciente Edad elegida por el mismísimo dios de la oferta y demanda, del riesgo calculado y la ganancia cuantiosa.

»Todo sea por el arte y la innovación ultramoderna, todo sea por la creatividad y la armonía del trazo legalista. Todo sea por la forma y el fondo permitidos por las esferas ministeriales. Todo dentro de unos límites preestablecidos, naturalmente, los límites de la decencia y el sello de lo decoroso.

»Todo para el pueblo, excepto las plusvalías y comisiones, que son para nuestros dirigentes empresariales y políticos, que para algo se desvelan por nosotros y representan la voluntad popular. ¡Paso a la autoridad!, digo y repito...

La prima Jonia se desplazaba por toda la sala, con aire de profanación y veleidad. Luego se dirigió a algunos de los presentes y continuó expresándose así:

—Usted, caballero, ¿qué hace que ni aplaude, ni se humilla ni sonrío? ¿Forma parte quizá de esa banda de vehementes partidarios y quijotes que sueñan con un mundo sin ejércitos ni ajustes salariales? Y usted, mi dignísima señora, ¿ha pensado acaso en transgredir las normas de la higiene cívica lanzando al espacio público improperios libertarios sin el preservativo de la censura estatal? ¿Y usted qué murmura, señor? ¿Cómo dice? ¿Qué perdió a su hijo en la gloriosa conquista de los territorios bárbaros? Pues alégrese, pues su hijo murió por la patria. ¡Honor y gloria eterna! Verá su nombre esculpido en un colosal monolito ultramoderno, el cual honrará su memoria y transmitirá a los siglos venideros su bravía gesta. Apártense todos. ¡Paso a la autoridad autoritaria!

»Y sobre todo, en esta exposición conmemorativa, ¡honra patriótica a Judas Iscariote!, que ciertamente traicionó a su maestro amantísimo, pero lo hizo para ventura de la sociedad actual. Pues, ¿qué sería de nosotros, sometidos tristemente en un reino de paz, igualdad y hermandad permanente? ¡Qué aburrimiento más cruel, ¿verdad?, un mundo sin guerras para liberar territorios, sin pueblos enteros desplazados, amedrentados, a la búsqueda de techo, agua y pan! ¡Paso, pues, a la autoridad autoritaria!

»Agradecemos, en su egregia medida, el beso de Judas que arrojó a un profeta del amor universal en manos de sus augustos y prominentes juzgadores, para solaz y beneplácito de nuestros excelentísimos próceres. Bienvenidos a estos juegos florales de la Nueva Era que despunta y apunta con ojo certero y sigilo, con estrépito y simulación. Bienvenidos, amigas y amigos.

Todos los presentes aplaudieron los saltos, retruécanos, exabruptos y galanteos de Jonia Batientes, con risas y complicidades, a pesar del ambiente tenso que todos sabían que se respiraba en la calle.

La exposición “La democracia según Judas” constaba de fotografías de personajes, tomadas en blanco y negro, con formato de 60x80 cm., cada una con sus bocadillos correspondientes tipo *comic*, a manera de mensajes que salían de la boca de los protagonistas. Tenían marcos de madera pintados de negro. El personaje que representaba a Jesucristo llevaba el pelo largo de color castaño oscuro, y lucía ojos profundos, barba luenga, y una túnica color mar que le llegaba a los tobillos. Judas llevaba el pelo más claro, una barba esmerada y bien cortada, ojeras un tanto violáceas, y una túnica color caqui recogida en un brazo, al estilo de los patricios romanos. Ambos iban bronceados y parecían saludables y enérgicos. Ambos aparecían en todo tipo de situaciones, con fondos pintados a mano que simulaban diversos escenarios: paisajes de montañas agrestes, desiertos con dunas, huertos con árboles frutales y olivos, poblados humildes, habitaciones sencillas, orillas del lago Tiberíades o escaleras del Templo, rodeados unas veces de los otros apóstoles o con María Magdalena, o junto a un tropel de discípulos que escuchaban sus discursos y le seguían con admiración y profundo regocijo.

En una foto, Pilatos aparece en medio de una atalaya del palacio gubernativo, con Jesucristo a su izquierda, y Barrabás a su derecha; a éste último levanta el brazo erigiéndole como ganador, entre la aclamación popular y la actitud hierática y firme de los soldados romanos, con el siguiente texto que sale de la boca del representante del César: “Por consiguiente, proclamo vencedor en buena lid democrática, y a falta de los resultados oficiales imperiales, al candidato Barrabás.”

En otra foto, aparece Jesucristo predicando a la multitud en la lejanía, sobre la ladera de un monte. En primer plano, un tipo de nariz ganchuda dice a otro, ambos con vestimentas judaicas: “Creo que es un peligroso subversivo que predica contra la hipocresía de los poderosos.”

En otras secuencias, fundamentalmente en la pared del frente, se mostraban como intérpretes principales Judas y Jesucristo juntos. El tesorero de los apóstoles se dirigía al ungido, y le señalaba diversas cuestiones, peticiones o sugerencias:

—¿Qué te parece si en lugar de llamarles *raza de víboras* y *sepulcros blanqueados* hacemos una meditación comunitaria y les enviamos pensamiento positivo?

—Corremos el riesgo de una *opa hostil* por parte de los escribas y fariseos si no moderas tu discurso en contra de las instituciones de la modernidad.

—Maestro, he de mostrar mi desacuerdo con tu doctrina de la comunidad de bienes y con el desapego respecto a la propiedad privada. Así no hay manera de que nos financie la banca sionista.

—Basta con que conviertas en vino de primera el de las autoridades eclesiásticas, políticas y militares, y en vino de calidad secundaria el que va a consumir el pueblo llano que nos sigue.

—Deberías moderar tu discurso y ser más condescendiente con las clases medias.

—Creo que deberíamos pactar con los dueños del capital y con los detentadores del legítimo orden sagrado, en función de la continuidad de nuestra doctrina, no sea que nos persigan.

La gente se acercaba a saludar a Aguayro, mostrándole su aprecio personal y exponiéndole sus opiniones particulares y sus aportaciones sobre la exposición. Una señora ama de casa, cuya única hija seguía en prisión desde hacía un año, acusada de grave desobediencia a la autoridad por convocar públicamente y asistir a una concentración antibélica, se le acercó.

—Nunca pude reírle la gracia al caos represivo —dijo la señora—, o lo que es aún peor, aplaudir su urdimbre de manipulación. Quizá porque mis padres sufrieron las secuelas de persecuciones y destierros, a lo largo de sus vidas. Por eso celebro mucho tu muestra artística. Definitivamente creo que hemos de mandar al sumidero el miedo, y disponernos a correr a vientazos la hechicería cáustica del poder, como mi hija también ha asumido. La cárcel nos entristece, pero pienso que debemos deshacernos de las alcancías de desazón, y seguir luchando por la libertad de los presos y presas, y de todas las personas que sufren ignominia por motivos políticos. Mi hija me dijo en mi última

visita a la cárcel que no dejara de acudir aquí, y aquí estoy para felicitarte en su nombre y en el mío.

Un jubilado bien plantado, que llevaba boina negra, antiguo profesor de Ética Humanística, acompañado de su nieta, también quería decirle unas palabras al poeta.

—Arrojé al fondo del pozo mi pesadumbre —dijo sin soltar la mano de su pecosa nieta de corta edad—, y pude resistir en el exilio, alejado de mi tierra, de mi familia y de mis compañeros. Ser bueno es cosa reprobable en tiempos de zozobra, ya se sabe. El poder está más podrido que nunca de pactos abisales y ruindades de perversión, aunque lo disimule con promociones y propagandas. Eso sí, lo ocultan bien: la mayoría de las transacciones y cuentas oscuras no salen a la luz. Regresé del exilio hace algunos años y ahora vuelven los tiempos de las tinieblas con más intensidad.

Una chica de elegante garbo, con expresión vivaz y cabellos muy morenos, que llevaba un vestido verde y una camiseta con *tótems* de culturas africanas, saludó efusivamente a Aguayro. Venía de manos de su acompañante, un joven alto, de pelo castaño y gesto amable.

—Alguien dijo una vez que un terrible tifón comienza con el aleteo de una mariposa —apuntó la chica, llamada Chabela Partridge, militante de la Red SOMOS, al igual que su novio—. Ojalá tu exposición, compañero Aguayro, sirva como viento para derribar esta dictadura camuflada que padecemos. O al menos para contribuir a su caída.

Su joven acompañante, llamado Amaio del Río, también quiso unirse a la conversación.

—Me alegro de admirar tu obra, Aguayro. Dice el oráculo antiguo que en el principio fue la palabra —expresó con gesto decidido—. Todo ha sido manifestado a

través de la palabra, la cual permanece oculta en nuestros sueños o es difundida a través de nuestras intenciones y hechos, a la espera de su esplendor perenne en la vida. No hay nada nuevo que decir y sin embargo tantas cosas deben ser repetidas aún... Por eso veo necesaria tu exposición, compañero. El horizonte es nítido para quien quiera ver, el sonido es claro para quien quiera oír; pero las imágenes y las palabras verdaderas siguen estando perseguidas en esta sociedad decadente que vivimos. Y muchas palabras aún siguen encarceladas dentro de los seres humanos, marchitas o secuestradas, por miedo a expresarse o por imposición del poder. Por eso es bueno sacarlas a la luz.

Algunas horas después de apagar las luces y cerrar la puerta de la sala Brillo en la Noche, Grácil apoyó su cabeza en el pecho de Aguayro. Estaban en el apartamento del poeta.

—Me enterneció lo que dijo Chabela, aquella chica morena tan llena de energía —indicó Grácil con delicadeza—. Pienso que quizá una tragedia humana comenzó con un desamor, con un encuentro frustrado de dos seres, unidos por la luminosidad de dos llamaradas, que no llegaron nunca a conocerse ni a consumir su unión. ¿Sería el mundo diferente si hubiese tenido lugar aquel encuentro fogoso y primordial?

—¿Quién sabe? Seguramente. Una mujer, tras la presentación de un libro —apuntó Aguayro, mientras untaba de crema el rostro de su amante, antes de dormir—, me preguntó una vez: “¿se considera usted un ser espiritual?” “Nada de eso”, le respondí, “todo lo contrario, tan sólo soy un ser humano”. Ciertamente, así lo veo, Grácil: si fuese un ser espiritual iría volando donde quisiera, como un viento seráfico. Pararía todas las guerras y enviaría a reinos tenebrosos a todos los abusadores del mundo. Pero no lo soy. Sólo soy un ser imperfecto, tan importante como cualquiera que

expresé su identidad con honestidad. Soy simplemente alguien modelado por el entorno y las vivencias: la tierra donde nací, el colegio donde estudié, mi nariz de ascendencia nórdica, mi cuerpo enjuto, mis nudos emocionales sin resolver, mis proyectos perdidos, las muchachitas hermosas que se cruzaron por mi vida... Pero ahora estoy contigo, Grácil. Nada me alegra más que sentirte a mi lado.

## CUATRO

Meandro Márgenes saboreaba las mieles del éxito, aclamado por todos los medios importantes de información, retratado en las portadas de diarios y revistas, entrevistado en diversos programas, estrella de moda en todos los espacios culturales y sociales, viajero irredento por los cinco continentes. No obstante, no se sentía del todo satisfecho de sus logros: quería auparse más alto, sentarse más arriba, en donde se manejan los hilos invisibles y se fabrican los ecos del poder. Quería seguir escribiendo finales preconcebidos antes de empezar guiones teatrales, pero también quería hacerlo en la vida misma, en su propia existencia ahora colmada de cumplimientos y provechos.

Dos años atrás, para seguir su camino y probar sensaciones y experiencias diferentes, Meandro Márgenes se había unido a la Asociación de Gays por la Nueva Era de la Pacificación Universal (AGNEPU), una organización apoyada y financiada desde el Estado y bien avituallada de beneplácitos en los círculos más prominentes. Se trataba de una especie de club selecto donde la reivindicación igualitaria de antaño había dado paso a las celebraciones ininterrumpidas, en honor al dios del placer y del hedonismo, donde las loas permanentes a la acción pragmática de la política gubernamental coincidían, según afirmaban sus portavoces, con la emancipación sexual de la Humanidad. Otras asociaciones de gays, lesbianas y transexuales, más cercanos al pensamiento progresista y a la vanguardia innovadora, estaban siendo desmanteladas por las huestes gubernamentales u hostigadas por la acción desmesurada y permanente de grupos homófobos tradicionalistas o agentes provocadores hostiles, los cuales raramente eran identificados o detenidos.

En las reuniones y fiestas privadas de la Asociación, Meandro se divertía y se relacionaba ávidamente con amantes desenvueltos y benefactores ociosos. Aún así, percibía su ambición y su sed de sensaciones nuevas como un globo que había que inflar más aún, para surcar a más elevada índole, con pompa y orquestación, las alturas celestes de los pudientes imperios.

“Este síntoma que llamamos amor, detritus obsoleto de tiempos cuyas páginas ya hemos pasado —escribía Meandro para una revista cultural de gran prestigio—, ¿qué es en realidad sino desconsuelo, abstinencia de regocijo y clamor de ánimo sin temple? ¿Que es esa intemperancia sino volcán hiriente, sed de estrellas y mar de lunas melancólicas que impide el libre vuelo? Esta cosa, que se supone representa las antípodas del odio, no incluye más que un término absolutamente pasado de moda. Según pienso y siento, no es más que un esquife discrepante, un territorio afortunadamente destruido por el terremoto de la ultramodernidad, cuyas edificaciones habremos de volver a levantar con materiales más recios. Es un abismo del pesar, es la desventura que habremos de atravesar sobre puentes más flexibles.

»En la presente Nueva Era, el amor, como panacea en desuso, alude a tiempos que se fueron para no volver. Se trata de una palabra vacía que persiste únicamente en boca de los exaltados y los románticos, últimos habitantes de un pasado arrebolado de ilusiones caducas, de utopías destempladas, de ánimos descabalgados. Se trata de una nave sin destino cierto, que carece incluso de fondeadero seguro, pues las nuevas olas que ahora imperan requebrajan el albedrío de sus instrumentos de medición y hacen trizas los sutiles cascos que antaño le hacían flotar.

»Necesitamos, pues, una nueva nave propicia para el espíritu y la carne. Debemos un apoyo inquebrantable a los tiempos que asoman en lontananza, tiempos de conquistas y de voluntades en expansión.

»¿No es el amor acaso una forja de laberintos perdidos, un taller de desazón, un conciliábulo de estrépitos cardinales? ¿No es acaso un jardín umbrío donde no se reconoce la pasión sino mirándose al fondo del pozo seco de sentimientos de una lealtad ya borrosa y quebradiza? ¿No representa acaso un perfil perdido, una quimérica ocasión de ocasos, un rubor desdeñable, una persuasión anónima, un abrazo de dos nadas unidas donde sólo se fecunda turbación y espanto?

»¿No alude acaso a un manantial envenenado donde ni pasado ni presente hallan reposo, donde se constriñe el aleteo de la libertad y se construye el hormigueo de la desesperanza? ¿No implica acaso una fuente cuantiosa de dolor, un hambre de indagación que no sacia jamás su desvarío, una locura que no se acomoda entre holganzas suaves ni sobre cama de fakir? Créanme, amigos, tal sentimiento inútil nace donde la ilusión se humilla sin vertiente ni provecho. En el amor la distancia muere y los seres se precipitan en un abismo de gracia efímera que se torna luego caída sin fin.

»Por eso proclamamos que en la Nueva Era no hay espacio ni tiempo para tales mediocridades, para tamañas imposturas: el placer, la conquista y la restauración perpetua han de elevarse por encima de los lugares que antaño ocupaban el cariño, el galanteo y la espontaneidad florida. ¡Larga vida al recorrido de nuevas experiencias en la Nueva Era de la Pacificación Universal! ¡Brindemos por los inusitados descubrimientos que nos aguardan en las orillas de la sustancial mudanza!»

—Es un artículo brillante, Meandro —dijo Lavinio Cárdenas, un joven estudiante de Ciencias Estadísticas, de rostro noble y porte desenfadado, estirado como caña de bambú y rosado como plumaje de flamenco. Era el último y ocasional amante del renombrado escritor, y en ese momento se levantaba del sofá en casa de Meandro, donde leía la revista que publicaba el artículo del afamado autor teatral. Se dispuso a preparar dos copas de whisky con hielo—. Me gusta sobre todo tu valentía por romper moldes, por desentrañar la idea básica de optimismo y empuje de la Nueva Era, sin acomodarte a antiguas tendencias que ya no cuelan ni se estilan.

—Claro que sí, mi joven estrella —apuntó Meandro—. Antes decía lo contrario y pasaba desconsuelos y calamidades. Ahora grito a los cuatro vientos lo que los nuevos tiempos demandan y me pagan y me agasajan espléndidamente. He aquí el cambio de paradigma, al cual se han de amoldar las mentes pensantes y los espíritus andantes de la era que vivimos.

—Eres el Oráculo de Delfos de la ultramodernidad, Meandro —dijo Lavinio mientras ofrecía su copa a Meandro—. Triunfas por encima de las veleidades y las mezquindades del hastío contemporáneo. Todos te erigen como modelo de literato y pensador; no cabe duda de que el sistema precisa de ti y te ha de retribuir generosamente.

—Me seguirán apoyando mientras les convenga, querido —apuntó Meandro, mientras se sentaba junto a Lavinio y saboreaba su whisky—. Tengo unos diez años más que tú. Y antes de delectarme con las intrépidas fresas del movimiento que triunfa y prevalece actualmente, participé en marchas contra el poder establecido.

»Vivimos en la causalidad, querido, acosados por acontecimientos cíclicos, sucesos pertinaces y misteriosos en sus consecuencias y en sus orígenes. Apenas hemos

rebasado un cuarto del siglo XXI. El mundo se ha vuelto ostentoso, prisionero de su propio juego en la marcha ineludible hacia adelante. El mundo se ha trocado insatisfecho y voraz por doquier. La vida es difícil y cara. La verdad se ha convertido en una joya demasiado valiosa para ser exhibida públicamente; mejor dejarla en casa. Y el dinero resulta ser la enseña victoriosa o dramática, según se mire, para la subsistencia y el decoro.

—¡Cuánta razón subsiste en tu elocuencia! Pero dime, ¿quieres decir que no sientes lo que escribes, mi admirado Meandro, que te amoldas a lo que la corriente del presente demanda?

—Sentir no me proporciona placer, pero escribir me proporciona esta mansión de lujo donde te ofrezco cama, calor, sustento y delirio, querido mío.

El joven Lavinio se levantó, dió unos pasos hacia la estantería rebosante de libros, se estiró con aire displicente, y se volvió a sentar. Luego chocó su copa con la del escritor. Meandro lo observó; se sentía junto al alborozado joven como un héroe de leyenda frente a un lector empedernido de aventuras. El dramaturgo ejercía como un experto maestro de ceremonias, hacedor inagotable de juegos y exploraciones.

—Brindemos para que tu éxito continúe en racha de gloria —propuso el joven estudiante.

—Así sea —ratificó Meandro, entrechocando su vaso con el de su amante.

—Y dime, Meandro, ¿cómo has evolucionado a tu pensamiento actual, a tu posición de ahora? —preguntó Lavinio, posando el vaso en la mesa del salón.

—Te contaré una historia. Es una historia vulgar, corriente como la vida misma, un relato metafórico y elemental, como el reflejo de la luna sobre las aguas grasientas de la bahía. Y sin embargo es un relato de aquellos que ya no escribo, pues los sucesos que

permanecen velados para la historia cotidiana y para el común de los mortales ya no interesan a nadie, caducan irremisiblemente. Por otra parte, no tienen precio, y por lo tanto, no se cobran.

»Una vez don Segundo —continuó Meandro—, ciudadano de humilde cuna y de aspiraciones altruistas, se tropezó con don Perfecto, nacido aristócrata y partidario de la libre competitividad y de la expansión de los grandes mercados trans-nacionales. Ambos eran políticos. Don Segundo, mostrando su sonrisa, saludó cortésmente a su competidor en las elecciones locales. “Buenos días. He leído el vaticinio de las encuestas. Le auguran una amplia victoria”. “Naturalmente. No puede ser menos. Siempre gana el mejor”, contestó don Perfecto, que se alejó calle arriba, exultante de optimismo, flanqueado por dos hermosas modelos, una rubia y otra morena, las cuales ostentaban en sus vestidos, a la altura de sus respectivos pechos derechos, sendas insignias del partido. Ellas taconeaban, contorneándose en movimientos de sensualidad, mientras don Perfecto, orgulloso de su *status* y de la tórrida y placentera compañía de las mujeres, levantaba su mentón en dirección a los rascacielos de la ciudad.

»Don Segundo entonces se quedó pensativo. Tal vez los pronósticos fueran ciertos. El poder seguiría en manos del continuismo. De todos modos se plasmaría la voluntad del pueblo, tanto si llega a ella el electorado por convicción propia o por propaganda ajena. La gente es libre de elegir a quien quiera, entre los partidos permitidos, desde luego. Don Segundo llegó entonces a la conclusión de que no valía la pena perder sin recibir nada a cambio, y entonces se decidió a sacar provecho de su derrota. Llamó a don Perfecto y le dijo que estaba a su servicio. Y desde entonces se convirtió en agente del partido principal en el seno del partido de la oposición. Al fin y al cabo, ambos partidos representaban los mismos intereses. Y de nada le valía, pensaba

ahora don Segundo, convertido en hombre sagaz y ciudadano pragmático, ser comensal sin tener cubierto ni mantel ni ser invitado a comer.

—¡Ah!, te lo acabas de inventar, ¿no? ¡Eres un cofre fecundo de sorpresas, mi querido Meandro, una fuente inagotable de saber! —dijo Lavinio, luciendo una amplia sonrisa—. Aunque ya podrían haber sido dos mancebos de pieles bronceadas por el sol del Caribe, en vez de dos mujeres de casa de citas las que acompañaban a don Perfecto. Quiero ser tu discípulo, además de tu amante. Quiero sorber todo tu conocimiento, mientras me lo permitas.

—Te concederé ese privilegio mientras te portes bien —apuntó el escritor, al tiempo que tocaba con la palma de su mano la barbilla del joven Lavinio.

—Seré satélite de tu universo mientras quieras, aunque ya sé que te codeas con grandes figuras —dijo Lavinio, con cierto aire ausente—. Yo no accedo más allá de alguna fiesta pública para afiliados y simpatizantes de la Asociación de Gays. Cuéntame cómo te lo montas en el mundillo de la farándula, cómo te codeas con los gestores y las personalidades importantes. ¿Podría ser invitado a alguna fiesta más íntima?

—Ah, chiquillo inquieto, qué casquivano eres. Todas estas cosas se conocen mediante la experiencia. Un día vendrás conmigo a alguna sesión exclusiva. Pero haz de saber que no siempre el más listo consigue los mejores papeles en el teatro de las conveniencias. Hace falta también coraje, don de gentes. Hay que saber situarse en el momento preciso, y sobre todo es indispensable atender la llamada de la complacencia *ipso facto*, cuando el hado del poder te señala con su dedo benefactor.

»Una vez conocí a un profesor universitario —añadió el escritor, acabando su whisky— que, entre sus compañeros, tenía fama de individuo ambicioso. Pretendía, a

través de intrigas académicas, obtener un puesto importante: director de departamento, investigador liberado, rector honorario o algo por el estilo.

»Un día se dispuso a escribir su discurso de presentación de candidatura. “Quiero pedirte el voto (empezó escribiendo en un estilo demasiado directo, pero avisado en el fondo), pues pretendo ser el líder del colectivo, para representarlo en todos los foros y mejorar nuestro estatus funcional. Quiero que mi palabra y mi acción sienten cátedra en el tabernáculo de la didáctica universitaria. Aquí estoy, *vox populi* soy para asañar la disconformidad inútil y la pusilanimidad de aquellos rezagados y poco emprendedores que no quieren elevarse y obtener más gratificaciones y nombramientos. Quiero asentar, sobre el basalto de la rutina y del imperio pedagógico, los fundamentos del bien vivir y del conocimiento conveniente; empezando, claro está, por mi propio bienestar y conocimiento, que la caridad bien entendida avanza desde el yo... y acaba también en el yo.”

»Luego, el profesor aspirante a líder, suprimió todo lo escrito y empezó a escribir el verdadero discurso falso que más tarde leyó. Y ganó, el muy astuto.

—Ah, seguro que también te has inventado ahora este cuento, pero es fino y bien trazado como la redondez de tu ombligo —dijo Lavinio pasando su mano por el vientre satisfecho de Meandro.

—Bueno, ya basta por hoy. Tengo que salir a mis obligaciones —expresó el autor teatral con algo de desgana.

—Tienes demasiados compromisos, querido. Un poquito de satisfacción no te vendría nada mal. Y sabes que soy experto, pese a mi juventud, en proporcionártela.

Entonces, Lavinio se arremangó la camisa, mostró la punta de su lengua y hundió su cabeza entre las piernas de Meandro.

“Ciertamente Lavinio es un joven cordial, servicial y alegre”, pensaba mientras tanto el escritor. “No me viene mal su compañía, aunque está demasiado obsesionado por el placer. En realidad, es un síntoma de la edad. Vive la vida sin comedimiento ni preocupación, a tope, y anda siempre sonriente. Por otra parte, también me admira. Y sospecho que sufrirá el día en que me lo quiera quitar de encima. Tal vez se muera un día de calor intenso, al máximo de velocidad a lomos de su caballo mecánico último modelo, esbozando una última sonrisa ingenua. Tal vez sus últimas palabras sean: *Mi vida ha sido una danza bajo una rápida nube color rosa, un suspiro gobernado por la carne.* Ah, ¿quién sabe?”

Meandro le dejó hacer, deliciosamente acomodado sobre su sofá nuevo, de diseño ultravanguardista, a imitación de la época del Bajo Imperio romano.

Mientras tanto, fuera, en el mundo, el día palpitaba en su ofrenda de vidas y muertes, de prebendas y zozobras. Más allá de la ventana, existía un mundo turbulento y disorde que le demandaba más burbujas de palabras y menos contemplación de la esterilidad del destino. Un mundo que le prometía más ascensos, galardones y gratificaciones.

Al rato, el afamado escritor se hallaba paseando por la avenida de la playa. Quería estar solo, aunque la soledad fuese como una mordida de áspid, como un aguijón de tarántula sobre el cuello. Estar solo le precipitaba febrilmente en su hastío existencial. Su vida era un espacio de múltiples senderos de flores pisoteadas en la búsqueda por alcanzar la cima más alta detrás de la colina verdecida. También la ambición le quemaba como fuego cegador. Asimismo abominaba de tanto trato carnal

con jóvenes promesas y adeptos empedernidos, a la vez que le complacía sobremanera ese trato, tanto en su vanidad interior como en su alborozo carnal.

Se dispuso a pasear cuán larga era la avenida de la playa.

Pequeños ladrillos de barro cocido, rodeados en cuadrados amplios por finas láminas de mármol blanco resbaladizo, delimitaban la avenida y marcaban la demarcación final del pavimento, al borde de las doradas arenas de la playa. El trazado era defectuoso, particularmente entre ladrillo y ladrillo, sobre todo para las mujeres que llevaban zapatos altos, cuyos tacones quedaban atrapados con demasiada facilidad en los intersticios.

Al fondo norte de la avenida, bajo varias montañas que se perdían en lontananza, aparecía una zona de dunas y rocas escarpadas, que configuraba un amplio espacio abandonado a propósito para futura especulación urbanística. Al fondo sur, unos seis kilómetros hacia el otro lado, la playa se perdía entre finas arenas doradas, debajo de una cadena montañosa árida y pelada que llegaba hasta el centro de la ciudad.

Un presupuesto extremadamente inflado, muy criticado por la población, costó derribar la antigua avenida y edificar la nueva obra. Aquella, de la que sólo quedaban muestras fotográficas, había sido una preciosidad hecha con baldosas talladas a mano, escogidas de una antigua cantera ya desaparecida, que incluía, en la zona fronteriza con la arena, pasamanos de madera pintados de verde y parterres de flores siempre regadas y radiantes. En su lugar, el ayuntamiento mandó levantar, a través de una contrata privada, una nueva avenida más larga por ambos lados, pero con un acabado y una calidad tremendamente deficientes. Por la zona norte, en los últimos tres años, se había vuelto a levantar más de cinco veces el enladrillado, debido a la escasa sujetación y al material inadecuado. Y el desaguisado amenazaba con empeorar en la zona sur, sobre una

edificación que se elevaba sobre columnas de hormigón, que se había levantado para futuro uso de aparcamientos de vehículos: muchos trozos se habían hundido lastimosamente y había que rehacer las obras continuamente, con nuevos presupuestos, pero acudiendo siempre a la misma contrata privada.

“Pero no importa”, pensaba Meandro, “así funciona el entramado de corruptelas públicas. Los intereses dinerarios posibilitan la confabulación entre el ayuntamiento y la compañía constructora, lo cual genera múltiples beneficios para algunos. Es el derecho de los elegidos democráticamente a sustentar su autoestima, estimada en comisiones o en *vil metal*. Pero, ¿para qué pensar en eso, si el sistema se mantiene erecto y fuerte sobre los despojos de la virtud fenecida? La gente de la metrópoli se entretiene con fútbol, prensa rosa, música de evasión, concursos televisivos y espectáculos frívolos. En cuanto a los habitantes de tierras lejanas, los ejércitos coaligados saben entretenerlos bien y reducirlos con hazañas y campañas tumultuosas. No hay tiempo para reflexionar, no hay tiempo para inhalar la vida.

»Aún así, el sol brilla de día y la luna aparece de noche, el mar propaga su mensaje de equilibrio, sosiego o rebeldía, según los tiempos que toquen. Siguen las olas esculpiendo poco a poco las rocas de las costas y multiplicando de volumen las dunas, hasta que sean barridas o fenezcan.

»Y hoy es día de sol, de claridades, de olas limpias. Vida e historia. Tal vez todo acabe o tal vez todo recomience. La alegría fulgurante, el esplendor de la vida palpitando en los paisajes y en los pechos de las gentes, los abrazos de bienvenida y los saludos de mentira, los besos pasionales con sabor a durazno o a medicamento caduco, las palabras de consuelo que se convierten en basura de estercolero, los deseos fugaces y las intenciones ocultas...

»La vida en estos tiempos feroces es más transparente y desnuda, a pesar de todo, como un tejido hambriento y volátil de acontecimientos que no cesan. La trama es más descarnada en la significación de sagas humanas que mueren o perduran, de historias que son enterradas o reelaboradas, en un continuo rastro de soledades que se revientan o se unen a la tropa de otras extravagancias u omisiones.

»Yo paseo y atisbo el horizonte, inhalo el aire fresco, y aprovecho la aventura de vivir, aunque sea apretando la mandíbula y pisando hormigas anónimas. Mentir o morir, he aquí el dilema. Y elijo la vida, ¿por qué no? Tan sólo soy un ser humano que defeca, mea y camina. Nada sé, aunque mucho haya visto y oído. Me hundo en sensaciones y significados, en el encantamiento opíparo de la Nueva Era que fluye. Yo no creé esta amalgama de sucesos, yo sólo me dejo arrastrar por ella. Y aunque un volcán de agitaciones se instale en mis adentros y anegue mi pensamiento, seguiré adelante. Tal vez me encuentre, o tal vez me pierda. Pero me aferro a la vida con uñas y dientes.»

Meandro Márgenes decidió refrescar su gaznate y ponerse a tono con una copa. Se sentó en una terraza de la avenida, bajo un toldo con flecos de color crema que le protegía del sol, y pidió un *blood mary*. Cuando lo saboreaba, se le acercó un limpiabotas, y le dejó trabajar con sus zapatos. El tipo ya pasaba de los sesenta, y llevaba puesto un sombrero de fieltro marrón de ala corta. Su rostro era adusto y seco, y evidenciaba una vida de sacrificio, tal vez de renunciamento. Era también un parlanchín deslenguado, al parecer, según conjeturaba Meandro.

—La vida humana es un cuadro de colores, señor —dijo el limpiabotas mientras procedía a protegerle los calcetines y el pantalón de la cera, antes de betunar los zapatos—. En numerosas personas predomina uno sólo con diferentes matices a lo largo

de toda la vida: el negro del infortunio y la miseria, el gris de la indiferencia y el egoísmo, el amarillo metálico del lujo y la ostentación... Otras personas, no muchas quizá, son afortunadas en hechos y sentires, pues sus vidas conforman un cuadro magnífico, un escenario donde el corazón generoso y la mente reflexiva se alimentan de la dicha y el saber.

»Todos habitamos el mundo y percibimos la propia existencia —continuó el hombre del sombrero de fieltro, que ya empezaba a betunar el primer zapato—, pero casi nadie logra hallar la respuesta del origen olvidado, averiguar la razón de la vida. Vivimos realidades e ilusiones, placeres y añoranzas, pasos conscientes y travesías perdidas. Habitamos un mundo de soluciones ocultas, de dudas y desconfianzas, mientras las trampas quedan abiertas a la espera del tropiezo. Y los engaños más peligrosos los urdimos maliciosamente unos contra otros, alejándonos de los demás y de la vida misma.

»Todos cooperamos en los desmanes, no se salva nadie —añadió el hombre, mientras betunaba el otro zapato—: el comerciante que fabrica fraudes, el ejecutivo que vende truenos, el haragán que no da un palo al agua, el funcionario que acepta sobornos, el periodista que oculta la noticia o la tergiversa, el miserable que golpea a su esposa... todos hacemos lo posible por crear condiciones para el saqueo, el recelo, la injusticia, la diferencia entre personas, la mentira, la impunidad... y esto nos afecta esencialmente, como seres humanos.

»Pero muchas veces el enemigo principal está dentro de uno mismo, como cuando las cegueras estúpidas o la insensatez nos nublan el ánimo. Así dejamos pasar oportunidades en forma de senderos de autenticidad donde la brisa baila o el sol brilla como una sinfonía magnífica...

»Pero siempre, tal vez, hay una nueva oportunidad de vida.

El limpiabotas terminó su trabajo, lo cobró y se fue tranquilamente a la búsqueda de otro cliente, mientras Meandro Márgenes permaneció meditabundo, tomando su bebida.

“¡Qué cosas!”, se dijo a sí mismo el autor teatral. “Un anciano filósofo que limpia zapatos ajenos, un viejo Sócrates que aún no ha aprendido que la depredación es la forma natural del hombre. Tal vez sea eso lo que me hubiera ofrecido la vida en caso de no haberla asaltado con firmeza, en caso de apiadarme de mí mismo y del mundo. ¡Pobre hombre que aún cree que la vida la hacen los hombres simples y no las grandes mentes al servicio de la fuerza!”

Luego se apresuró, pues tenía cita con su psicoanalista. Había cambiado de profesional por cuatro veces en el último año. Le gustaba empezar de cero, y narrar de nuevo episodios de su biografía, la cual siempre llenaba de detalles y acontecimientos diferentes, fuesen reales o inventados. Esto le reconfortaba y le ayudaba a pergeñar historias novedosas, que luego escribía en sus obras de teatro, narraba entre sus círculos de amigos o recreaba en sus artículos de opinión.

Esta vez había contactado con un médico-psicólogo de aspecto condescendiente, poco pelo y bigote fino, con cara de haber desayunado fresas con nata y haberse limpiado sus dientes con el último dentrífico publicitado.

—Nací en las montañas del sur —expuso Meandro con sosiego, tendido sobre un diván color caoba, una vez cerrados los ojos—. Mi familia me crió libre y satisfecho, entre la tolerancia de costumbres sanas y el aroma a campos florecidos.

»Yo tenía entonces quince años y el verano estaba en su cénit. El calor nos empujaba a las aguas gratificantes del mar, donde nos divertíamos y nos bañábamos haciendo cabriolas. Mis amigos constituían un grupo de adolescentes de ambos sexos. Nuestros juegos ya superaban la niñez y se adentraban en las exploraciones y los deseos propios de la edad.

»Mi novia de entonces era una muchachita ágil y bien formada, de grandes ojos negros, pelo negro y reluciente piel. Solíamos subirnos a los árboles y coger manzanas y membrillos de los amplios huertos de casa de sus padres...

## CINCO

Raudo como un tornado, Meandro Márgenes se dirigió a su residencia ajardinada, ubicada en la zona alta de la ciudad. Una vez allí, mandó a su mayordomo tomar los recados telefónicos y no ser molestado bajo ningún pretexto. Se sentó en su escritorio de cedro libanés, frente al ordenador. Quería organizar sus proyectos literarios, esbozar su próximo trabajo, pero no tenía ni idea por dónde empezar. No había ningún argumento, ninguna semilla imaginativa que le rondara la cabeza.

Pasó un buen rato fumando, rememorando episodios vitales, releendo manuscritos sin publicar, viendo pinturas, grabados y litografías, haciendo dibujos sobre papel, afilando lápices, pero la inspiración no surgía. Se preparó un whisky con hielo y fue saboreándolo con lentitud parsimoniosa.

Se dispuso entonces a visualizar el programa a bombo y platillo promocionado semanas atrás, cuyo texto había escrito y que había sido producido y grabado en los estudios de la televisión pública. Era el guión N° 1 de una serie para pantalla chica, cuyo título era LAS TERAPIAS DEL DOCTOR VERNEAU y comenzaría a emitirse esa noche.

Justamente se anunciaba la serie en ese momento.

El episodio comenzaba con una visualización general de los cuadros y títulos que colgaban de las paredes del despacho del psiquiatra, para luego acercarse de manera lenta al personaje.

Los diplomas ofrecían las siguientes reseñas:

—Revolución Psiquiátrica se honra de contar entre sus miembros al Dr. Renato Verneau...

—La Universidad de Pekín nombra egregia personalidad al Dr. Verneau por sus estudios sobre sexualidad maoísta...

—El Club Amoral Internacional de Psiquiatría agradece a su fundador, el Dr. Verneau...

—El Ministerio de Sanidad y Ritos Funerarios agasaja al ilustre Dr. Verneau por su contribución...

El médico se halla en su despacho, y se oye una voz en *off* que dice:

“Eminente psiquiatra, afamado hipnotizador, conspicuo paladín de vanguardistas terapias, el Dr. Verneau, fiel a su cita diaria en su reputado gabinete, se desvive por atender a toda una entretenida y enervada fauna de pacientes, junto a su fiel secretaria, la señorita Estolia Niágara...”

Aparece el Dr. Verneau con corbata, chaqueta blanca, bermudas y chanclas. Desde el salón recibidor, entra en su despacho la señorita Niágara, una rubia exuberante, de senos turgentes y labios carmesíes, toda vestida de blanco, con falda corta y zapatos de tacones altos.

ESTOLIA: Doctor, tenemos fuera un paciente muy disipado y díscolo. Me he visto en la necesidad de prescribirle una infusión de amapola, pues a la vez que bailaba con cascos en sus oídos, andaba palpando a diestro y siniestro gráciles protuberancias pectorales y pretendía penetrar con sus dedos toda húmeda oquedad sin vacilación, entre

las desconcertadas pacientes que esperaban en la sala. E incluso se ha atrevido a insinuarse a mí misma.

DR. VERNEAU: Bien, bien, Estolia, no te preocupes. Hazle darse una ducha de agua fría e inmediatamente que pase.

El despacho del Dr. Verneau es amplio, espacioso, lleno de libros que ocupan varias estanterías y aparecen desbordados en los rincones; está atiborrado de diversos cachivaches médicos y quirúrgicos. Sobre la mesa y en las paredes laterales asoman variados *souvenirs* comprados a lo largo y ancho de todos los continentes: máscaras zulúes, cabezas reducidas jíbaras, arcos y flechas guaraníes... El doctor está sentado en una especie de trono con cuernos de aspecto muy cómodo y tiene estiradas sus piernas sobre la mesa, como un *sheriff* del Lejano Oeste. Está cortándose las uñas de la mano izquierda.

ESTOLIA (entrando en el despacho): Doctor, he aquí a don Croacio Maltius.

DR. VERNEAU: Pase y siéntese. Póngase cómodo, por favor. Usted dirá.

CROACIO (con el pelo mojado y con tics en el rostro): Esto... el caso es que me gustan demasiado las mujeres, doctor. No niego mi predilección por las de trasero de tambor y delanteras de guante de boxeador, pero quitando las licenciadas en Ciencias Urbanísticas y las vendedoras de relojes de cuco por televisión, a las cuales detesto, en general y por extensión y amplitud me gustan todas.

»Las quiero a todas, doctor: a las narigudas de ojos de alondra, a las asilvestradas de ensortijadas melenas, a las azafranadas de caderas de berbiquí, a las cuarentonas de labios trémulos...

»No tengo remedio, doctor. O mejor dicho, no tengo remedio por mí mismo; pues cada vez que veo a una agraciada mujer e intento entablar una relación, resulta que me paso y piso la raya de la osadía. Pierdo el control y desafío las leyes del civismo civilizado. Entonces, me da por desnudarme y bailar polkas, allí donde me encuentre: sea en la calle, en mi oficina, en el avión, en las dependencias de Hacienda...

»Pero desgraciadamente, si consigo gustarle a la susodicha hembra, y una vez puesto en el acto del coito, es tanta la excitación carnal-musical que me veo imposibilitado para la erección.

DR. VERNEAU: Y dígame, señor Maltius, ¿qué pasa por su mente cuando resulta apresado de manera propiciatoria por tamaña posesión psico-folklórica?

CROACIO: Bueno, doctor, es algo que no puedo evitar. Me transformo en un monstruo bailarín en cuanto capto la presencia de una hembra ubérrima. Taconeo, y doy palmas, y brinco, y gateo... Mi mente y mi ser entero se pueblan de todo tipo de sortilegios carnales, de devociones lascivas. Me convierto, en fin, en un esclavo de la percepción y el ritmo, pero con el miembro viril parecido más bien a moco de pavo.

DR. VERNEAU: Bien, tranquilícese, señor Maltius. (El doctor le señala al paciente que se tienda sobre el diván de la consulta) Acomódese y descanse mentalmente. Véase en un túnel de luz, deje su actividad cerebral en blanco. Está usted en profunda relajación. Está usted muy tranquilo, completamente relajado. Rememore ahora cuándo le ocurrió este arrobamiento por primera vez y dígame.

CROACIO: Fue hace dos años, la noche en que mi novia me abandonó y se fue con otro. Me dejó plantado como un girasol en la noche. Recibí un enorme impacto

directamente en mis vísceras y en mis entrañas cardio-vasculares. Me entristecí, me hundí, patiné en la depresión...

»En aquel momento sonaba en la radio música de polkas, y para superar mi difícil trance, me puse a bailar como un demente. Salí a la calle, me desnudé por completo y, claro está, recibí un frondoso redoble de zopapos y pescozones. Y pasé la noche en comisaría. ¿Tiene solución lo mío, doctor?

DR. VERNEAU: Por supuesto que sí (Pulsando un botón). Señorita Niágara, que se preparen nuestras dos bailarinas al ritmo de música brasileña. Avíseme cuando esté todo listo.

CROACIO: ¿En qué va a consistir la terapia, doctor?

DR. VERNEAU: ¿Ha oído decir que un fuego apaga otro fuego? Parece un desatino, pero tal vez tenga algún sentido. Ahora lo comprobará con sus propios ojos. Mientras tanto, póngase usted estas ropas de bailarín de Sao Paulo.

El doctor se levanta y aparta dos hileras de libros que yacían arrimados junto a un espejo de cuerpo entero, junto a la pared de la puerta. El atribulado paciente se despoja de su ropa y se prueba la vestimenta abigarrada y colorista de la atlántica ciudad brasileña, frente al espejo.

ESTOLIA (asomando la cabeza en el despacho): Todo listo en la sala de terapias lúdicas, doctor.

DR. VERNEAU: Vamos allá, señor Maltius.

Mientras danzan dos guapas, exóticas y contorneadas mujeres de piel aceitunada, el Dr. Verneau invita a su paciente a que baile sin parar. Cuando pasan varios minutos y

acaba la primera canción, le indica que se vaya desnudando pieza a pieza al ritmo de la música. Le insta a que mueva el cuerpo sin inhibiciones, lo cual acepta el paciente obediente y nervioso. Al cabo de unos minutos, su excitación sexual se hace manifiesta.

DR. VERNEAU (mirando a la cámara, finalmente): Vengo sosteniendo contra viento y marea esta tesis, a saber. Que una reacción patológica queda constreñida en un marco vital de tendencia contraria, una vez puestos en funcionamiento los resortes terapéuticos adecuados y necesarios. Así pues, en este caso concreto, me basta concebir un entorno musical sensual, circunscrito a un ámbito geográfico que raya exactamente con el Trópico de Capricornio, donde la expresión folklórica polaca no cabe. Me basta esta coyuntura acústica, este ardid científico en propulsión, para que el paciente se vea obligado a despojarse de su lastre emotivo y adopte un rol liberador. Y así comienza el cambio y la mejoría.

»Hasta la próxima, amigos.»

A la mañana siguiente, el director general de Asuntos Culturales al Servicio del Estado (ACSE), orgánicamente dependiente del Ministerio de Fomento y Difusión Cultural, señor Eustasio Deflandes, saludó efusivamente con un entrechocamiento de manos y una palmada en el hombro derecho al renombrado escritor Meandro Márgenes. Acto seguido, pasaron al solemne e impoluto despacho ministerial. Ambos se sentaron cómodamente, uno frente al otro.

—¡Mente positiva, señor Márgenes, mente positiva y mirada al horizonte, que todos somos súbditos del sistema y hemos de estar bien avenidos con el engranaje!  
—recitó con energía y pundonor el director general, un tipo con aspecto vitalista, ojos de

gato en celo y pelo rubio muy corto—. Doble diana, doble premio, eso es saber jugar. Ha gustado plenamente en los círculos gubernamentales su magnífica obra teatral y en las masas de televidentes su primer programa de esparcimiento y escarnio. Usted no nos ha defraudado, y nosotros queremos premiarle de alguna manera, por sus méritos literarios, pero sobre todo por su virtud democrática. ¿Qué tal anda usted últimamente? ¿Quiere un puro?

—Gracias, señor Deflandes —dijo Meandro, negando con la mano—. El Ministerio me ha encargado dos obras a su medida, a la medida de los tiempos que corren, quiero decir. Y creo haber cumplido con diligencia y eficacia ese deber patriótico.

—Mucho me alegra que piense así —expuso con efusión el señor Deflandes, encendiendo su puro—. Queremos seguir teniéndole en nómina, con altos dividendos como pago por sus denodados esfuerzos literarios. Y encargarle nuevas tareas para la educación ideológica, enfática y aleccionadora de los consumidores y votantes. Muy buenas referencias tuyas me ha proporcionado el Ministerio del Interior, según informes confidenciales que he podido ver. De cabecilla rebelde ha pasado a asumir, en la actualidad, tareas de heroica responsabilidad en la socialización democrática de las mentes humanas.

—Es usted muy amable, señor Deflandes, pero exagera un poco en lo tocante a mis veleidades juveniles. Tan sólo era un activista de segunda fila, embriagado de ideales ya caducos, afortunadamente, que perseguía quimeras de colores encendidos y vibrantes.

—No son esas las noticias que albergamos en nuestros archivos —dijo el director general apurando la ceniza sobre un cenicero de marfil—. Era usted considerado una promesa de carismático verbo en el seno de las juventudes contestatarias. Pero dejemos el pasado, pelillos a la mar, señor Márgenes.

»Estamos aquí para hablar del futuro, de su glorioso futuro como sobresaliente autor para eminencias y como aventajado escritor de historias digeribles por el pueblo corriente. Las voces de incondicionales simpatías que usted ha logrado aunar, las recomendaciones entusiásticas, las palabras de admiración subrayadas por todos los medios informativos no han caído en saco roto, y aún resuenan en los democráticos oídos ministeriales. Me han referido espléndidas alabanzas de usted por doquier, me han hablado de sus dotes como dramaturgo, de sus técnicas hercúleas de escritor, de su espíritu visionario y emprendedor... En el Ministerio quisiéramos contar aún más con sus egregios y eficaces servicios, señor mío.

—Para eso estoy aquí, señor Deflandes. Me siento muy halagado y engalanado espiritualmente, por decirlo de una manera festiva y trascendente a la vez. Desde los antiguos tiempos del Estado de Bienestar hasta el presente febril que vivimos, muchas cosas han cambiado. Y todo seguirá cambiando, supongo. Nos va la vida en ello, ¿no?

—Efectivamente, señor Márgenes, está usted enteramente en lo cierto. Ahora el Estado, como una suprema conjunción de esfuerzos ultramodernos, con rumbos precisos establecidos de antemano, pretende tener todo bajo control. Es cuestión de que no se nos escape ninguna aventura peligrosa, que no suceda ningún evento poco tranquilizador o preocupante. En los tiempos actuales, el Estado ya no precisa alimentar desempleados, jubilados, vagos ni maleantes; tampoco lo pretende, pues. Hay que desembarazarse,

cuanto más rápido mejor, de pensionistas y de beneficiarios de subsidios. Adiós a la enseñanza obligatoria gratuita, adiós a la seguridad social sostenida. Hay que potenciar la empresa y el Estado desprotector.

»Queremos hacer cumplir, como usted no ignora, con pelos y señales, la Carta Magna privatizadora y libredesarrollista, a la caza y captura de toda disidencia interna y externa, en plena potenciación de la emprendeduría y la alta rentabilidad —El director general dio otra chupada a su puro y continuó—. Por ello necesitamos personas como usted, de mentalidad abierta e inteligencia innata, individuos capaces de altos sacrificios por la instauración del novedoso amanecer.

— Es usted muy amable por informarme personalmente y por hacerme reiterar el compromiso de colaboración. Claro está, por otro lado, que se está generando mucho recelo entre los ciudadanos. Se convocan muchas marchas civiles y manifestaciones multitudinarias a favor de los derechos sociales. Aún hay gente disconforme.

—Todo ello habrá de acabarse. Ya no es tiempo de luchas colectivas ni podemos permitirnos hacer la vista gorda ante ligerezas y demagogias que pretenden dar marcha atrás. En esto hay un trabajo enorme y fluorescente que realizar, señor mío. Debemos contrarrestar toda la influencia maléfica de los partidarios del Estado de Bienestar o del Estado Social. Y en esa diligente tarea precisamos de gente como usted, dispuesta a comprometer su encendido verbo para la nueva cruzada.

—Claro, señor Deflandes. Aún recuerdo lo ingenuo y cabeza loca que era cuando participaba en algunas de las marchas de confrontación, en el pasado —dijo Meandro lanzando un suspiro al techo—. Creo que aceptaré encantado uno de sus puros. El olor es magnífico, con cierto aroma a selva caribeña y a cardamomo.

—Estupendo, señor Márgenes. ¡Qué sensibilidad la suya, pardiez, qué alma para captar sutilezas y enhebrar exploraciones olfativas! Efectivamente, es tabaco puro recién llegado de las díscolas Islas del Caribe, pero le hemos otorgado rango de exclusividad para el departamento ministerial. Elija el que guste —expresó el director general, mientras tendía al autor teatral una caja de fina madera de enebro bordeada de oro.

El escritor aceptó complacido el fuego de mechero, engastado de rubíes, que le ofrecía Deflandes.

—Gracias, un puro exquisito —dijo dando su primera chupada con deleite.

—Bien, señor Márgenes. El hecho de que usted conozca al enemigo, todas sus tácticas, sus piruetas versátiles, sus palabras ponzoñosas, sus actitudes agresivas nos viene de perlas. Usted procede, por decirlo coloquialmente, y le ruego que no se ofenda, de las alcantarillas de la sociedad. Y ahora está aquí, entre quienes le apoyan y le aclaman, entre la gente de bien. Es una muestra incontrovertible, para el adversario y para el populacho en general, de que nuestras tesis son las correctas. Usted, un eminente literato, un aclamado defensor de los derechos populares, ha unido sus fuerzas al bando de la democracia trans-nacional, y ahora es uno más, notable y elocuente como nadie, en nuestras filas de centrifugada alcurnia.

»Sigamos —continuó Deflandes, irguiéndose un poco en su sillón—. Su primer episodio de *divertimento* para la televisión, hay que decirlo, ha sido un completo éxito. Tanto de crítica como de público, según la prensa especializada y los índices de audiencia. Y seguirá así en toda la serie de capítulos, ya lo tenemos previsto. Se trata de una comedia ligera, entretenida, que combina un poco de sexo, muchas risas y aderezos de crítica social, todo ello muy bien agitado y en dosis proporcionadas. ¿Qué le

parecería escribir algo en la misma línea, pero subrayando el tercer aspecto? Vea usted que voy directamente al grano y que no me ando con zarandajas.

—¿Inciendo en la crítica social, quiere usted decir, señor Deflandes? Pensaba que ya estaba pasada de moda esa retahila de imprecaciones, expectativas estériles y desconsuelos que no conducen a ninguna parte.

—Ah, qué perspicaces son ustedes, los autores —repuso el director general abriendo sus brazos, como si fuese un actor dramático en una obra imaginaria—. Queremos ofrecer una impresión higiénica a las masas. Que piensen que también entre los nuestros, entre los defensores de la Nueva Era de la Pacificación Universal, hay gente que se percata de lo malo y se mofa de lo irremediable. No sé si usted capta el sutil mensaje, señor Márgenes. Es ésta una época de cambios; es preciso enderezar rutas, desentrañar nuevas tendencias, potenciar vertientes de enderezados métodos para la tribalización popular.

»Necesitamos probar nuevas tácticas, para impedir viejos disturbios. Vamos en dirección hacia la riqueza, hacia el hermanamiento de las cúspides elitistas, hacia la depuración del saber para uso exclusivo de los tiempos que surgen.

—Bien, espero estar a la altura de las circunstancias. ¿Le parece bien —y Meandro Márgenes quedó un tanto abstraído, mirando cómo las volutas azules del humo de su puro escalaba el aire cálido del despacho—, le parece bien, entonces, que tras las aventuras del psiquiatra chiflado, especializado en trastornos sexuales, que usa métodos drásticos y estrafalarios, incida en el análisis social con algún argumento divertido y convincente? ¿Qué me sugiere usted?

—Lo dejo en sus manos, señor Márgenes, usted tiene una mente magnífica, pletórica de imaginación, millonaria en ideas. Dispondrá del mismo equipo multidisciplinar de guionistas, dibujantes, actores, productores, si así lo quiere. O podrá incorporar personal nuevo, como guste. Podrá empezar ya, cuando quiera. Tómese su tiempo, piense en ello. Medítelo sin contaminación de prisas, como conviene al ejercicio artístico.

—¿Me permitiría el Ministerio incluir a algún escritor de mi consideración, alguien con talento pero con reciente pasado en el entorno alternativo?

—Por supuesto, señor mío. Los brazos del Ministerio, cuya representación cultural asumo por mor de la voluntad popular y contando con el beneplácito del señor ministro, están permanentemente abiertos para las ovejas descarriadas. Por otro lado, como usted sabe, todos los partidos permitidos y todas las personalidades relevantes están a favor del Manifiesto NEPU. No permitimos disidentes o adversarios dentro del tabernáculo de unidad ideológica y económica que es nuestro Parlamento. Apostamos por escenificar un mundo admisible y loable, y seguiremos en ese empeño. Pero también tenemos los brazos abiertos a los arrepentidos y a los nuevos videntes de la Nueva Era, la edad singular que nos nutre de altas esperanzas y dulces consuelos.

»¿Hay algo más que le perturbe, le acongoje o le imponga preocupación bullente en su heterodoxo ánimo, señor mío? ¡Vamos, señor Márgenes, sea franco conmigo! Después de todo, yo soy el responsable de coordinar su patriótica y fulgurante labor. No hay prisa, aunque no tengamos toda la eternidad. Diga usted lo que sea, que el oro corre magnánimo por las venas del tiempo.

—Estoy pensando como colaborador literario en un antiguo amigo mío, al que guardo aprecio desde los tiempos mozos. Se trata del poeta Aguayro Verdemar, que anda aún revuelto en asuntos subversivos y turbulentos, pero tal vez tenga ocasión de enmendarse. No sé siquiera si estará dispuesto a oír mis propuestas, pues aún rebosa de bríos contestatarios su poético espíritu. Es un individuo tenaz y empeñado en sus trece, y tal vez me cueste convencerle.

—Señor Márgenes, como le he señalado —dijo el director general haciendo un semicírculo con su brazo, como si enseñara sus propiedades campestres a un impaciente comprador inmobiliario—, en el Ministerio somos muy comprensivos. Yo diría que somos *absolutamente* comprensivos con todas estas cuestiones de trasmutación de conciencia, mientras deriven hacia nuestro campo. Por ello apostamos por escoger a los mejores profesionales y remunerarles como auténticos preferidos por la brújula estatal y empresarial. Tenemos trabajo para usted y tenemos trabajo para su amigo, si consigue usted enderezar sus tortuosos rumbos. El bienestar de los tiempos, en manos de los nuevos caudillos democráticos, es tarea sagrada y en ella se conmueven las almas intrépidas.

»Pero por otro lado, y es necesario exponerlo en toda su desnudez, el tal Verdemar ha ido demasiado lejos. Anoche mismo, la emisión televisiva del primer capítulo de la serie de usted, coincidía con la inauguración de una muestra fotográfica de su amigo. Creo que la exposición del procaz poeta roza el desacato contra las autoridades religiosas. Hay en marcha, y esta misma noche tengo entendido que comienza, una campaña de concentraciones ciudadanas de místico fervor enfrente del local de exposiciones, promovidas por la Iglesia de Jesucristo Rey, que ahora ocupa,

como usted sabe, el primer lugar en el *hit parade* de las nuevas religiones con telepredicadores.

—¿Se refiere usted a concentraciones legales, permitidas por el Ministerio, con objeto de que clausuren la exposición del poeta Verdemar?

—Es así, según parece, por las informaciones que manejo. Naturalmente, la Iglesia y el Estado, aunque durmamos en distintas camas, somos uña y carne. Nos intercambiamos confidencias, nos apoyamos mutuamente. Las fotos y textos del poeta Verdemar que, como usted bien señala, sigue siendo un activo dirigente disidente, han causado ampollas en la delicada piel eclesiástica renovada. Probablemente la exposición pública, se lo digo confidencialmente y espero guarde usted el secreto, será clausurada en breve tiempo. Las autoridades judiciales ya han sido avisadas y han tomado buena nota.

—Ah, bien, de acuerdo, señor Deflandes. De todas maneras intentaré traerlo a nuestra orilla, tras el varapalo subsiguiente que le supondrá esa contingencia terrible e inesperada.

—Haga usted lo que estime conveniente, señor Márgenes. Queremos seguir contando con la ciencia literaria que usted imparte, con su arte diamantino y su eficacia estética. Dénos su arte, señor Márgenes, y rodéese de los mejores. Sus imágenes son brillantes, sus palabras son convincentes y, lo que es mejor, llegan a la mente de la élite y al corazón del pueblo. El sistema desea propagar, por todos los medios disponibles, una efusión multitudinaria, un torrente avasallador que realce los contenidos de la Nueva Era, a distribuir equitativamente entre contribuyentes y votantes. Usted ha puesto su pluma al servicio de los fantásticos tiempos que asoman. El sistema le necesita. Y

serán espléndidamente recompensados, tanto usted como quienes se unan a su equipo y permanezcan bajo su mando.

»Y ahora, permítame diligenciar otros asuntos de importancia, señor Márgenes —dijo el director general levantándose de su mullido asiento estilo renacentista, y estrechando la mano de su interlocutor—. ¡Magnífico, señor mío, admiro sus ansias de colaboración, su adhesión inquebrantable! ¡Pensamiento positivo, rotundidad de acción, elocuencia de persuasión! Trabajaré usted en libertad, ya lo sabe perfectamente. Ya conoce uno de los lemas del sistema: la libertad para los que la merecen y puedan pagarla. Aunque usted cobrará por ello: está en el bando de los elegidos, se lo recuerdo. Hasta la próxima, señor Márgenes.

Meandro se tumbó en el sofá de su casa y encendió un cigarrillo. Eran caros y escaseaban, después de la promulgación de una directiva sanitaria que obligaba a adquirirlos en establecimientos especializados, previa autorización médica; aunque también funcionaba el mercado negro para las masas y los lotes escogidos de importación para la élite. A pesar de todas estas dificultades, valía la pena probar un cigarrillo o un puro de vez en cuando. Le aquietaba un tanto el ánimo, le ayudaba a pensar con detenimiento. ¿Por qué escribía, para qué?, se preguntaba. ¿Era cuestión principalmente de fama, de alimentar el ego, de saberse importante? ¿O acaso resultaba una garantía para su seguridad personal, el hecho de permanecer al lado de los depredadores más voraces y contribuir a la supervivencia darwinista de los más aptos? Lo cierto es que estaba en la nómina ministerial y era solicitado y rico.

Años atrás había conocido la pobreza, y no quería volver a verse sin trabajo y carente de los lujos adquiridos con tanto tesón y empeño. “El dinero no da la felicidad, afirman los poseedores de dinero”, pensaba el autor teatral. “Ésta es una media verdad, que como tal oculta la parte complementaria: el dinero no da la infelicidad. Preguntemos a tales personas”, se decía a sí mismo: “ninguna está dispuesta a perder el dinero que tiene. Por otro lado, tal afirmación sólo la lanzan los ricos, forma parte exclusiva de su discurso ritual y normalizado. ¿Alguien ha oído a algún mendigo decir lo mismo?

»En medio de una sociedad material regida por los principios del poder, el placer y la ambición, la pérdida o no posesión de dinero causa pesar o preocupación. Y las personas ricas se curan en salud, mientras la gran muchedumbre de pobres e ignorantes erigen un argumento consolador: el dinero no da la felicidad. ¿Pero acaso al ser desposeídos los ricos, por alguna desventura o azar, de sus inmensos tesoros, no claman al cielo del Supremo Consolador, o al infierno de los golpes de timón estatales, lamentándose?

»Cuando no lo tenía, el dinero era un espejismo; ahora que lo tengo, es una abstracción. Está claro que no volveré a ser pobre mientras pueda”, pensaba Meandro, fumando su cigarro y viendo cómo las volutas grises ascendían hasta la pantalla de cristal de Bohemia del techo de su salón y salían por la ventana.

Y volvió a tratar de imaginar alguna historia u ocurrencia, heteróclita u homérica, por inverosímil que fuese, para su traslado a la pantalla pequeña. Pensaba en dos películas de un tal Amenábar, un director antaño muy exitoso. Con este cineasta como antecedente, el nuevo sincretismo ultraliberal que conjugaba mundo y ultratumba presentaba sus tesis de modo escurridizo y ambiguo, en sus argumentos actuales. Así se podía comprender el celebrado y estrecho acercamiento actual entre Estado

ultramoderno e Iglesia renovada. Convenía recordar algunos orígenes de ficción, que juntaban las procelosas aguas de la metafísica figurada y de la ortodoxia política, los cuales derivaban en sermones dominicales, pasquines institucionales, artículos periodísticos, proclamas partidarias, arengas patrióticas...:

En “Abre los ojos” el director nos habla de un *más allá* cuyos lujos se compran con dinero contante y sonante del *más acá*, un *más allá* tan tecnológico y corrupto como el *más acá* más reaccionario y retrógrado. En “Los otros” nos habla de un *más allá* jerárquico y esquizoide, donde los amos siguen mandando y los criados y sirvientas siguen obedeciendo, un *más allá* extemporáneo que se confunde con el *más acá* convulso, donde las manías obsesivas y paranoicas siguen vivas, a pesar de la muerte.

Otros directores pretéritos, como Jacques Becker, Marcos Bechis o Ken Loach, por ejemplo, verdaderos artesanos creativos que divulgaban historias del *más acá* en su discurrir político, social e histórico, con toques de verosimilitud y compromiso social, habían quedado como directores postergados o como cineastas de culto, adscrito a las minorías.

Recordó su propia situación dos años atrás. “Mi experiencia sexual era un erial abandonado”, pensaba el autor teatral; “mi mundo emocional, un campo de cardos; mi práctica intelectual, una escaramuza sin armas; mis relaciones amistosas, una travesía de alta mar en barca y sin remos; mi vida laboral, un valle de la muerte, y mis ingresos económicos, un charco bajo el sol de agosto. Pero eso ya nunca volverá a ser así.

»Cuando busqué la estrella en lontananza, sólo hallé el abismo de mi sed. Ahora escribiré para ganar dinero, y sacaré las historias del fondo del mar o las arrancaré de minas ajenas, pagando el precio que sea, si es preciso”, se dijo a sí mismo Meandro.

## SEIS

El olor del incienso dulce que salía de la puerta entreabierta hacía las veces de las migas de pan del cuento de Pulgarcito, tal como el hilo de Ariadna en el dédalo del minotauro: indicaba el camino a seguir. Se trataba de un camino etéreo, volátil, perfumado, pero camino al fin y al cabo.

Aguayro se dirigió hacia la puerta. Estaba en la séptima planta de un edificio antiguo, pero reformado, y cada planta tenía doce pisos. En la puerta le esperaba Grácil Santayana, luciendo su mejor sonrisa, mostrando sus esbeltas piernas, bajo una falda corta. Llevaba en sus manos un paño de cocina, y sus ojos eran una galaxia poblada de estrellas de bienvenida.

—Llegas justo a tiempo —dijo, brindándole un suave beso en los labios—. ¿Tienes hambre? La cena estará lista en unos minutos.

—Aunque no tuviera hambre, sólo por probar comida preparada por tus deliciosas manos, me comería hasta el aire. ¿Qué ha preparado mi bellísima amiga, mi ángel de inspiración? —preguntó Aguayro, cerrando la puerta tras de sí y acompañando a la muchacha hasta la cocina.

—Bien, ya sabes que soy vegetariana —expuso Grácil—. Tenemos ensalada de col con tomate de primero, judía verdes con tofu en salsa tártara de segundo y pastel de cerezas. Espero que te guste.

—Seguro que me chuparé los dedos. Hace más de cinco años que no como carne, y sólo pruebo el pescado una o dos veces por semana —dijo el poeta, rodeando con sus brazos la cintura de Grácil, y besando su cuello—. Creo que hay dos

enfermedades principales que amenazan el pensamiento humano. Primero, el etnocentrismo, que consiste en creer que la visión de una raza, de una civilización, de una cultura prevaleciente es mejor que otra, por el sólo hecho de su hegemonía; su remedio es la perspectiva global, partiendo de las raíces locales, de la tierra donde uno nace, crece o se establece. Y segundo, el antropomorfismo, que consiste en admitir la visión totalitaria y depredadora del ser humano frente al mundo mineral, vegetal y animal, como si la inteligencia excluyera la humildad; su remedio es el ecologismo holístico. Y el vegetarianismo es una opción que compartiré contigo, espero, si me lo permites.

—¿Cómo no, mi estimado poeta? Encantada. Pienso que el antropomorfismo tiene derivaciones perniciosas —indicó Grácil apagando el fuego de la cocina—. Todo es visto desde una perspectiva unidimensional y se actúa según utilidad exclusivamente humana. Por ejemplo, se tala un árbol sin considerar los nidos de pajarillos, se crían pollos en condiciones deplorables para que produzcan sin cesar más huevos y para consumir su carne. No se respeta la noción de equilibrio biológico.

—Así es, querida. Uno de los axiomas culinarios consiste en afirmar que las personas *son* lo que comen. ¿Conoces el chiste? Un potentado le dice a otro: “Pues yo almuerzo cordero todas las semanas, y me siento como un lobo.”

—Pero ahora, mi poeta favorito —dijo Grácil sonriendo y dándose la vuelta, a la vez que abrazaba a Aguayro y separaba una cuarta su rostro del suyo, para contemplar mejor sus ojos—, ayúdame a poner la mesa y cuéntame cómo van las cosas.

—Te cuento, amiga mía —expuso Aguayro, mientras trasladaban los platos a la mesa del comedor, iluminado por dos velas de color naranja—. Los problemas nos asedian por todos lados. Por la mañana he estado hablando con los abogados de la Red y

luego nos hemos reunido en casa de un militante. Han aplicado prisión incondicional e incomunicación para más de diez compañeros, tres mujeres incluidas. Hay malos tratos y presión psicológica, todo está permitido en las celdas de aislamiento o en las dependencias policiales. No sé qué quieren obtener, pues carecemos de armas y toda la información está en los ficheros que han confiscado del local de la Red SOMOS.

»Tal vez quieran averiguar acerca de nuestro sistema alternativo de información, inquirir qué es lo que sabemos y quiénes son nuestros enlaces. Pero eso no lo sé ni yo; son pocos los que realizan esa labor y ni siquiera se conocen entre sí. Estamos más vigilados ahora, es cierto. Pero al menos este piso donde vives no figura en los archivos incautados. Los compañeros hemos decidido resistir, con los escasos medios disponibles, y convocar una amplia campaña internacional a través de la prensa extranjera y de internet.

»Por otro lado, anoche fue la segunda noche de exposición en la sala Brillo en la Noche. Los fanáticos fundamentalistas de esa secta nueva, la Iglesia de Jesucristo Rey, que multiplica sus adeptos con telepredicadores y falsos espectáculos de curaciones milagrosas, nos van a provocar en la mismísima puerta. Irrumpieron en la acera con gritos e insultos, usando altavoces y pancartas. Congregaron a unos pocos líderes y a muchos abuelos, amas de casa, ex-drogadictos y ex-alcohólicos dispuestos a todo por ganarse la salvación eterna y la bendición televisiva. Creo que vienen a por mí, siguiendo consignas posiblemente elaboradas en despachos oficiales. Me acusan de atentar contra los principios sagrados de la religión, de promover la apostasía, la impiedad o el sacrilegio, no sé. Me culpan de pretender remover los cimientos eternos de la divinidad restaurada... ya sabes, esas cosas.

»Las autoridades estatales pueden intervenir, claro. Pero, en vez de disolver y reprimir la concentración, como hicieron contra nosotros en la manifestación antibelicista, pueden acusarme a mí de provocador, cerrar el local y confiscar todo el material artístico. Voy preparado para cualquier cosa, esta noche a las ocho. Tengo entendido que anoche comenzaron a emitir una serie semanal escrita por Meandro Márgenes, bastante cáustica también. Pero seguro que con él serán condescendientes: es de los suyos.

—Sí, tienen dos raseros para medir las cosas —apuntó Grácil, sentándose y apretando un poco la mano derecha de Aguayro. El poeta estaba sentado frente a ella, al otro lado de la mesa y agradeció con una sonrisa el gesto cómplice de su amiga.

Luego empezaron a degustar la comida, con tranquilidad.

—Bueno, así están las cosas —dijo Aguayro, echándose un trozo de tomate entre dientes—. Como aquella viejita que pensaba, mientras recorría con su carrito el supermercado: “Tal vez, en su extrema bondad, capitalistas y políticos quieran subir tanto el precio de la cesta de la compra para obligar a que baje Dios y lo vea; y así establecer al fin el Reino de Dios sobre la Tierra”. En cuanto a Meandro, al que conozco desde que éramos niños y estudiábamos en el mismo colegio, es lo contrario de Georg Simmel, el autor de *La Filosofía del dinero*. Meandro se ha forrado con el dinero de la Filosofía.

—¿Y cómo lo llevas por dentro? ¿Qué tal anda, amigo mío, tu persona de carne y hueso? —interrogó Grácil con los ojos chispeantes y el tenedor con col y queso camino de su boca.

—Muy bien ahora, aquí, contigo. Satisfecho de haber realizado mi existencia, en caso de que mi última vivencia fuese disfrutar de tu compañía. Vivimos en tiempos

poblados de miradas turbias, palabras falaces y acciones sombrías. Habitamos en medio de un torbellino de sinrazón y necesidad. Caminamos al borde de un nuevo naufragio humanístico. Por lo demás, sólo me salva el destello de tus pupilas —dijo Aguayro tomando un trago de agua—, tus cálidas manos como palomas que remontan el vuelo, la palabra clara que nace en tus labios de coral. Si no te hubiese conocido, mi ideal sólo sería un faro apagado en las playas del adiós.

—Por favor, Agu, recuerda que también me puedo sonrojar. ¿Serías capaz de decirme estas cosas cuando hayamos terminado de cenar?

—Te lo diría aunque me borrarán la boca, amiga mía.

El piso era apenas un apartamento-estudio, con dos ventanas, cocina, salón-comedor, baño y habitación. El toque femenino estaba presente en cada detalle decorativo: pequeños cuadros de paisajes campestres, fotos de riachuelos límpidos entre pedregales, pañuelos de seda pintados a mano, colores suaves en las paredes, mobiliario cálido, música serena... Cuando acabaron de compartir la cena, se acurrucan tranquilamente en el sofá central, a la izquierda de la ventana que daba a un pequeño parque con sauces, castaños de Indias y columpios para niños. El mar se veía a lo lejos.

—¿Cómo te sientes, Aguayro, sereno o preocupado? —preguntó Grácil, mientras daba vueltas a un cojín y lo colocaba sobre el sofá. Ambos descansaban plácidamente, tras haber fregado los platos y recogido la mesa.

—Un poco de cada cosa, querida, pero motivado también. Todo tiene su tiempo y sus etapas: germinación, desarrollo, maduración—dijo el joven bardo, deteniendo su mano en los cabellos de Grácil—. Cae la lluvia sobre los trigales, sale el sol, cantan los

pájaros en las ramas, sonríen los niños, atracan los barcos en el muelle, resplandece la luna... Pero el tiempo del idilio nos sorprende siempre.

»¿Cuándo es el tiempo del sentimiento veraz, del pecho florecido, del alma encendida de estrellas, del cuerpo palpitante de sones? ¿Cuándo es el tiempo del esplendor vivaz, del pleno hallazgo, del reconocimiento pletórico de las afinidades, del gesto valiente y gozoso? Ahora es nuestro tiempo, Grácil, y debemos vivirlo.

—Me gusta esa visión, me satisface. No esperaba menos de un caballero apuesto y gentil como tú. ¿Pero qué es el tiempo, adónde nos lleva?

—¿Tú qué piensas, mi linda *seño*?

—No sé, yo también quiero fluir en las aguas de las suaves cadencias y broncearme en el sol del acoplamiento, si se puede decir así. No es que yo crea en un más allá dogmático e ilusorio, ni que deje de creer en otra realidad diáfana y evolutiva. Te diré lo que creo: siempre hay un presente, y hemos de luchar por hacerlo habitable, justo y hermoso. Siempre hay un presente aquí o allá, en un lado o en el otro, que se puede convertir en simiente de felicidad, para nosotros y para nuestros descendientes.

—¿Es que quieres tener hijos?

—Nuestros hijos pueden ser nuestros actos.

—Sí, Grácil. Los sueños son también orillas del tiempo, mientras se suceden las horas a nuestro alrededor y crepitan las eras históricas donde surgimos, vivimos y perecemos. La vivisección del tiempo nos descubre la eternidad, a trozos cortos y magníficos, un tiempo sin tiempo, un mar sin agua y por tanto sin temporales, donde el naufragio significa la vuelta a la vida, la encarnación, el aliento nunca sometido.

»Ante nosotros aparece, ahora, a través de la ventana, el cielo oscuro, y más allá, el mar bravío. Vociferantes olas promulgan espumas que se abaten sobre la orilla, como

perlas blancas bajo nubes escarlatas, que desafían la perpetua tensión y la rutina de las ciudades de los hombres. La poesía que hay en esto es sólo un destello melancólico, un girón de sentimientos que surca espacios y recuerdos. Acaso la poesía sea un simulacro de la eternidad.

—¿No te parece esta música como un oasis para el ánimo? —preguntó Grácil, tras un corto silencio, refiriéndose a una canción instrumental que sonaba combinando flautas, voces, percusión y efectos electrónicos con *digeridoo* melódico.

—Así es, mi bella dama. Pero piensa en las dos melodías más bellas que conozcas. Dos piezas de Mozart y Chopin, por ejemplo. Pueden ser las más hermosas composiciones que se puedan escuchar. Pero si las oyes a la vez, superpuestas la una con la otra, el efecto es caótico y frustrante.

—¿Quieres decir acaso, bucanero mío, que todo tiene su momento y que dos gozos diferentes saboreados al unísono puede lastimar la propia vida?

—Puede ser así a veces, mi temeraria doncella, cuando no estamos preparados. Por eso, debemos aceptar el néctar de este momento, su dulce libación; pero también ser prudentes, conjugar siempre corazón y razón. No olvides que hemos de seguir luchando en un mundo hostil, aunque contemos con compañeros esforzados a nuestro lado.

—¿Enfrentaremos juntos las contrariedades, Aguayro? —preguntó la muchacha.

—Eso haremos, Grácil, adentrándonos en nosotros mismos —dijo el poeta, incendiando con su mirada las entrañas de la chica—. Somos algo más que amantes circunstanciales. Te diré algo. Cuando uno compara a una mujer con otras conocidas, la abarca en una totalidad relacional, y así prefiere unos aspectos de su ser integral y rechaza otros. De la observación surgen detalles que hacen destacar, por ejemplo, un rostro más agraciado que el de otra mujer amada con anterioridad. Pero hay otro caso

diferente. Y es cuando vemos a la persona amada en relación consigo misma. Entonces puede uno apreciar la totalidad, despertando las sensaciones más profundas, percibiendo la compatibilidad armoniosa de esa persona con uno mismo.

»Y es lo que reconozco ahora: toda mi vida te he anhelado como la raíz al agua, como la ola a la orilla. Quiero mojarme en tus charcos de alegría, enlodarme en tus ciénagas de incertidumbre. ¿De qué sirve la existencia si no se entrega a la más hermosa de las causas? Y dime, ¿tú qué sientes?

—Creo que estábamos predestinados a encontrarnos, mi loco poeta.

Juntaron entonces sus mejillas y cada uno sintió el calor del otro. Se besaron, se abrazaron hasta que paró la música, en un torbellino de gracia y gratitud mutuas.

Luego Grácil se levantó y se dispuso a poner otra música agradable.

—¿Sabes qué le dijo un potentado a sus hijos en el lecho de muerte? —preguntó el joven trovador, quitándose la camisa y acomodándose mejor sobre el sofá— Les dijo: “Dos mandamientos os doy, hijos míos: que no penséis demasiado, pues la verdad es contraria a la rentabilidad económica, y que no tengáis demasiados dulces sentimientos, pues el amor es contrario a la acumulación del capital.”

—Ah, ¡qué saltarín eres! No se te puede dejar solo un minuto, eres como un niño grande.

—Ven a mi lado, hermosa —y delineó con su mano la nuca de Grácil, mediante un suave masaje. Luego prosiguió hablando—: La primavera nace en tus manos florecidas y continúa en un verano de besos en esplendor, en un otoño de susurros que caen del árbol del ensueño. Y mi invierno se consume ante tu corazón de volcán.

»Eres pura percepción, sol en avanzadilla. Eres pura intuición, luna en estado de gestación. Eres pura entrega, sutileza de mar en calma. Y luego, al instante siguiente,

eres destello de pétalos y simún de rosas al galope, siempre luminosa y humilde. Eres simplemente la mujer total, la compañera ideal, mi melodía andante. Todo lo sabes sin recopilar sentencias, todo lo intuyes sin presagiar risa ni llanto. Y transmutas, no obstante, la noche en dicha. Me gustas así, Grácil.

—Sigue, seductor inmisericorde, si te apetece.

—Eres ola refulgente de bravío océano que caracolea en la ensenada de los sueños. Eres suave viento que acaricia las mejillas del mundo y los jardines del encuentro. El esplendor de la naturaleza se condensa en tí. La luz del universo se concentra en tu piel de manzana. El misterio de la noche se resuelve en tus lindos ojos. La rotación planetaria se imprime en tu suave andar.

—Si eso es lo que soy, malabarista de mis besos, dime qué es lo que somos.

—Somos, amiga mía, el sol cautivo, la luna helada en los labios de la noche —expresó Aguayro palpando lentamente los brazos de su compañera—. Somos la tempestad y la estrella, el firmamento íntimo donde duerme la luz. Somos heraldos de un mensaje que amanece en los ojos de la lluvia. Somos la chispa pequeñísima del nuevo plenilunio, la sal de los cielos en la cima del lodo. Somos el devenir de alguna promesa, la llama noctámbula que resurge como lava de lágrima. Somos un inmenso cuerpo formado por dos simples cuerpos. Somos espíritu y canción, un horno ardiente de dos hornos que se funden. Y navegamos hacia el puerto del anhelo transformado en destino.

Y se volvieron a fundir en un sostenido beso cuajado de abrazos.

—¿Sabes jugar a la dulce inquisición? —preguntó el joven.

—Bueno, no lo conozco pero estoy dispuesta a aprenderlo, si me prometes no encerrarme en el cuarto oscuro y tirar la llave —dijo la muchacha sonriendo y tapando con su mano los ojos de Aguayro.

—Es muy sencillo. Sólo tienes que respirar hondo tres veces, relajarte concientemente, concentrarte en tu percepción interior y contestar lo primero que te venga a la mente.

—Vale, dame tiempo; empezamos cuando abra los ojos —dijo Grácil, estirándose cómodamente y colocándose un pañuelo birmano de hebras doradas sobre sus párpados.

Aguayro esperó hasta que los ojos de ella se abrieron despacio y mostraron su encantador hechizo. El poeta entonces adoptó la posición de loto, con las espaldas bien rectas, pero en cómoda actitud, frente a ella. Y pidió a su amante que le imitara. Entonces el trovador empezó a preguntar:

—¿Qué piensas del sol?

—Que reparte su luz sin discriminación —dijo la chica, sonriendo dulcemente.

—¿Qué se esconde tras la tormenta?

—El silencio santificado del tiempo que acaba por envolver todo signo de vida, todo movimiento y toda quietud.

—¿Cuál es el secreto del tiempo?

—Su existencia exclusiva dentro de los límites del mundo.

—¿Quien es el peor enemigo del hombre?

—Su propia voz oscura, que le empuja por veredas de incertidumbre, en vez de aleccionarle hacia el camino de la liberación.

—¿Qué nos tiene reservada la Historia?

—La iluminación a través del conocimiento, el conocimiento a través de la experiencia, la experiencia a través del dolor, el dolor a través de las vidas.

—Ahora, Grácil, juguemos a hacer un poema. Piensa cuatro palabras, me las dices, y yo continuaré los versos.

—Si me amas, dímelo... —dijo la muchacha.

— ...Que el amor es sagrado. / —siguió Aguayro, con gesto poético de trovador del Medioevo—. Un corazón de níspero, / Un puente desde el pasado. /

»Una bendita paciencia / Que aspira la eternidad, / Una amable elocuencia / Encarnada en identidad...

La joven de cálida faz y temple sereno no pudo reprimir más un abrazo cálido de cariño y compenetración con su compañero, como guinda de las palabras anteriores.

—Te has ganado un poema en toda regla —indicó Aguayro, sacando un papel que tenía en el bolsillo trasero de su pantalón—, un poema que he escrito pensando en ti al mediodía, después de almorzar con unos compañeros. ¿Quieres escucharlo? Está dedicado a la mujer, a todas las mujeres. Pero tú eres *todas* las mujeres para mí.

—Estaré encantada de escucharte, trapecista de mis esferas.

—Ahí va entonces —dijo Aguayro con un guiño de ojo—. Empiezo.

»Un día la mujer se eleva sobre sí misma,  
sobre cordajes tristes de pretextos y excusas,  
sobre cordilleras de escepticismo y tempestades de incógnitas,  
sobres ciegos vocabularios de pasos en desbandada.

Un día la mujer se libera de mustias corazas y alambradas de silencio.

Da un paso adelante con decidido gesto y talante risueño.

Evoca la flor, el viento, la canción.

Alumbra su andar, y alienta su estrella.

Irrumpe en el mediodía rebosante de marejadas de rubí.

Atraviesa la noche con su crisol de reposo y su esmeralda de luchas.

Se instala en el crecimiento, en la acción fragante, en el albor.

Y constata en el mundo su radiante mitad y su lluvia mensajera.

Se fundieron entonces en una sinfonía de tactos y sabores, en una unión plena en medio de la fragancia a fruta y mar que exhalaba la noche.

## SIETE

Llovía con intensidad en la ciudad. Por las calles corrían pequeños riachuelos cenagosos desplazados desde las cercanas montañas, y cada árbol inclinaba sus verdes copas bajo el líquido poderío. La noche mostraba sus sables de rayos y sus estruendos relampagueantes.

Dos mendigos, protegidos bajo el amplio balcón principal de un hotel, hablaban entre sí, mientras metían las manos en los bolsillos de sus chaquetas o las frotaban entre sí en busca de calor.

—Ha caído más lluvia en estas últimas semanas que en todo el año transcurrido. Hace dos meses temblábamos ateridos de frío, y el mes pasado se sucedía, en el mismo día, un intenso calor mañanero y un frío siberiano nocturno. No sé adónde vamos a parar —indicó el más viejo, un hombre de barba rojiza, nariz colorada y gorro de *nylon* ajado, al que apodaban el Licenciado, pues había estudiado Ciencias Matemáticas, aunque andaba desempleado desde hacía más de tres años.

—Sí, dicen los entendidos que es el cambio climático, que avanza irremediable. ¡Ño! Acabo de pasar por la calle Torres Primero, donde toda la semana pasada los vecinos convocaron concentraciones, para que la policía nos echara a los que dormíamos allí. Resulta que vienen los del ayuntamiento y, ¡ño!, no te lo vas a creer: han talado todos los árboles, no ha quedado uno en pie —dijo el otro mendigo, un individuo de unos cuarenta años, enjuto y largo como una cerbatana de indio amazónico, us isleño al que llamaban el Potaje.

—¿Y por qué los han talado, para castigar a los vecinos concentrados o para quitarnos la sombra diurna y el techo nocturno? —preguntó el Licenciado mirando la lluvia.

—¡Pues vete a saber!, alomejor pensaban que dormíamos en las ramas, como los gorriones o los monos. Sí que están potentes las olas, ¡ño! —arguyó el más joven, mirando hacia la playa.

—Sí. Las mareas más altas han llegado estos días. Vienen de un mar tormentoso, pleno de furias, desafiante como si fuera un dios ofendido por las mezquindades humanas.

—Me gusta el mar —dijo el joven larguirucho, tomando un buen trago de vino y pasando la botella a su compañero—, me hace recordar mi niñez y adolescencia en las Islas Atlánticas, ¡ño!, todo el día tomando el sol y corriendo por la playa.

—Pero estas olas pueden ser peligrosas. Ya han ocurrido seis o siete *tsunamis* en lo que va de año, en todo el mundo, con destrucción de pueblos marítimos y muerte de un montón de miles de personas. Mucha gente, aquella que ha podido, se ha visto obligada a emigrar al interior o a cruzar el charco, tras haber perdido todas sus pertenencias. Se han ido sin nada.

—¡Claro! ¿Y me lo vienes a decir a mí, Licenciado? Yo perdí a mi mujer y a mi hijito de meses, mi casa también. Un golpe gigante de mar destruyó el puertito y cientos de casas de la Isla. Luego perdí mi trabajo. Tuve que venir a esta ciudad lejana, ¡ño!, de mala muerte y dura vida.

—También a mí me gusta el mar, aunque yo nací tierra adentro. Pero descubrieron petróleo y nos desalojaron a todos. Cerraron la oficina donde trabajaba y perdí mi empleo de contable. Dijeron que habría riqueza para todo el país, pero no he

tenido un sueldo desde entonces. Y cada vez es más difícil buscarse un plato de comida o una cama caliente —indicó el Licenciado, tomando otro trago y devolviendo la botella de vino—. Algunos dicen que el gobierno del Norte provoca explosiones nucleares, mediante bombardeos en la endosfera terrestre, y así llegan las grandes olas, a las poblaciones pobres.

—Un día también un *tsunami* llegará aquí, ¿no? ¡No!

—¿Quién sabe? Ésta es una ciudad medianamente rica, y dicen esos religiosos que arman barullo ahí que el nuevo Dios está de parte de los ricos —dijo el mendigo más viejo, señalando a los devotos miembros de la Iglesia de Jesucristo Rey que se agolpaban en la otra acera.

A sus espaldas, a pesar de la intensa lluvia, se iba reuniendo un nutrido grupo de personas, más de ochenta, ante las puertas de la sala Brillo en la Noche. Bajo grandes paraguas, esperaban a que acampara, si fuese a suceder durante los próximos minutos u horas, para desplegar sus pancartas. Mientras tanto, seguían congregados. Un tipo alto, con aspecto de ejecutivo agresivo, llevaba un megáfono en la mano. Iba vestido con traje color escarlata, corbata con dibujos de ángeles y arcángeles portando lirios, con el signo del dólar en las alas. El sujeto se dirigía a los presentes.

—Hermanos aquí reunidos —decía, mientras otro fiel de la congregación le sujetaba el paraguas sobre la cabeza—: según la tradición religiosa judeo-cristiana, que en buena fe disfrutamos, el Paraíso Terrenal señala el pasado que nunca retornará. Era el reino donde gobernaba el hombre común, comunitario y plural, vigilado por el ojo de Dios, que todo lo veía, omnipotente y omnisciente. Un Dios que ostentaba el monopolio de la moral, que ejercía el discernimiento absoluto entre el bien y el mal. Allí, hermanos,

entre el esplendor de la espesura vegetal y la estrecha cercanía con el reino animal, transcurrían los días humanos, plácidos y tiernos. Allí la libertad refulgía; y los deseos, absolutamente inofensivos e inocentes, se saciaban mediante el goce de los sentidos y la felicidad de la dulce existencia.

»El Paraíso Terrenal, hermanos, en aquella vida idílica de la humanidad, representaba el *abajo*, un abajo beatífico y natural. No existía entonces un *más abajo* infernal, no. Sucedió que el *arriba* del cielo y el *abajo* del Paraíso Terrenal eran parecidos, casi una unidad completa y gloriosa. Pero el pecado, hermanos queridos, mancilló ese loado pacto entre Dios y los hombres. La Tierra, después del pecado original, siguió siendo el *abajo*, pero entonces Dios creó otro *más abajo*, llamado el Infierno, el terrible lugar de las llamas sempiternas. Y lo hizo para las almas ya caídas o prestas a caer en las redes lascivas y fornicarias del pecado.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó el Potaje.

—Algo sobre lugares y tiempos, según entendí. Parece que habla de las épocas felices en que no existían los predicadores.

—... Entonces fue cuando Dios ofreció el Cielo a los hombres —continuó el tipo elegante del traje escarlata—; y lo convirtió, en esencia, en un futuro a alcanzar mediante la expiación, el sacrificio y la obediencia al mandato jerárquico de la divinidad. Así pues, Dios creó el celeste e infinito Imperio, de tal manera que es el reino beatífico gobernado por Dios mismo, es el *arriba* ensalzado por los santos varones. No hay un *más arriba* posible. Allí la gloria refulgirá por siempre y la vida eterna forjará su esplendor sagrado por los siglos imperecederos, para aquellos de nosotros que obedecemos la palabra sagrada.

»Esto nos ha sido revelado, hermanos, y por ello no podemos tolerar que se menosprecie o se ridiculice el rostro sagrado de Dios, a cuya imagen y semejanza estamos hechos. Ya no somos, amadísimos, hermanos del reino animal; no somos más que hermanos entre nosotros, los creyentes. El pecado original nos distanció de los animales y de la naturaleza, nos colocó por encima. La Biblia impone un mandato de jefatura humana sobre los animales, que están para sustentarnos en forma de alimentos y para cubrir nuestras necesidades de vestido y de calzado. También hemos de someter a las plantas, y a todos los minerales, sean de poco valor como la piedra común o de alto valor como los diamantes.

—¿Qué dice ahora? —volvió a preguntar el Potaje.

—Creo que está haciendo el reparto del botín para todos los humanos. Pero a nosotros no nos ha tocado nada, al parecer —dijo el Licenciado.

—...E incluso, amantísimos, al ser designamos como el pueblo elegido, nosotros los creyentes, hemos de empeñarnos y promover la extinción de razas incrédulas — siguió el predicador, alzando los brazos y tropezando con el paraguas desplegado. El devoto que lo sostenía tuvo que aguantarlo con fuerza para que no rodara al suelo—, que son razas desobedientes al mandato divino de exclusividad religiosa. No se trata solamente de eso que algunos llaman maliciosamente la limpieza étnica, no. Dios mismo nos ordena que destruyamos sus ganados, sus casas, que envenenemos sus pozos de agua, que borremos de la faz de la tierra sus cosechas, para que no puedan sobrevivir o reproducirse las razas malignas e impías. Nada nos ha dicho Dios sobre el petróleo o el gas natural o las minas de uranio, que Dios, en su excelsa generosidad, nos la cede para grandeza y expansión de nuestro dominio global.

»Pero, aquí, hermanos, en nuestras propias tierras, mezclados entre nosotros como vecinos o profesores o vendedores de sueños, hay gentes sediciosas y malévolas, mentes perjuras que se burlan o desafían la autoridad sagrada de nuestra nueva Iglesia renovada. No lo podemos consentir. Somos los ángeles de la divinidad sobre la Tierra, y estamos dispuestos a desarrollar la tarea que el espiritual designio nos encomienda y nos exige. No podemos permitir que, delante de nuestras propias narices, delante de nuestros hijos e hijas, se pongan palabras en labios de Nuestro Señor Jesucristo, Rey y Emperador Supremo del Mundo, Protector y Gran Capitán de nuestros ejércitos celestiales y Juzgador Universal de todos. Ni tampoco permitiremos que se desborde la fantasía en boca de Judas que, aunque sabemos que traicionó al Maestro, hizo posible que la muerte del Hijo de Dios en la cruz proporcionase la salvación eterna para todo el género humano predestinado...»

El orador era el telepredicador más aclamado de la Iglesia de Jesucristo Rey, aplaudido por sus dotes persuasivas, famoso por su colección de trajes elegantes e inmaculados, de diseños llamativos. Su programa diario en televisión estaba laureado por múltiples audiencias. Recaudaba cada día una fortuna en ofrendas (dinero, legados, testamentos, propiedades...) de gentes diversas, tanto menesterosas que daban sus últimos céntimos como ricas que financiaban proyectos de expansión.

Sin duda, el tipo sabía enardecer con técnicas muy convincentes y con soliviantadas arengas a sus prosélitos, cada vez más convencidos y afanosos. Mientras impartía su alegato, algunos devotos repartían bocadillos, café caliente y latas de refrescos (éstos últimos patrocinados por una conocida compañía trans-nacional) a los

allí congregados, cofrades y devotos en la mística cruzada contra el mal anti-ultramoderno del pensamiento alternativo.

El más joven de los mendigos vió la posibilidad de comer gratis y beber algo caliente, y se lo comunicó a su compañero de desventuras. Ambos se dirigieron al centro del estrépito, y se hicieron pasar por simpatizantes. Bebieron café en vasos de plástico y comieron bocadillos de tortilla, guardando para después sendas latas de refresco en los bolsillos de sus chaquetas. Luego se apartaron a un lado, y siguieron hablando del tiempo, ahora con el estómago caliente. La arenga del telepredicador continuaba en las cercanías, cada vez más exaltada y haciendo competencia a la lluvia, como una batalla de avispas enloquecidas contra moscas del vinagre.

—Parece que el tiempo está turbado, que no se halla quieto. Se revuelve como gata panza arriba —dijo el ex-contable de la barba rojiza, dándole de nuevo a lo que quedaba de la botella de vino—. ¡Vaya...!, ahora ha parado de llover.

—Sí, el tiempo parece un perrito trapecista que no sabe si quiere jugar, ladrar o comer, ¡ño! —indicó el isleño largo, limpiándose la boca antes de tomar otro trago de vino, el último que quedaba.

—Esta mañana llovió, y luego salió el sol. Después se nubló. Y no ha parado de llover hasta ahora.

—Tiempo imprevisible, tiempo de antojos. Tiempos difíciles para pronósticos, ¡ño! No se sabe qué va a pasar.

—Sí, corren caprichosos los tiempos. Como hembra embarazada que no sabe si quiere chocolate con churros o cereales con yogur para el desayuno.

—Hablando de comida, vamos a ver si agarramos otro bocadillo —propuso el Potaje, dando un brinco—. Estaba bueno el de antes o quizá era el hambre atrasada de uno, ¿ño!

Y dirigieron de nuevo sus pasos hacia el atronador gentío religioso que, al finalizar de llover, ya había desplegado sus pancartas, en las cuales podía leerse: “Abajo los no creyentes. Viva la Nueva Era de la Pacificación Universal” y “Viva la segunda venida del Mesías ultramoderno” El telepredicador ahora parecía hablar más alto, al no pelear su voz contra la lluvia que definitivamente había cesado. Los fieles devotos parecían más agitados y frenéticos.

Una vez obtenidos los bocadillos, con alguna dificultad, pues quienes los distribuían no parecían tomarles como simpatizantes de la hermandad eclesiástica concentrada, se sentaron en el bordillo mojado de la acera de enfrente, para comerlos con más tranquilidad.

—Parece que tienen malas pulgas estos religiosos chillones. ¿Quien crees que ganará, Licenciado? —preguntó el más joven.

—¿Quién ganará qué?

—Esta guerra pequeña, este enfrentamiento. Porque parece que dentro, en el local de exposiciones, hay gente.

—Pues no sé, pero parece que desde hace algunos años siempre ganan los mismos, los que se arriman a donde está el dinero —dijo el mendigo de barba rojiza, dando un mordisco a su bocadillo de queso.

—¿Y las elecciones, quien las ganará?

—No sabía que había elecciones, no he visto carteles con las caras de los políticos pegados en las paredes. Éstos que vociferan aquí son gente de la religión; no son los que administran los impuestos.

—Bueno, Licenciado, ¡ño!, ¿qué más da? Se sostienen unos a otros. Los de la religión dan bendiciones e indulgencias, y los de la política dan espacio televisivo y protección —dijo el isleño, limpiándose la boca—. Por otra parte, siempre hay elecciones, hay que mantener engrasado el carrusel democrático que gira y gira. Como cuando uno se emborracha y no deja de moverse el cielo negro o el techo blanco sobre uno, dando vueltas y más vueltas sin parar.

—Pues no lo sé, Potaje. Supongo que ganarán los de siempre.

—Tal vez ganen los otros, los que no aceptan la Nueva Era esa, ¡ño!, que vienen anunciando con las trompetas de Jericó y con el retumbar de los bombarderos.

—Esos, los disconformes, no se pueden presentar a las elecciones. No dan discursos por la tele, no lo subvencionan los bancos, están prohibidos por la ley.

—Entonces alomejor gana la oposición, ¡ño!, y entonces cambia el gobierno.

—La oposición y el gobierno son la misma cosa —indicó el más viejo, abriendo su lata de refresco—. Sólo se diferencian en la fachada, para aparentar que hay posibilidad de elección. Mira, Potaje, cuando un futurólogo, o un adivino, propaga públicamente un falso pronóstico, un suceso que no ocurre, el tipo pierde la confianza de sus clientes, la gente le retira el apoyo; se queda en la estacada y tiene que dedicarse a otra cosa o cambiar de aires. Pero cuando un político realiza una quiebra de alguna empresa estatal o incumple su programa de gobierno, pues no pasa nada; e incluso, a veces, la gente le vuelve a votar; si no en las próximas elecciones, en las siguientes.

»Yo creo que deberían elegir a los representantes públicos al azar, con la misma posibilidad para todos, usando un bombo. ¿Qué te parece? Sería divertido. O dotar de representación al abstencionismo, para que quede también simbolizada la gente que se queda en casa o duerme en la calle, como nosotros. Podrían poner, por ejemplo, sillas siempre vacías en el Parlamento para representar a los que no votamos. ¿Cómo lo ves? Entre el vómito de un perro y el excremento de un cerdo, ¿tú qué eliges?

—Yo prefiero no tomar nada, ¡ño! —repuso el más joven tragando el último bocado de bocadillo.

En el interior de la sala Brillo en la Noche, había unas cuarenta personas. Las detenciones realizadas, la criminalización del movimiento alternativo, la ilegalización de la Red Somos y el miedo a ser víctimas del fundamentalismo religioso renovado ponían freno a la llegada de gente a la exposición. Incluso Aguayro había dicho a su compañera Grácil que no fuese esa noche, para que no pudiera ser fichada por su nombre y averiguado su domicilio. Los que estaban allí eran amigos, simpatizantes y militantes que querían mostrar sus apoyos cara a cara. Todos atendían las ocurrencias del poeta Verdemar, que de manera desenfadada agitaba sus brazos y parloteaba sin bridas en medio de la sala. Así hablaba:

—Aparece un futbolista sobre el césped del estadio olímpico. En vez de una pelota juega con una urna electoral y se la pasa a un compañero de equipo, diciéndole: “Si la pelota de la representatividad fuese redonda otro gallo cantaría.”

»Un tipo racista y mafioso, que odia a todas las razas excepto a la suya, cuenta meticulosamente billetes de banco en una mansión fabulosa, que está custodiada por

matones armados, y le dice a su esbirro de confianza: “Soy tan racista que convierto el dinero negro en blanco.”

»Una señora de extracción social humilde, tiende la ropa mojada en la azotea de su casa, habla con otra señora que realiza la misma labor, y le dice: “De lo que saben a lo que dicen hay un abismo. De lo que dicen a lo que hacen hay un infierno.” Entonces, la señora que la acompaña en la azotea, le pregunta a su vez, a modo de sugerencia: “Y en vez de regalar el voto, ¿no se podría alquilar o vender, teniendo en cuenta los beneficios privados que genera la actividad política a los representantes públicos? Luego, la primera señora vuelve a la carga, mientras sigue tendiendo la ropa mojada, y apunta: “Si pusieran en práctica lo que dicen, no haría falta que imaginásemos lo que piensan.”

»Hay dos hombres de las grandes finanzas trans-nacionales hablando. Y uno le dice al otro: “Estoy maravillado de mí mismo. Soy tan altruista que regalo totalmente lo peor de mí.” Y el otro tipo le responde, abriendo un periódico: “Estoy mirando mi entrevista de ayer. No sea que me hayan atribuido lo que quería decir, en vez de lo que dije.” Entonces el primer hombre de negocios señala a un tercero que está hablando algo más lejos y le dice a su colega: “He ahí un hombre inteligente, que reúne dos atributos principales: muchísimos millones ilegales en bancos suizos y caradura suficiente para negarlo.”

Aguayro Verdemar tomó un sorbo de agua sin gas y continuó:

—Dice un pez, que no ha leído al Kierkegaard de la negación y el absurdo, ni al Sartre de *el-ser-para-sí* y *el ser-para-el-otro*, a otro pez: “¿Existirá vida fuera del agua o tal vez sea una estrategia evasiva de los peces grandes para seguir manipulando y comiéndose a los chicos?”

»Dice un político saliente, que ha amasado un grandiosa fortuna, a otro entrante: “He aquí mi consejo más prudente. Mantén los ojos cerrados y los bolsillos abiertos.” Y añade el mismo político profesional que abandona el cargo: “Me he decidido a escribir verazmente mis memorias. Lo haré con tinta invisible.”

»Un piloto de un ejército invasor, que pilota un avión ultramoderno en plena campaña bélica contra los pueblos de Oriente, arroja su carga mortífera de bombas sobre una población y confiesa a su piloto auxiliar: “He aprendido de manera estoica que ciertamente es mejor dar que recibir.”

»Una chica galardonada en un concurso de belleza, le expone a otra: “Han premiado mi belleza con gratificaciones, homenajes y agasajos. Sólo falta que premien mi entereza acrílica con un puesto público.”

»El presidente de una gran compañía de seguros, con contactos selectos en el mundillo de las altas esferas políticas y financieras, comenta con otro: “Hacer el bien es un gran mal.”

La gente sonreía y aplaudía, pero la oleada de avenencia, sosiego y ambiente fraterno acabó bruscamente. La cruda realidad de tenaza feroz que se cernía desde la calle, con los cánticos y arengas de los miembros de la Iglesia de Jesucristo Rey, tomó forma concreta: irrumpió la policía en el local.

—Venimos a clausurar esta exposición, en nombre la autoridad gubernativa — dijo el jefe del batallón policial, un capitán de rostro duro como el de un robot, gafas oscuras y manos del tamaño de una pizza familiar enguantada en cuero negro. Luego se dirigió a Aguayro. Al parecer ya le conocía o tal vez había visto una foto suya

previamente en comisaría—. Se le acusa de pervertir las mentes e incitar a la sedición y al odio religioso. ¿Se considera usted culpable?

—Soy culpable de ser un hombre libre —dijo Aguayro, firme y serio.

—Veo que se hace usted el listo. Tendré que detenerle encima por desacato a la autoridad.

—Ustedes tienen las armas, nosotros sólo disponemos de la razón.

Ante la orden del capitán, sus subordinados comenzaron a empujar puertas afuera a los asistentes a la exposición, esgrimiendo las porras en las manos y sin atender palabras. Algunos se resistieron, y se llevaron golpes, moretones, cardenales y chichones como recuerdos a casa. Sólo arrestaron al autor de la obra, llevándolo esposado ante la algarabía, los aplausos y los saltos de alegría carcajeante de los miembros de la Iglesia de Jesucristo Rey, que daban vivas a la policía y repartían coscorriones y patadas a los asistentes a la exposición que salían del local.

A Aguayro lo trasladaron en un coche patrulla a la comisaría central. Una vez allí lo metieron en un furgón sin placa policial, dotado de cristales no transparentes. Fue conducido a unos garajes policiales recónditos y desconocidos. Lo llevaban con los ojos vendados. No podía hacer otra cosa que pensar, reflexionar, respirar hondamente:

“El sublime maestro judío se enfrentó al Sanedrín, al dogmatismo fariseico, osó desafiar la autoridad unitaria del César, proclamó la doctrina de la comunidad de bienes. Por ello, su frente fue coronada de espinas y fue clavado en la cruz. Sin ánimo de comparación, la reivindicación verdadera, la crítica fértil, igual que en tiempos del carpintero mediterráneo que pronunció el Sermón de la Montaña, está perseguida hoy. Nombrarla, teorizar sobre ella, edificarla en los actos cotidianos es motivo de estrecha

vigilancia, censura, detención, incluso de asesinato. ¿Qué es la verdad, entonces? ¿Acaso todo aquello que esté sometido a persecución? Evidentemente no. También, en los tiempos actuales, se persiguen delitos como los robos menores o actos reprobables como las violaciones a mujeres indefensas. Y sólo con alguna excepción, convenientemente urdida y dirigida a opresores o nuevos ricos que se desvían algo de la línea establecida, poco se persigue los delitos que son privilegio de las altas instancias sociales.

»La humanidad retrocede y avanza, en diferentes órdenes. La locura empuja hacia el abismo a la ultramodernidad ciega y sorda, después de deslumbrarle el fulgor cáustico de la codicia, el cenagal inmundo de la crueldad, el sibilino enmascaramiento de la hipocresía, el aletargamiento indoloro de la estupidez... Por otro lado, los sueños elevan al hombre a alturas de reflexión, de visión, de altruismo; le enseña senderos de introspección, caminos de solidaridad... Y así la humanidad, entre dudas y azares, entre relámpagos de honestidad y sombras de desatino, escudriña su tiempo, junta sus actos e irrumpe en la vida reptante como una serpiente y alada como un pájaro.

»Debemos aprender a distinguir las ilusiones de los sueños. Las ilusiones son simples llamaradas de ánimo, atisbos fortuitos, gérmenes de intrascendencia en un mundo inexplorado. Los sueños, en cambio, conforman un anhelo de belleza y justicia, permanente como un sol esclarecedor. Debemos, pues, renunciar a las ilusiones y llevar a cabo nuestros sueños.

»La gran mentira que se maquina contra la humanidad es la confusión entre *sistema* y *mundo*. El poder establecido difunde como dogma que el *sistema* es el único modo posible de vivir en el *mundo*. Pero es una turbia falsedad, pues el *sistema* precisa de la naturaleza, del tiempo y el espacio, del trabajo organizado, de la cooperación, de la

técnica... o sea del *mundo*, para perpetuarse parasitariamente. Pero el *mundo* no necesita del *sistema*. De hecho, el *mundo* ha venido siendo *mundo* desde hace millones de años sin otro concurso que su propia existencia.”

Bajaron a Aguayro Verdemar del furgón, le encerraron, le insultaron, le arrojaron al suelo, le golpearon... Tal vez le inyectaron alguna droga, tal vez le dieron a beber algún mejunje disipatorio de la conciencia. Lo cierto es que su cabeza daba vueltas, tenía ganas de vomitar, le dolían todos los músculos, los huesos le crujían, el corazón se le aceleraba... Tenía una noción fragmentaria de hierros fríos y retorcidos, palanganas de agua, plásticos sobre la cabeza, cortes de respiración, descargas eléctricas mediante electrodos, permanencia de pie durante muchas horas o días. Tenía noción de caer rendido al sueño un minuto y despertar bruscamente. Se veía dentro de una pesadilla inacabable con tipos enmascarados que le hacían dar vueltas, le sujetaban, le inquirían, y le volvían a interrogar...

Al quinto día pudo asearse y vestirse. Lo llevaron ante el juez que, ante la desolación del poeta, no concedió importancia a lo que consideró desvaríos de una mente calenturienta. El juez, que llevaba una gafas cuyos lentes mostraban unos ojos recelosos y en continuo movimiento, le hizo algunas preguntas y le dictaminó con gesto esquivo que no tenía cargos contra él por esta vez, que podía marcharse a casa.

“Heroica o trágica”, pensaba Aguayro mientras respiraba el aire refrescante de la calle y caminaba, “todos tendremos una muerte que nos revelará el enigma final de una vida humana. Pero el día de mi muerte, el mundo seguirá girando. El universo no es una creación de mi mente, como algunos falsos profetas o ilusos esotéricos proclaman.

Semejante soberbia envanece el curso de la vida, oscurece el ánimo. Personalmente, cada vez me percato con mayor claridad y humildad de mi escasa importancia. Pero esa ausencia, ese vacío, no me duele como una espada trascendentalista que atraviesa mi costado vital. Cada vez acepto más mi papel de ser humano, tal vez impotente, pero al menos íntegro.”

En su casa lo esperaban su amiga Grácil Santayana y la prima Jonia Batientes. Hubo abrazos, besos, lágrimas, risas y llantos. La gata Ágatha jugaba con una pelota amarilla. Aguayro estaba deshecho como un puzzle sin armar, cansado como un estropajo de fregar. Pero aún le quedaba un poco de fuelle antes de rendirse al sueño sobre la cama.

—Esta mañana, antes de ir a ver al juez, uno de los policías que me custodiaban me dejó papel en blanco y lápiz. Me dolía atrocemente la cabeza, parecía una caverna de murciélagos. Pero pude escribir algo, una descripción metafórica y nada razonable de mi experiencia. ¿Les gustaría escuchar el pequeño relato, amigas mías? —preguntó el poeta con voz fatigada, aunque entera.

Las dos chicas asintieron en silencio. Aguayro se entretuvo entonces en aplanar un trozo de papel arrugado. Y leyó:

“Un dolor de cabeza es tan terrible como un crack económico, sólo que ese día no te suicidas; tan grotesco como un resbalón con cáscara de plátano en la acera, sólo que nadie te observa con burla ni se carcajea de ti. Tan sólo existe un maldito martilleo de fábrica humeante dentro, un enredo neurológico de pistones mal engrasados, que estallan y crepitan en medio de la testa aullante.

»Tres productos alimenticios me producen dolor de cabeza, sin remedio: el chocolate, el vino y las papas fritas de paquete. Pero, y he ahí la paradoja, no puedo dejar de consumirlos. No es que sea masoquista o que pretenda purgar una culpa inconfesable. Se trata de algo más sencillo y trivial que no precisa diagnósticos freudianos ni terapias tipo *new age*.

»En esta pequeña isla desierta en la que me han arrojado, rodeado de un mar encrespado y de tiburones hambrientos, en esta pequeña isla que habito en soledad, sólo tengo para echarme a la boca chocolate, vino y papas fritas de paquete.»

—¡Qué pedazo de primito chiribiribí que tengo! —exclamó Jonia.

—Eres incorregible, mi niño grande —dijo Grácil, besando al poeta.

## OCHO

La cama de Aguayro estaba forjada de hierro alemán de Wurtemberg, con cabecera en forma de espiral y mullido colchón nuevo; restaurada en negro, había pertenecido a sus abuelos y tenía más de cien años de antigüedad. Apenas acostado bajo una colcha bordada por indios calchakís y sábanas limpias —que Grácil planchó con esmero como símbolo de bienvenida—, el poeta sucumbió en seguida al sueño.

Un cúmulo de imágenes y visiones, llegadas desde el mundo consumado del enigma onírico, se apoderó de su mente adormecida. Las imágenes se convertían en poemas; y éstos, encerrados en burbujas diáfanas u ocupando el espacio inconmensurable, pugnaban por florecer, por derramarse en luz, por brincar hacia las ventanas del inconsciente.

Contempló una infinita extensión de nubes plateadas, que se precipitaban en un cielo multicolor. En medio, el viento silbaba y empujaba las nubes hacia un sol espléndido que, desde la lejanía, giraba y desparramaba sus melenas de oro.

“Sangro tempestades, enhiesto como un ciprés bajo la bóveda de los tiempos. Inhalo arpegios marinos y batallas de puerto de mar. Náufrago en la espuma ultramarina, con el relámpago del desvelo como delirante proa, embriagado de claridades y sediento de celeste travesía, surco el afán y el verbo estrellado.

»Sangro tempestades y vibro ante la cosmogonía de ondas, como cristal oscuro de virtudes y quebrantos, como espejo de alturas y peñascos. Ando tan cerca del éxtasis instantáneo como del cántaro de deseos, náufrago del delirio en la ruta salada del

horizonte ignoto, donde sudores y voluntades perviven como velas desplegadas al viento del océano.

»El Apocalipsis también sucede dentro, como emblema de desgarros y suceso de estertores, intrínseco Armagedón que se ahoga en el pozo de las vanidades.

»Errabunda fauna de similitudes desfila afuera, sobre el pavimento del sueño, cortejando máscaras y tormentas, auspiciando rebeldías de ajeno y tisanas de cicuta, entre jolgorios y truenos desencadenados.

»Como parsimonia de dédalos, la representación late agorera. Tras su ebúrneo maquillaje, desvela su faz marchita y su sombra retráctil.

»Permeable de ábsides y céfiros, transcurre lacerada la multiplicación de senderos, las huellas estrelladas entre la quimera y la nada.

»Y la meditación, sumida de nuevo en su arquitectura cardinal, adalid de indulgencias, alcanza su centro y su cetro, despliega su nimbo sobre los cauces recónditos, y acoge entre corrientes los pasos del viento en desafío.

»Pasajero permanente de la impenetrada revelación, atravieso bosques y selvas, bajo la mímica vehemente de copas arbóreas y monos aulladores, pasajero del perfume y del ensueño.

»Camino hacia un tiempo más presente, donde la ceremonia tropical dirime su cintura de palmeras, mientras danzan las estrellas en nupcial arrebatado. El azar se licúa en absenta de siglos y la clepsidra clandestina impone su hora bruja y su gota final.

»Caminante he sido de baldíos senderos. Primavera florida descarné con mi sombra. Trémulo de enjambres bárbaros, perdí anillos de heliotropo en las florestas del mundo. Peregrino fui de antárticas meditaciones. Ciego de corales e instintos, crucé los equinoccios primordiales y los laberintos del invierno.

»Góticas supervivencias zarandean normas de lamentaciones y acomodados, rescinden náuseas en los pórticos de las horas, para encarar la vida con voz de océano y mirada ultramarina. Entretanto, los alisios prenden en el alma.

»No hay precio ni método que valga, sino camino y cielo, y la opción de seguir adelante. Sólo vale doblegar servidumbres, y afrontar embalses de somnolencia y forcejeos de petulancia. Solo vale abrazar la lealtad en nidales presentidos.

»No hay dolor ajeno ni crimen lejano. Todo es aquí, en la carne inmediata, dolor y crimen. Todo es ahora, tronco común de encarnaciones, avance o retroceso en los vínculos del género.»

Las nubes plateadas del sueño cedieron paso a un cielo azul celeste que se descubría sobre parajes de inusitado verdor, plenos de cordilleras, valles y bosques que adoptaban múltiples metamorfosis de colores y formas. El poeta surcó la mar, ahora serena.

“Todo pasa. Pero el flagelado tapiz de los sueños permanece, aguardando de nuevo la apoteosis frutal sobre la turbación del instante. Pasan los lunes sombríos y las tántricas tisanas de las festividades. Pero, hollado en su ritmo de luz, amamanta el amor ideales y estremecimientos.

»Hay que implicarse en la recolección de horizontes, perseverar como gimnasta de fraguas en la instauración de avenencias y crianzas. Hay que abrir las puertas del corazón a las aónides gratas, pues la fiesta de las fuentes toca a velas desplegadas y a rutas virginales. Y hay razón de ser y consagración de gardenias.

»Dilata la sangre su fuego clarividente. La Creación, emancipada de ronceros rumbos, expande su armonía, en níveo parto de tréboles y flautas, como resurrección de lumbre insurgente.

»Bajo las arenas de los afanes y los lapislázulis navales de los deseos, palpita el corazón del mundo, que teje rumbos de flor y relámpagos de silencio.

»Y la vida erige sus altares bajo empíreos techos de montaraz calendario, sobre los bucólicos estandartes de las transformaciones.

»Bajo la biografía desnuda de la noche, combaten los péndulos, se rebelan las hogueras de la luna. Vibran las plumas y los pinceles en aliados vuelos y donosas artesanías.

»Y los amantes surcan sendas de percusión y salitre, en pleno equinoccio de aloes, navegan cielos de susurrantes estrellas. Los amantes trenzan guirnaldas de almizcle entre rebosos de mosto y claveles.

»Para establecer la concordia hay que repoblar la campiña infantil, beber de la fuente heroica de la sabiduría, entre nenúfares y lluvias de vitalidad. Hay que otear otro horizonte de diligente alborada, donde el arcoiris despliega su vocación de sílfides y duraznos, donde ciñe la inocencia su corona de fulgores.

»Para establecer la concordia hay que declarar la armonía de los labios en medio del desvarío. Hay que subir las escaleras de la vigilia, y cincelar cánticos de romero bajo los claveles de la luna.

»A través de jardines perfumados, de montes salpicados de guijarros de plata, de arroyuelos cristalinos que gorjean y serpentean, el fluir de mi búsqueda saborea la rueda de las armonías.

»Errabundo voy como cometa que escapó de la custodia nocturna.

»A través de alturas y valles, respirando simetría y pasión, mis pasos andan prestos, indagando el instante. Mi espíritu lame la miel de los días. Mi sonrisa se abre como pétalo al sol.

»Una vendimia de transparencias arrebola mi corazón e inhalo el hechizo de la naturaleza. Suavemente, la refrescante brisa inunda de plenitud mis días sobre la tierra.

»Voy sediento de vertebrada justicia, combatiente por la paz en alas de la armonía. Voy enhiesto ante la confabulación de impiedades y ardides, y lucho con armas de cierzos contra las dogmáticas naves de los rencores y los naufragios.

»Ser uno mismo, sin condecoraciones ni falsos augurios, mensajero del sol en la diáspora de los tiempos. Asumir instintos y desembocaduras, devoto de simetrías cálidas bajo el aroiris que despunta.”

Aguayro inhaló la dulce fragancia de un campo de fresas salvajes, que se extendía desde los acantilados desafiantes hasta las faldas de una montaña coronada de nieve. Era un espacio fascinante, lleno de mariposas blancas, bordeado por árboles frutales. El sol lo inundaba de luz y la luz parecía latirle en el pecho. Y contemplaba, a la vez, la luna llena desangrándose en las palmas de sus manos.

“Anda proscrito el amor en tierras de melodrama. Su eco reverbera como museo de rayos. Sus palabras conquistan andaduras de amapola, por más que la tropa bélica multiplique su munición o fortifique su crueldad entre nebulosas de sometimientos.

»Anda proscrito el amor en sufragios de oscuridad. Su onda de lira montaraz se quiebra contra la maquinaria de vértigos; su tarea de placidez sustancial se asevera contra el sistema de acusaciones.

»Y muestra el candor, aún setenta veces siete, señal de seda y corazón de amante.

»Convoca vergeles el hallazgo. Pero, ¿quién celebra sus logros, sus hielos rotos, sus murallas derribadas? ¿Quién percibe en lontananza su aliento de rosa acercándose al desierto? ¿Quién proclama su unidad fragante, que desborda jurisdicciones de incógnitas y oropel?

»La concordia vence precedentes pétreos y calamidades, se eleva sobre recelos y falsedades. Y hace valer su sinfonía de claridades, sus travesías de éxtasis entre ritmos y exclamaciones. Y tan sólo los amantes se enteran.

»Épica es la llamada terrestre. Bajo el trasiego del ideal humano, la sangre orea sus encumbradas alas y sus letras rojas. Como errático magma de germinaciones, el reloj del mundo propaga su caudal de responsabilidades y sus raíces.

»En el estandarte de céfiros y descubrimientos, la intuición conjuga sus madrugadas, explora tesoros de jadeantes fondos. Diligencias de templanza coronan la ceremonia terrenal.

»La estrella pertinaz del retorno despliega éxtasis y transparencias en concéntricos rituales de vendimias. Y los buscadores de luz se entregan a fontanales de razones y usanzas.

»En el cíclico peregrinar de las edades, la certeza sobrepuja al olvido.

»Llegarán los días de benigno esplendor, sucesores de otras ascuas en edades de ensueño. Llegarán los días de fusiones ígneas y de aromatizados cierzos. Serán entonces simples los fuegos y regias las manos.

»Llegarán los días de diáfanos silencios, nacidos de la conquista de besos sobre crepúsculos y senderos. Resoplarán arpegios de luz entre supremacías de hierbabuena,

entre torrenteras de mirtos y canciones. Los veo tan cercanos, que ahora mismo recomienzo y canto.”

Luego vió el rostro de Grácil volando en el viento. El rostro se transmutó en cuerpo entero, un cuerpo radiante de luz, que brillaba por sí mismo. Los ojos de Aguayro se fundieron en el universo de serena belleza de la muchacha.

“El romance viene asomado en el viento, como amazona de la distancia abolida, con promesa de polen en sus manos y centellas de Venus en sus ojos.

»Ella recrea la edad insurgente de los cometas y la placidez material de los hechos.

»El romance viene modulando océanos de plenilunio y alfabetos táctiles. Y ella avanza entre jardines y gemas, como amante serena, plena de dóciles aromas, atareada de saludos y aureolas, entregada a la magia del verso, a la libre unión de los besos.

»He de conocer el jardín de desembocaduras donde vibran los laúdes de infancia, las pizarras vírgenes, los senderos donde el universo esculpe su voz de eternidad. He de convocar la tregua de los delirios, sus lágrimas del ayer, sus cráteres del olvido.

»He de confortar enjambres de rocío e iluminaciones silvestres, y ser fiel al vivo ideal.

»Tras haber paladeado sombras y abismos, habré de surcar, en medio de la barbarie, firmamentos unánimes y arrecifes. Habré de aspirar, mujer, tu sosiego de rosas para descubrir las fuentes del mundo.

»Tú estás a salvo de cadenas e inclemencias. Tu figura indómita propaga aguaceros frutales y derrama luz sobre los cauces por recorrer. Tú estás a salvo de áspides, pesadillas y oscuridades, pues tu naturaleza innata despierta prados de

conciencia en la dignidad del camino. Aposentas en tu íntimo seno cordilleras de ternura.

»A lo lejos, se derrumban los procelosos ábsides de la noche y tus manos instauran, sobre los montes de la utopía, un libre ejercicio de colores.

»Tengo el alma tendida en los bulevares de la noche, tengo el pecho desgarrado por tifones de melancolía. Soy viajero de estrellados rumbos que busca tu aliento en las estaciones y los días, entre los rebaños de olas de pleamar y bajamar.

»Tengo el alma tendida en los relieves del despertar. Detengo mis pasos en medio del tumulto de la contemporaneidad, para pronunciar tu nombre y atisbar la estrella que ilumina de plata tu perfil contra tu cama.

»Se destila, mujer, el planeta en tus obras. Se destila la inspiración en tus pasos de dalías lucientes, surtidora de ritmos sinceros y de espejos silvestres, fundadora de cobijo frutal en el pecho de la esperanza.

»Y más allá de mis domicilios de escarcha y del aprendizaje de mis yerros, me desapego de vísperas y de barrancos dolientes. E inhalo tu otorgamiento de albor a la salud de la vida.”

Grácil volaba en una danza primaveral; parecía convocar la fértil estación, en una rotación de ritmos, colores y sensaciones que difundían alrededor la plenitud del encuentro con el poeta.

“Si tragase tabernas de olvido o tachaduras de esperanza, si me tornase heraldo de perjurios o ladrido de jauría; si invocase emisarios de eclipse, trillando rabias y mordiendo lunas, si comiese carne aterrada en vez de avena de paz; si me desmemoriase

de trascendencia en flor, ya no sería digno de amarte, y una noche de luna ausente moriría sin tesoro de brisas ni dulzor.

»Llevo un tatuaje en mi sueño, grabado a sangre y fuego entre mediodías y plenilunios, aunque a veces mi arco de melodías se estrella contra el suelo.

»Y me hundo en espárrago doliente, y me burlo de mí mismo, de mi camuflaje de invierno, y cruzo las avenidas arpegiado de desconsuelo, y me digo a mí mismo: un día más y no encontré tu brisa habitada por mi aguacero.

»Tu corazón de alpinista escala los vientos, choca contra muros de ruindad, cruza jerarquías de zarzales y reanuda peregrinajes.

»Adoro tu altura repartida en luz, y defiende el color de tu risa y la avenida de tus pasos en las orillas del mundo. El destino tiene caminos soleados, rosaedas que florecen en mutuas iluminaciones, renacimientos de vigor sobre los denodados cuerpos del despertar.

»Una alquimia empírea se erige sobre los firmes músculos del ideal.

»Quiero ser tu trovador, y rimar sueños con vigiliadas, explorar tus hechizos de luna, tus crines desbocadas, coronar tus selvas de espliego y tus utopías de frescor. Quiero ser tu paladín, crepitar en tu risa radiante, comulgar con tu guijarro y tu diamante, y repoblar tu ágil santuario de vitalidades, esforzarme por la joya seductora de tu hiedra y tu follaje.

»Creo en ti, mujer, lejana o inmediata, en tu esencia de desnudez esencial, hermosa como rayo de sol sobre la hojarasca del otoño. Creo en ti, en medio de esta mágica ceremonia de lluvia que asila mi nave en el fondo de tu puerto.

»Tu salud es tangible galaxia, clamor de ola embravecida. Te alzas hacia el firmamento chapoteando juegos entre las esporas del mediodía.

»Tu salud es pura belleza, equilibrio de designios. Te embozas tras los gustos y las soledades, tentada por los ritmos del verano, como díscola flecha en el almanaque de la lluvia, como hechicera de templanzas.

»Y desde mi colección de instantes, mientras la vida avanza entre la fortuna y el deseo, te doy la mano y siembro brisa en tu corazón acrisolado.

»Adoro tus asaltos de luz, el ballet de tu audacia carnal, la semántica primaveral que tu pensamiento derrama. Adoro tu albedrío de alboradas, tu plenitud de destrezas, tu desacato de sílfide, tu potestad de gardenia. Y te veo, mujer, en expedición de albricias, compendiando tesón y esplendidez en terrestre arboladura.

»Desprende tu talle dorada fuerza, y sin desmayo vas del empuje al detalle. Cruzas descalza de ira las protestas combustibles, y deshaces las antologías de anzuelos en el peregrinaje de las estaciones. Desprende tu talle heroica belleza. Tus manos son blasones al viento, escanciadora de humanismo en las vicisitudes de la acción.

»Me esfuerzo por ti, por los desconsolados soles de tus sueños en flor, por tus claridades de guitarra, por tu mirada de íntimo océano. Temo que en la noche del espanto una ráfaga de ponzoñas o un levantamiento de cicutas ejecuten tu cintura. Temo por tus pies de danza ascendente, por la nieve esforzada de tus pasos. Quiero invocar el vendaval de las mutaciones y que tu luciérnaga de apetitos embriague melodías en mi pecho.

»Para la escenificación de la felicidad necesito tus manos, tu imaginación de pléyade alta, tu plática de catarata pura, tu sonrisa de cereza. Para la escenificación de la alegría necesito tus labios, tu luminosidad de mediodía, tu vergel de otorgamientos en veracidades de azahar.

»Me buscan tus brazos al clarear el día. Tu cuerpo refulge en llamarada, tu alma lunar nada contra lágrimas de extravío. Me buscan tus labios al caer la noche, en talismán de susurros.

»Es tenue la noche y dulce la brisa. Y todo es primera vez: susurros, ojos, palabras. Se amansa la búsqueda calladamente, y la guinda de tu estela es joya de cántico, y te acercas radiante como danzarina de estío.

»El camino fructifica en corazón llameante, en pies que vienen desde tormentas sureñas, en cálidos brazos que estrechan amaneceres fecundos. Se encarna la esperanza en ojos familiares, y vence las distancias como ígnea flecha a través de las multitudes y los puentes.

»La llamarada reside en lo más profundo, y dirige su nave de fervor hacia la beldad presentida, donde el jardín de delicias aguarda habitabilidad y la jurisprudencia de vientos enhebra sal marina. La llamarada reside en la juntura de ecos, y ensalza duetos en los puentes del ser.

»Y así, hilvanando hospitalidades, convoca fértil creación, mirada a mirada desde la piel hasta el fuego, corazón a corazón desde la mansedumbre hasta el céfiro.

»Remontar tanto horizonte no es posible sin tus pasos. Es preciso vadear fronteras de cumplimiento, y esforzarse por compendiar en una única entraña de identidad sentimiento e intelecto, y fomentar almíbar de oro en los encuentros, curtidos de abrazos, como peregrinos que avanzan.

»Llegaste un día de nuevo sol, mujer de franca mirada. Tus fuegos liberaron estrellas sobre mi sublevación de nimbos, y tus huellas trajeron espumas de otros mares bravíos. Y un corazón de silvestre gozo halló asilo en tus prodigios.

»Eres altar de mi ritmo, vergel de intuición, manantial de cadencias donde abreva mi sueño. Danzas entre flores en la hora crepuscular, en silvestre presencia de frutas. Es tu alma mi religión y tu cuerpo mi ciencia.

»Eres el eslabón perdido de mis estrellas, la flor alada de mi canción. Son tus ojos apócrifas antorchas y tus piernas columnas de fuego. Para cultivar tus surcos abandono la tristeza, paciente jadeante de tu terapia de amor.

»Como fascinante sintaxis de jazmines y esmeraldas sobrevuelas tableros de estampidas y geografías de esplendor, en la sincronización de la inocencia y el tiempo.”

## NUEVE

Era un mediodía frío y nuboso, pero no caía lluvia. Aguayro Verdemar caminaba despacio, con ánimo sosegado, a pesar de sus pensamientos bullentes. Sentía sus piernas avanzar sin prisa sobre la acera, y dejaba que su imaginación fuese tragada por una incertidumbre incolora, como los corales tragan el brillo de las escamas de los peces. Vestía de invierno, con chaqueta holgada de lana azul, pantalón de sombra de gato y botas de viejo lobo de mar. “Mi edad”, pensaba, “ronda ya ese horizonte difuso donde se aleja la juventud orlada de inocencias y despunta la primera madurez con órbita de luna azul.”

En sus pasos, insonorizados por la goma suave sobre el pavimento, tal vez se adivinaba un quebranto sordo, un abandono de cisne al desplegar las alas. Oscilaba como barco bajo umbría tormenta. Le ardía la garganta, como crematorio de mástiles o ancla tragada en alta fundición. “Me vendría espléndidamente un buen trago de absenta”, pensó, “si viviera en los tiempos de Rimbaud o Baudelaire, y fuese un poeta simbolista o un rimador del Parnaso decadente.”

Se contemplaba como la imagen melodramática de quien va a la búsqueda de una respuesta existencial, después de agitar en demasía la pregunta en los sótanos laberínticos de la emotividad, en las cuevas procelosas de la supervivencia. “Vivir con holgura o morir con miseria. He aquí la cuestión práctica en esta década impía”, pensaba. Ya no había en los tiempos presentes hueco para una aburguesada clase media de medias tintas y medias palabras, mascullaba en silencio. Ya no existía limbo existencial entre la convicción heroica del héroe y la complacencia dúctil del taimado.

No obstante, Aguayro percibía en sus ansias el esplendor del ideal, y no mancillaría sus estelas níveas, por más que las tragase el mar del olvido o las fauces de la fatalidad.

Le vino a la memoria la conversación recién suscitada con Grácil acerca de las mieles de la creatividad. Van Gogh, según dijo su amiga, fue un artista prolífico, volcado en su quehacer, ingenioso y genial. El fruto *primario* para un artista es la fascinación artística de por sí, el regalo de la inspiración, la aventura de vivir plenamente el acto de la creación, la obra definitivamente desvelada. Eso lo vivió el pintor holandés, ciertamente; pero no pudo disfrutar de los frutos *secundarios* de su arte: la vida holgada, la riqueza, el disfrute de los días que proporciona cierta seguridad material. Otros gozaron esa vida a costa de la venta de los lienzos del hombre que perdió su oreja.

Meandro Márgenes esperaba al poeta Aguayro Verdemar en un restaurante prestigioso y caro, cerca del Teatro Metropolitano. Le había invitado a almorzar.

—¿Qué tal estás? ¿Qué quieres tomar? —le preguntó el autor teatral, levantándose de su silla para estrechar su mano. Tenía un vodka con limón sobre la mesa.

—Bien, gracias, tomaré un *gin tonic* —dijo Aguayro mirando al camarero, que se retiró después de ofrecerle la carta de comidas y bebidas—. He regresado vivo del infierno. Allí me tuvieron encerrado cinco intensos días, machacándome con todo el concurso de martirios y suplicios disponibles y aprendidos desde la época de la Inquisición. Tengo suerte de contarlo, dicen mis amigos. Seguro que es algo que no olvidaré nunca, una especie de tatuaje en el alma.

—Lo siento.

—¿Lo sientes, dices? Vamos, Meandro, tú trabajas para la Nueva Era. Eres su más destacado ideólogo lúdico, por llamarlo así. Escribes discursos para las autoridades, elaboras programas de socialización, creas opinión a través de tus obras de teatro. Sabes que la violencia dentro de las mazmorras institucionales no existe, ya que los medios informativos no la citan. La única realidad tangible es la que proporciona la nueva Arca de la Alianza permitida, la realidad única que emiten los medios propagandísticos.

—Te reitero que lo siento, Aguayro. Me conoces bien, y sabes que abomino de esos métodos cruentos.

—¿Sabes? — preguntó Aguayro, dando el primer sorbo a su bebida—. Es como aquel cordero rebelde, consciente de que los hombres engordaban a sus hermanos corderos para luego llevarlos al matadero, degollarlos y alimentarse con su carne. Un día que pastaban en los prados habituales, los reunió y les comentó: “Hemos de constituir un frente de salvación para defender nuestras vidas”. Entonces, otro cordero más realista o más adoctrinado quizá, conocedor tal vez de la larga tradición atávica de su especie le respondió: “¿Para qué organizarnos? Nuestros destinos están escritos en los tenedores de los restaurantes de primera y segunda categoría.”

—La vida tiene sus paradojas, sus contradicciones —expuso el dramaturgo, ajustándose la corbata—. Creo que son inherentes al ser humano. Todos los días vemos cientos de personas que caminan, ríen o lloran, que se envanecen o se lamentan, que se duelen o se consuelan, que mienten o desnudan la verdad. Nosotros, Aguayro, intelectuales, artistas, modeladores del verbo, observadores fugaces, críticos de la realidad del mundo, también caminamos y reímos o lloramos, y nos dolemos o nos confortamos... Con todo, personas como tú o yo estamos obligados a vivir y transmitir nuestra ciencia de la palabra, para que permanezca en los anales de las generaciones.

—Vamos, Meandro, vaya sutileza. ¡Cuánto honor en incluirme en el bando de los merecedores de la inmortalidad! Personalmente prefiero la dignidad de la vida presente. Volviendo a aquel cordero, una vez vió que la mujer humana encargada de la cocina llevaba sobre una bandeja a uno de sus compañeros, troceado y horneado para consumo de los comensales. Los invitados humanos a la fiesta reían y festejaban la ocasión. Entonces el cordero comentó: “Los seres humanos, por lo que veo, se caracterizan por celebrar con ánimo alegre el mal ajeno.”

—No me digas que te has vuelto vegetariano.

—Bueno, a veces los cambios se hacen para mejorar —dijo Aguayro, sin mencionar a Grácil, pues quería mantenerla fuera del conocimiento de Meandro. No había lugar para mencionar el lado romántico de su vida personal.

El camarero acudió a la señal de Meandro, el cual pidió sopa de pollo y filete de ternera con salsa argentina. Su compañero de mesa prefirió crema de espinacas y arroz vietnamita con verduras. Regaron el almuerzo con vino blanco de Lanzarote.

—¿Recuerdas, cuando éramos adolescentes? —preguntó Meandro, mientras hundía su cuchara en la sopa—. Nos zampábamos nuestros buenos bocadillos de pescado, después de divertirnos haciendo surf, con tablas de modelos hawaianos. Ya componíamos por entonces poemas y canciones, entre botellas de cerveza y cigarrillos de marihuana, en aquellos tiempos felices e ingravidos.

—Desde luego que recuerdo. Incluso tengo memorizado el principio de un poema dedicado a la niñez, un monumento hecho de palabras sencillas a la ingenuidad vitalista: “Los niños somos viento / Los niños somos mar / Corazón de invierno / Relámpagos de eternidad /

»Contagiamos el entusiasmo / Desvelamos la conciencia / Sepultamos el engaño  
/ En el jardín de la inocencia /

»Vivimos en pos de un sueño / Y no queremos despertar / El amor es un río de  
versos / Donde las penas consolar...”

—Siempre has tenido buena memoria para los versos. Y siempre te he admirado por ello. Aunque creo, permíteme decirlo, que en toda admiración hay una especie de claudicación. Uno reconoce el valor del otro; es decir, reconoce las virtudes o la capacidad de acción que uno mismo no es capaz de atesorar o de llevar a cabo. En toda admiración hay una dejación de energía. Se honra al otro, se le dota de poderes mágicos, de mundana elocuencia o de altiva inteligencia. Y ello sucede en menoscabo de uno mismo; el yo se empequeñece, y mengua así nuestro poder personal.

»En cambio, cuando se reconoce en el otro aquello que uno desea incorporar a la vida propia, y se lleva esto al campo de la experiencia, sucede lo contrario: uno se fortalece aprendiendo lo que el otro enseña.

—Claro. Es como aquel hombre humilde que le decía a sus vástagos: “Os invito, hijos míos, a que andéis los caminos del mundo esparciendo las semillas de la concordia.” Otro hombre, acaudalado, de amplios recursos económicos, en una casa muy lujosa, decía a sus descendientes: “Os conmino, hijos mío, a que recorráis los caminos del mundo sembrando las semillas de las plusvalías.” El primero, en época de Navidad, decía: “Paz a los hombres de buena voluntad”, mientras que el segundo afirmaba: “Fax a los clientes de alta rentabilidad.”

—Todo eso lo sabemos desde jóvenes —indicó Meandro sonriendo—. Ahora vivimos en una época de información fragmentaria: no se da a conocer el todo, sino episodios fortuitos, sin nexos aparentes. Uno mismo ha de recomponer la totalidad.

»En la labor política, por ejemplo, la verdad sólo es tal cuando se viste de conveniencia. Todo está mediatizado por la ideología. Cualquier acuerdo, al servicio de la economía, es fruto del acuerdo humano, y como tal imperfecto. Dicho consenso no es producto de la decisión colectiva, aunque luego, a posteriori, se busque la anuencia popular. Las decisiones son siempre propias del poder augusto de las élites. Pero a la vez, todo está sujeto a cambio. En cualquier caso, la permanencia del *status quo* vigente es sobre todo un deseo predominante del grupo más beneficiado, la élite del poder.

»Frente a ellos, los grupos oprimidos o marginados consideran legítimas sus exigencias. Si los canales existentes impiden la expresión de sus demandas, estos grupos buscarán los canales sociales o políticos más adecuados o factibles. Si las élites impiden que esta gente se exprese libremente a través de un acceso público igualitario o al menos viable, se producirán erupciones cívicas o estallidos violentos. Pero, desengáñate, Aguayro, en estos tiempos está todo atado y bien atado. El gran ojo del hermano mayor escruta todos los caminos, impide cualquier movimiento proclive a la revolución.

—Bueno, Meandro, nunca se sabe. El poder es omnímodo, cierto, pero lo imprevisible a veces toma cuerpo. La gente un día se harta. Tal vez se desate una represión generalizada o un aturdimiento colectivo de conciencias. ¿Quién sabe? Ciertamente, unos vienen y dicen: “Hay que conocerse primero a uno mismo, alcanzar la unidad con el ser interno. Sólo después, podemos apoyar acciones colectivas”. Otros proclaman: “Nada se puede cambiar en este mundo. Sólo tenemos una vida y hemos de buscar la armonía interior”. O afirman también: “¿Para qué luchar por un mundo diferente? Pocos años vamos a vivir. Más vale divertirse, ser felices...”

»Esas gentes no quieren saber, les molesta pensar o involucrarse en el conocimiento del mundo. Y se refugian en el hedonismo, los estipendios, la emotividad,

la elucubración metafísica, el entorno más inmediato, incluso en la egolatría absoluta. Algunas personas están tan alejadas de sí mismas, a través de los espejismos forjados por la sociedad propagandística, que ni siquiera responden ante los veraces estímulos de la vida. No quieren despertar, viven aletargados en el limbo; pero al menos comen todos los días, piensan ellos.

»Pero hay otras personas que quieren cambiar el mundo, conocerse a sí mismas. Son los menos, es cierto, los perseguidos, de una manera o de otra. “Somos gente con estrella y corazón”, me dijo un día una manifestante por la paz. Albergan sus pequeñas luces, y también sus enormes pesos de errores y culpas, su caudal de dolores y de presagios.

»Claro que en esto hay diversas opiniones, como aquel tipo que había vendido su alma al diablo. Estaba en el Infierno, y al lado tenía al mismísimo Belcebú, instigador según la religión convencional de toda la maldad que campea en el mundo. Entonces el tipo le puso amistosamente la mano por encima al mismísimo jefe de los demonios y le dijo: “¿Sabes? Mi mejor aprendizaje en la vida ha sido no juzgar.”

—Ya no somos niños, Aguayro. Somos gente que ha aprendido a fuerza de golpes. Venimos de abajo, conocemos mejor que nadie la calle. Nadie nos ha regalado nada. El esfuerzo y el tesón han sido nuestros únicos aliados.

»En este mundo hay personas que han aprendido a leer periódicos y revistas: saben hallar el sentido de las letras unidas. Hay personas que también leen novelas, relatos, ensayo, poesía: saben disfrutar de la lectura. Hay gente que, además, sabe leer los rostros y los ademanes, los pensamientos y las intenciones de las personas. Nosotros conocemos estas vicisitudes.

»Personalmente, ya lo sabes, me he convertido en un tipo moderno, un aristócrata de las artes retóricas: es un oficio que mezcla la ficción literaria con la realidad de las circunstancias cotidianas. La finalidad de mi trabajo es convencer a los más amplios auditorios. El método consiste en la propaganda subliminar, en la convicción verbal y visual. Por un lado se introduce discursos e imágenes favorables; por otro lado se adecúa el proceso mediante la selección: se retocan las ideas y escenas convenientes y se rechazan las incómodas. De este modo podemos elevarnos a los altares de la democracia informativa.

»Sí, ya sé lo que me vas a decir. Que la corrupción es una práctica política generalizada, que todo es pura estratagema. Pero no hay otra manera de sobrevivir, hoy en día, mediante las palabras. De otra manera no hay negocio ni oficio, solamente lóbrego pasillo y mausoleo virtual en la memoria colectiva. No hay efigies erigidas ni sinfonías de homenaje para los aventureros olvidados. Y si las hay, ¿de qué sirven? Al quedar la difusión informativa mayoritaria en manos del poder, no hay otro proceder posible.

»La piedra sigue rodando monte abajo: es la ley universal de la gravedad, que también rige para los que se empeñan en enfrentarse a gigantes invencibles. No podemos bañarnos dos veces en el mismo río, como decía un filósofo presocrático, Heráclito, creo recordar; lo cual puede significar que los maquillajes épicos de hoy pueden trocarse en la esencia impoluta del mañana.

—Eso me recuerda algo —expresó Aguayro ya en el segundo plato—. “¿Sabes qué es la conciencia, papá?”, preguntó un día un niño. Su padre le respondió: “La soberanía de lo utópico, hijo.” La utopía no es lo que resulta imposible, sino lo que aún no se ha realizado o lo acontecido antaño y hoy postergado u olvidado. “Los salvajes

necesitan de la civilización”, pensaban los conquistadores del Renacimiento que portaban lanzas, arcabuces y cañones. “La civilización necesita de la naturaleza”, piensan ahora los ecologistas.

»Es cierto que existe la aristocracia dinástica, ostentosa en su raigambre tradicionalista, y la aristocracia del dinero, sujeta a sus patrimonios y dividendos. Acaso sean ya lo mismo. Pero también existe una aristocracia invisible de la dignidad, formada por aquellas personas que comprometen sus vidas en la lucha por un mundo mejor.

»La visión fragmentada de las cosas genera el pensamiento *único*: la rosa tiene espinas, y por lo tanto es acusada de ser violenta. Frente a esto, la visión holística permite el pensamiento *plural*: la rosa tiene espinas para proteger el aroma de sus pétalos. En el discurrir social, las situaciones también pueden ser entendidas desde lo unidimensional que degenera en condena y represión o desde la pluralidad que alienta la comprensión y el diálogo.

»Para mí, en estos tiempos, debemos abordar el conocimiento como un paradigma unitario de ciencia y ética, de razón e intuición, en pos del saber auténtico. Sólo de esta manera puede suceder la epopeya fúlgida del saber. Sólo así podemos dejar atrás el estéril campo del dogma erudito. Saber implica tanto el *estar* físico como el *ser* metafísico. Conjugarlos adecuadamente es un reto dificultoso, dados nuestros viejos fardos religiosos, nuestra espalda ancestral cargada de sordidez y oscurantismo. Pero sólo así podemos dar el salto hacia la verdad.

—Abre los ojos, Aguayro, nadie paga ya por conocer la verdad —dijo Meandro hincándole el cuchillo al filete—. La apariencia es una sustituta más voluptuosa, tiene más clase, baila mucho mejor.

—Ignoro muchas cosas, Meandro, pero de algo estoy seguro: que ignoro y que quiero saber. Ya sé que todo esto te parece anticuado, poco realista, ¿verdad? En la época del hombre cavernícola, se pensaba: los hombres andan y los espíritus vuelan; en la era de la racionalidad y de los descubrimientos aeronáuticos, se afirmaba: los hombres andan y vuelan, y los espíritus no existen; ahora, en la realidad virtual que vivimos, se difunde que los hombres andan y vuelan, pero no existen en realidad: son sombras de sí mismos.

»Como decía un potentado en un curso para empresarios emprendedores: “Una cosa es la premura del capital por obtener dividendos y otra cosa la obtención de dividendos para capitalizar premuras.” Tal vez la vida ideal sea una utopía, un anhelo imposible. Pero las personas ideales existen, pasan a nuestro lado, nos miran, a veces nos dirigen la palabra, a veces las amamos o somos amadas por ellas.

—Estimado poeta Verdemar, todo el mundo se gana enemigos en su camino, tanto los héroes trágicos como los cortesanos ambiciosos. Lo malo es quedarse quieto y contemplar cómo aquel que carece de méritos, aquel que no ha desarrollado la inventiva personal que tú tienes, el que siempre ha hormigueado bajo tu estatura intelectual, ese tipo mediocre siempre a la búsqueda del ascenso, medra al socaire del poder; un poder que premia a los suyos, mientras tú te pudres en tu lodazal de frustraciones. Eso es lo triste, lo inaguantable.

»Una vez creí, como tú, que la vida es absurda y estéril cuando ya no te aprecian las personas generosas y valientes que han estado a tu lado, arrimando contigo el hombro pacientemente. Entonces reflexionas y te preguntas en qué te has equivocado,

buscas la razón de que te hayan dejado de lado tus amigos y aliados, o el motivo por el cual te has alejado tú de ellos. Eso es lo que pensaba antes.

»Ahora vivimos en el reinado de la parafernalia, del esperpento mordaz. Debemos convertirnos en *self made men*, a lo yanqui, pues resulta una pura necesidad en la salvaguardia de tus intereses personales. Este mundo no respeta la naturaleza ni la vida. El signo de los tiempos avanza. La política convencional es corrupción, sí, y los dirigentes políticos son tiranos disfrazados de demócratas, de acuerdo. Están en alianza con las multinacionales, diseñan el tráfico de armamento, las privatizaciones, vale. Pero nosotros no podemos cambiar este estado de cosas, por más que nos empeñemos.

—Pero siempre nos queda la posibilidad de luchar por mejorar el mundo, descubrir sus bellezas, luchar por la justicia... Y también cultivar la sinceridad, la armonía en nosotros mismos. El mundo externo está ahí, y hemos de ser conscientes y auténticos, tanto en el gozo como en el dolor. Ya sabes, soy militante de la Red SOMOS, como tú hace dos años, y ahora la Red está ilegalizada. Conozco a muchos militantes que han dado lo mejor de sí mismos, y aún siguen adelante pese a la adversidad.

»Las personas que gozan la vida no tienen tiempo para aburrirse: disfrutan cada instante, cada respiración, cada acto consciente y voluntario. Las personas que sufren intensamente tampoco se aburren: su vida es quebranto o movilización por la supervivencia o contra la injusticia, y desconocen la vacuidad del bostezo. Sólo los tibios se aburren, la vida para ellos carece de sentido.

»Esta mañana estaba paseando por la avenida de la playa. Lo mejor que me ocurrió fue una mirada limpia, cristalina, de un niño de apenas un año o dos que iba en

un carrito de bebé. Me sonrió. Su sonrisa cálida y angelical me abrió el corazón. “Mira”, dijo un chico joven a una muchacha, tal vez su hermana mayor, que llevaba el carrito, “le sonrió, y a nosotros no.” Ante cosas así de sencillas pienso que no todo está perdido en este mundo. Anoche vi a una mujer, más o menos de nuestra edad, desgredada y triste, que mal dormitaba en la playa, dentro de un saco de dormir, mientras en el parque cercano se celebraba, con música atronadora y jocosa, por todo lo alto, el certamen anual carnalero de la reina del travestismo. Hace un rato, al venir para acá, he visto a un joven mendigo que caminaba apoyado en dos tablas de madera. Iba andrajoso y sucio.

—En la vida ocurren momentos trágicos o mágicos —apuntó Meandro, ya en los postres y el café—, que vienen anunciados por signos, los cuales podemos seguir o desestimar. La vida rutinaria consiste en no verlos o en despreciarlos. La vida consciente cobra vigor cuando se reconoce estos signos y se les considera antorchas para trascender nuestras vidas oscuras. Tales señales nos ofrecen una cadencia de vitalidad y entendimiento. En la actualidad, hemos de reconocerlo, predomina la luz de un imperio insuperable.

»No te niego que haya gente marginada o perseguida. Unos, simplemente por *ser*: ser negros entre la mayoría blanca, ser musulmanes en un país luterano o católico, ser extranjeros en una nación que les desprecia... Otros sufren por *hacer*: firmar una declaración, acudir a manifestaciones no autorizadas, tener militancia activa en alguna organización no permitida... Pero, seamos cautos y lúcidos, Aguayro, el sistema no se juzga a sí mismo nunca, desde tiempos inmemoriales. Por eso, puede detener, encarcelar, censurar, disolver reuniones y asesinar personas molestas. Jamás se juzga la política llevada a cabo. Los poderosos siempre buscan justificaciones.

»Personalmente, ya me conoces, no practico la violencia, pero reconozco el orden ineludible de los acontecimientos, aunque exista en teoría el legítimo derecho de los pueblos a enfrentar las agresiones foráneas. Comprendo que la gente deba defenderse, para no ser aniquilada o sumida en nuevas formas de esclavitud. Pero ni tú ni yo vamos a alterar el destino del mundo, aunque marche ciego hacia no se sabe dónde.

»Ciertamente, la poesía es algo fascinante —añadió Meandro encendiendo un puro y reclinándose en su silla. Anteriormente le había ofrecido otro a Aguayro, que denegó cortésmente—, cuando nace de la propia experiencia vital y de la voluntad consciente. Son hermosos los poemas amorosos del chileno Neruda o los enigmáticos versos del peruano Vallejo o las estrofas sencillas del español León Felipe o las profundas elegías de Miguel Hernández, pastor y poeta. Todas estas personas se comprometieron en la lucha contra la intolerancia. Pero lo pagaron caro con el exilio, la pobreza, la incompreensión o la cárcel.

»La vida está escrita, sigue un guión. La predestinación no es un dogma eclesiástico, sino una doctrina política. Nerón mandó prender fuego Roma, y acusó a los cristianos. Hitler ordenó incendiar el *Reichstag*, y acusó a los comunistas. Bush II ordenó destruir las torres gemelas de Nueva York, y acusó a los islamistas. Ya todo eso se sabe, la Historia lo confirma. Hay muchas diferencias entre el hedonista emperador romano, el enfurecido Führer alemán y el patán presidente norteamericano, pero también hay mucha similitudes: crueldad, codicia, ambición... El destino está escrito, no podemos variar el curso de los acontecimientos.

—¿Sabes, Meandro? Tú me abriste un campo nuevo de conocimiento cuando me mostraste el realismo floreciente de novelistas radicales del siglo XX: me brindaste

*Rayuela* de Cortázar y *Opiniones de un payaso* de Heinrich Böll; mientras yo te descubría la novela negra: Hammett, Chandler, Vonnegut, Jim Thompson... Hace un rato, al saludarnos, me preguntaste qué tal estaba. Pensé en responderte de otra manera. Algo así como: “Pregúntale al mundo qué tal está. Yo sólo soy un reflejo de él”. En la sociedad actual, a diferencia de la estamental, a las personas no se les reconoce generalmente por sus signos externos de riqueza o sus vestidos. Un vehículo caro puede ser pagado a plazos, un individuo encorbatado puede ser un ejecutivo con empleo precario.

»Ahora, el triunfador que se ha hecho a sí mismo se sube a la tribuna y dice: “He de manifestar mi estima y admiración por mi supremo bienhechor, que no es otro sino yo mismo.” Para mí, Meandro, un dogmático es aquel que no cree en su propia experiencia, sino en la que le imponen.

—Bueno, uno de los mayores miedos en la sociedad actual es el riesgo de encasillamiento. La gente puede adorar el lujo, la jactancia, puede apoyar o reprobar la política gubernamental, pero detesta que alguien le considere burguesa o le llame conformista. Esto forma parte del ritmo del reloj social de hoy. Nadie quiere adscribirse a ninguna tendencia uniformadora; se impone la singularidad, la informalidad. Conozco muchas personas que se dicen adoradores de la libertad; presumen de hacer lo que les apetece, en todo momento. Pero pregunta a cualquiera si también es informal a la hora de cobrar el sueldo mensual. Se trata de una informalidad de figuración, un simple adorno estético, un escaparate postizo. ¿Tú crees que la vida es corta o larga? — preguntó Meandro acercando el puro al cenicero.

—Según se mire. La vida es un breve soplo, apenas una fugacidad pueril, tal vez una mera recreación divina, visto desde la altura cósmica, desde el resplandor áureo de

la eternidad. Desde dentro de nuestra piel, es otra cosa: un latido existencial, un trozo de rueda cíclica y crucial que las circunstancias, la voluntad y la intencionalidad escancian y modelan. El destino y la abnegación van de la mano, como la poesía y el amor, igual que las alas y el cielo o las aletas y el mar. La muerte, al igual que el romance, da sorpresas, no avisa de las llegadas.

»En este mundo —añadió Aguayro, poniendo sus manos entrelazadas sobre la mesa, tras haberse tomado el café— muchos estudiantes, intelectuales, trabajadores, madres de familia, jubilados... están aportando sus mejores esfuerzos por crear una sociedad más ecuánime. Estas personas piensan en la comunidad humana, en su nación, en el planeta, más que en sí mismos. Yo les estoy agradecido, aunque jamás les vea ni les conozca en esta vida. Tal vez sonrían poco y reflejen en sus vidas *el lado oscuro* de la existencia humana, pero probablemente son las mejores personas que existen, aunque odiados por el poder y despreciados por muchos ciudadanos convencionales. ¡Es así! Son gente sincera, hacen lo que pueden, lo intentan.

—Cuando esta civilización sucumba, estimado Aguayro —dijo el autor teatral rascándose la barba—, nadie nos recordará, nadie sabrá de nosotros, de nuestros sueños o acciones. Tal vez vuelva a cultivarse arroz en el centro de las grandes ciudades, tal vez las selvas despierten sin freno, y vuelvan a procrear en masa animales y plantas libremente, y los abismos de los océanos traguen las maquinarias de vida y muerte del quehacer humano, y el dinero sea papel para reciclar. Pero para entonces ya no se estudiará la historia del mundo a través de periódicos, revistas o libros. La gente que sobreviva, al cabo del tiempo, tal vez crea solamente en el testimonio del cine, a través de visualizar las películas que queden, y entonces confundan la realidad con la ficción.

Para entonces ya no seremos nada, pues sólo existe lo evidente, lo tangible. Vivimos en el reino de la inmediatez.

—Bueno, Meandro, ya lo decía Baltasar Gracián: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno.” Pero un agente del servicio de inteligencia que había participado en varios golpes de estado contra gobiernos democráticos lo entendió de otro modo, y dijo: “La libertad, si breve, dos veces libertad.” Cuando los derechos humanos se respetaban, un prisionero podía decir: “Sólo hablaré en presencia de mi abogado.” Cuando hay medios coercitivos, brutales y científicos de tortura, el preso sólo puede afirmar: “Solamente hablaré en presencia de mi verdugo.”

»O como le decía, en una visita relámpago, el presidente de una empresa de siderurgia a su director general ante la inminencia de una huelga: “Cría sueldos y te sacarán los odios.” Luego, este mismo presidente escuchó a los comisionados de un grupo de mineros que expresaba sus reivindicaciones y dijo: “¿De qué se quejan? Trabajando en el vientre de la tierra, tienen más posibilidades de sobrevivir en caso de una explosión atómica.”

—Claro —expuso Meandro, con parsimonia—, recuerdo una vez que actué de moderador en un debate filosófico. Alguien decía que la historia del mundo es el acontecer de la sinrazón, y otro afirmaba que era el transcurrir de la racionalidad. Desgraciadamente, ambos estaban en lo cierto.

—Eso me recuerda lo que decía un dirigente estatal muy seriamente: “La tecnología científica y la acción política han de ir unidas como el Dr. Jekyll y Mr. Hyde.” Un niño pregunta: “¿Qué diferencia hay entre el Norte y el Sur, papá? Y su padre le responde: “Que el Norte se come el pastel y el Sur lo paga.”

—Éste es el mundo que habitamos, tú lo conoces tan bien como yo, Aguayro. La gente, en general, no se pregunta cómo contribuir armoniosamente; la preocupación esencial es seguir adelante, ganar, seguir vivos. La sociedad alienta la diversión hedonista, el culto a las modas. ¿Por qué revertir este proceso? El hipócrita pasa por príncipe del ingenio, el corrupto por triunfador favorecido por la Providencia, el vanidoso por persona de alta y resplandeciente autoestima. He aquí el nuevo catálogo de dichos y hechos.

»Pero no sólo los especuladores convencionales están dispuestos a la intriga y calculan sus devaneos. Muchos militantes alternativos pueden ser tan réprobos como los poderosos, y cometen actos contrarios a sus iniciativas morales. El Dr. Jekyll ecológico tiene encerrado en sí mismo a un Mr. Hyde probablemente tanto o más diabólico. Todos somos ángeles y demonios a la vez.

—Supongo entonces que estarás de acuerdo, Meandro, con aquel individuo que decía: “He llegado a la conclusión empírica de que Dios practica una política de derechas.” O con aquel rey vestido de seda y enjoyado de zafiros, en cuyo país la gente pasaba hambre. Dicho rey se desplazó a otro país más rico e indicó a los mandatarios extranjeros: “Señores: en mi país se vive a cuerpo de rey. ¡Con decirles que yo habito en un palacio!”

—Bueno, aún presumo de no haberme dejado enredar jamás en cuestiones teológicas; tan sólo predico una teleología de la razón compatible con la fuerza. Pero concuerdo contigo en que estamos lastrados por nuestra cultura religiosa y enraizados en nuestro deambular secular. No obstante, es la gloria y no la libertad lo que señala el rumbo futuro de la ideología: la gloria del individualismo metodológico basada en la oferta y la demanda, con la consiguiente prioridad informativa de la élite. Atrás quedó la

gloria plebeya del colectivismo revolucionario basada en la rebelión y la solidaridad, con el consiguiente igualitarismo de los sectores populares. No quiero parecer cínico, Aguayro, pero, como diría un tribunal de inquisición actual: ¿te crees en posesión de la verdad?

—Pues sí, respondería al citado tribunal, estoy en posesión de *mi* verdad.

—Apenas somos nada —dijo el autor teatral, volviéndose a rascar la barba con una mano—, polvo de estrellas, aunque anhelemos la sabiduría y un mundo de belleza irreal. En la realidad, nos topamos con la burla del destino o el desvarío del desacierto. Todo se congrega en torno al pensamiento y al sentimiento del ser humano que busca y tropieza, que cae y se levanta, que se erige en artífice de su propio deambular y de sus yerros. Nadie nos ayuda si nos ayudamos a nosotros mismos.

—Como decía un dirigente ya retirado: “El sistema capitalista ultraliberal es un mal menor y una tajada mayor.” El mismo tipo afirmaba a sus partidarios más fanáticos: “Considero una ofensa perniciosa poner en mis labios lo que dije ayer. Yo soy el poder y la sombra. Cualquier crítica personal contra mi egregia persona deviene apología antidemocrática y afrenta persecutoria.”

—Y como dirías tú, el poeta Verdemar: “El hogar del hombre es la inmensidad.”

—Bueno, Meandro, yo mencionaría también la inmediatez, el presente, sea éste contingente o sea irremediable.

—Bien, por lo menos en eso estamos de acuerdo. Dime, ¿cómo andas de trabajo? —inquirió Meandro, adoptando una posición más recta y mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Te refieres a la actividad febril propiciada por la inspiración o a la obtención de los garbanzos? De lo primero no ando mal, las musas no me han abandonado. De lo

segundo, fatal. Sabes que me he negado a firmar el Manifiesto de la Nueva Era. Parece que los tenebrosos senadores macartistas, célebres emprendedores de cacerías de brujas, han resucitado y convocado a sus esbirros, con su parafernalia de azufre y sus rayos desintegradores. Y no hay trabajo para mí. Supongo que has leído en la prensa el cierre y confiscación de mi última exposición.

»Por otra parte, he recorrido diversas oficinas de promoción artística y algunas agencias públicas y privadas de Empleo, atestadas de críticos edulcorados de salón y de estómagos agradecidos. He hablado con algunos personajes burocráticos, los cuales me atendieron solícitamente, para alegrarse luego, secretamente, de mi desempleo actual. Supongo que rezan cada noche: “Oh, dios del engranaje democrático, bendice a tus denodados e interesados creyentes y maldice a los impíos.” Al parecer soy un hereje. También he presentado currículums y conversado con algunos funcionarios amistosos, pero sin poder efectivo para ofrecerme algún encargo ni para publicarme nada. “La caridad es perniciosa”, piensan algunos, “pues fomenta el vicio de dar.” En suma, ando sin perspectivas razonables de empleo.

—Escucha, Aguayro, quiero hacerte una propuesta, y quiero que la medites tranquilamente. Tengo mucho trabajo; me desbordan los encargos. Ya sabes que escribo historias, guiones, discursos; también coordino un equipo interdisciplinar. Los componentes tienen nombres y apellidos, han firmado el Manifiesto. Pero tú puedes trabajar, si quieres, anónimamente, desde la sombra. Te doy mi palabra que no te volverán a molestar, a menos que te detengan en una reunión clandestina o en una manifestación prohibida. El sueldo es muy bueno y la coordinación la realizo personalmente una vez a la semana, en principio.

—No sé si te he entendido bien, Meandro. Me encuentro como aquel tipo que fue a una exposición muy mala de arte abstracto conceptual. “No sé”, se preguntaba el hombre, desconcertado, “si carezco de argumentos racionales para entender esta exposición o si el pintor carece de argumentos técnicos para pintar.” ¿Quieres decir que me ofreces trabajar de *negro*, como autor en la sombra?

—De momento no hay otra manera. Yo doy la cara por ti, me expongo por ayudarte. Tú estás fichado. Y si no quieres firmar el Manifiesto de la Nueva Era, sólo existe este modo, de momento. Piénsalo. Podrás trabajar tranquilamente en tu casa, a solas, si lo deseas.

—Adiós, Meandro —dijo Aguayro levantándose y ofreciendo su mano, como despedida—, antiguo compañero de juegos infantiles y de sueños juveniles.

—Llámame cuando quieras, si aceptas. Estaré encantado de contar contigo en mi equipo.

## DIEZ

—Hola —gritó Grácil desde el pasillo, una vez abierta la puerta con su llave—. ¿Estás ahí, Agu?

—Tu lunático favorito medita en silencio, cariño —contestó Aguayro desde el dormitorio.

—Buenas noches, mi ardoroso juglar —musitó Grácil, una vez que dejó la bolsa de la compra en la cocina. Se sentó al borde la cama. Aguayro la rodeó con sus brazos, y le dió un beso suave y embriagador en los labios.

—Tus ojos son una travesía inspirada donde la noche ha sido abolida —dijo.

—Eres un cielo, mi niño revoltoso —repuso la chica.

—Si cielo soy, Grácil, es porque mi firmamento está habitado por una estrella luminosa como tú.

Siguieron abrazados un rato, sintiendo cada uno el palpitar y la respiración del otro. Grácil respiró profundamente. Veía cómo se llenaba el cristal de la ventana de gotitas de agua, que corrían y saltaban. Luego dio suaves círculos a la espalda de su amante con sus manos.

—¿Qué tal te ha ido con la reunión clandestina de la Red y con el ultramoderno Meandro, cariño? —preguntó, inclinando su cabeza sobre el hombro de Aguayro.

—Bueno, te lo contaré con una pequeña historia, si me lo permites, chiquilla de ojos de miel —Y continuó hablando el poeta, tomando la mano de su amiga—. Era un mediodía de alas presentidas y viento rumoroso. El sol, esplendoroso y jovial, se

ocultaba brevemente tras un crucero de nubes blanquísimas que adoptaba las variadas formas de violines, caballitos marinos y secuoyas de bosques frondosos.

»Al cruzar de una acera a otra, nuestro protagonista, que llamaremos Salty porque era un poco saltimbanqui al caminar, vió a una chica hermosa, risueña, resuelta en bríos, ágil como una cascada, centelleante como una melodía. Parecía que llegaba desde un encantamiento de fábula, desde el mundo de los sueños hecha imagen viva. Fue tan hondo el impacto, pese a la esplendidez de su visión y al vuelco de su corazón, que no se atrevió a hablar con ella. No se atrevió a acercarse al semblante risueño ni a pararse ante la cautivante mirada de la muchacha. Salty, el galán silencioso, guardó en la caja fuerte de su corazón ese tesoro de sobrecogimiento y ardor.

»Este tal Salty —continuó Aguayro, inspirando hondamente y estirando los brazos— era un muchacho de profundos sentires y silenciosos padecimientos, una especie en extinción dentro de la masculinidad contemporánea. Como caballero romántico que era, soñaba con su amada, la bella aparecida. Y a pesar de ni siquiera haber intercambiado una sola palabra con ella, la quería más que al advenimiento de la Edad de Oro. Su ambición era única y diáfana: quería conocerla y amarla, pero no sabía cómo. Tal vez, a estas alturas, la bella joven ya estaría desengañada, dado el silencio emitido como respuesta, que podría ser interpretado como signo glacial, desdén o muestra de orgullo.

»Salty escribía poemas por afición y vivía en una ciudad imperial cuyo poder y economía eran incuestionables, en un país que se nutría de pacíficas naciones conquistadas por la fuerza. La propaganda privada y estatal describía a los gobernantes como insignes legisladores y protectores de las libertades cívicas, y ocultaban o justificaban sus acciones ímprobos. Los saqueos, confiscaciones, migraciones forzosas y

genocidios de pueblos extranjeros promovían el enriquecimiento de pocos y el sufrimiento de muchos, pero se afirmaba pomposamente que se hacía en defensa del progreso humano.

»Había muchos canales de televisión en el imperio. Eso fomentaba la pluralidad, decían las autoridades, pero los noticieros estaban controlados y los debates eran inaccesibles a los grupos no oficiales. Quienes querían expresar su solidaridad con los que sufrían o su disconformidad militante, carecían de sitio en los canales informativos. En nombre de la libertad de expresión, se les prohibía difundir mensajes alternativos. El pensamiento crítico, afirmaban los propagandistas, destruía la moral democrática de los ciudadanos y de los soldados.

»Salty anhelaba, a todas horas, el día del encuentro con su amada desconocida. Quería resarcirse de su mudez, pero no sabía cómo superar ese bache. “Me gustaría conocerla, hablar con ella y escuchar su voz, quedarme absorto junto a ella en el arrobamiento de su mundo fascinante”, pensaba el galán atribulado, “pero tengo dificultades muy crudas para acoplarme con las manifestaciones tangibles de mis deseos. Tal vez es que inconscientemente detesto comprometerme en la acción o tengo miedo a la felicidad. ¿Soy realmente un indeciso, un cobarde? ¿Cómo puedo resolver este problema?”

»Una tarde fue a pasear por el parque mayor de la ciudad. Le agradaba respirar el olor a hierba fresca, oír los cantos de los canarios y los ruiseñores, sentir los suaves rayos de sol sobre su rostro... Le gustaba pasear, dar migas de pan a las palomas, sentarse tranquilamente en un banco y leer, u observar despreocupadamente a los viandantes.

»Ese día, en la zona central del parque, había una concentración inusitada de personas, con megafonía de mano y ondear de banderas. Sobre un banco de madera un tipo barbudo, con camisa de franela a cuadros rojos y blancos, se dirigía a los paseantes. Había un corro de curiosos que escuchaba. Al acercarse Salty, el tipo se estaba quitando el sombrero y cedía su turno a una mujer, la cual tomó la palabra.

»Al instante Salty la reconoció: era la chica de sus sueños. “Sólo hay dos tipos de personas que conocen la libertad.”, hablaba la chica, “Unos son los que la añoran y otros las que la viven: los primeros porque, a pesar del dolor, no han renunciado a la esperanza; los segundos porque se han esforzado en luchar y son paladines de su propia virtud.

»”Pero que no nos confundan los voceros del poder”, continuaba la chica: “existen muchos hombres y mujeres que pasan calamidades o sufren en mazmorras oscuras. Y aquellos que aturden o asesinan la libertad cada día son los que más afirman públicamente defenderla por los medios de comunicación permitidos; aquellos que dicen combatir la violencia son los hacedores de crímenes en masa. No seamos también nosotros verdugos de la libertad, ni nos inclinemos temerosos al paso del atropello. Vayamos a defender...”

»Entonces, querida amiga —y Aguayro acarició los nudillos de la mano de Grácil—, sonaron silbatos y disparos, y hubo carreras. La policía irrumpió, haciendo sonar sus armas, atropellando y aporreando a la gente. La gente trataba de no resultar dañada, de proteger sus vidas y eludir los porrazos, las detenciones y las balas. Entre tanta confusión, entre las personas que caían, Salty, tan aseado, pulcro y bien trajeado,

con tan escasa pinta de alborotador, no atraía la atención de los agentes uniformados, que ni siquiera le pidieron la documentación.

»Entonces pudo comprobar la belleza y dignidad aún presente en el cadáver de su amada, que yacía sobre la yerba y parecía mirarle desde sus hermosos ojos aún abiertos. En ese mismo momento se juró luchar por la causa de la libertad. “Ella no querría menos de mí”, se dijo a sí mismo.

Aguayro se quitó las gafas e hizo círculos en la parte superior de su nariz con el pulgar y el índice. Su compañera se inclinó hacia él y pasó su dedo índice por los labios del poeta. Se fundieron en un abrazo prolongado.

—¿Qué vamos a hacer, mi querido juglar?

—Enraizarnos en la vida, Grácil —dijo el poeta escrutando la noche, a través de la ventana, con sus ojos brillantes. Luego acarició los cabellos de su compañera—. Los pétalos de la caléndula tienen el color de tus cabellos, radiantes como el sol del verano. Pero ahora llueve y se dobla el tallo de la flor. El viento agita sus hojas verdes, que tienen forma de lazos de bienvenida. La lluvia representa las vicisitudes de la vida, que siendo alegres o amargas, son el alimento necesario para las raíces de nuestros sueños. El viento simula el destino, que nos invita hacia una dirección, a la vez que prueba la fuerza interior y la solidez de nuestros ideales. La tierra es el escenario de los pasos y caídas que forjan el devenir, el teatro real de nuestros actos y deseos. El cielo gris nos indica que formamos parte de la inmensidad y de la época, un tiempo ahora herrumbroso, ciertamente. Pero la vasta bóveda celeste, poblada de ojos que todo lo ven, nos observa como eternos peregrinos del camino, y nos promete una senda infinita, entre melodías astrales.

»Y si muero, querida —añadió Aguayro guiñando un ojo—, procura sonreirme en la próxima esquina de la vida. Sonríeme, para saber que eres tú.

—Aunque nos encarcelen o nos maten —indicó Grácil acodándose en el colchón y recorriendo las mejillas de Aguayro con la yema de los dedos— nadie nos podrá nunca separar ni vencer. Ya somos gotas del mismo océano.

—Sí, hermosa. Ninguna fuerza inmisericorde, ninguna zarpa asesina, ningún ejército de tinieblas, ningún golpe de feroz latrocinio podrá truncar nuestros sueños. Hemos apartado de entre nosotros la escarcha de los distanciamientos, hemos arrojado a la hoguera de la noche veleidades y desatinos. Ya carecen de sentido las celeridades y los retrasos entre nosotros. Nos tenemos el uno al otro, aún en la distancia o en la ausencia.

Grácil apretó suavemente la mano de su compañero, y se incorporó lentamente.

—Habrà que preparar la cena, querido.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Grácil, que ya estaba en pie, se dirigió pasillo adelante, abrió la puerta y gritó desde el fondo:

—Tu primísima Jonia, que llega convulsa y vacilante como un flan.

—¡Ay, sí! —exclamó la visitante, empapada de lluvia, desenrollándose el pañuelo camboyano blanco y rojo que bordeaba su cuello a manera de bufanda. Dejó a la gata Ágatha en el suelo y besó en las mejillas a los dos habitantes de la casa—. Vengo extenuada por los sucesos.

»Hay que ver, son días de tristeza, de melancolía hueca, de precipitaciones líquidas sobre el pavimento y sobre el ánimo. Les cuento. Venía caminando, resuelta y desenfadada, por la avenida para llegar aquí, de esta guisa —y señaló su amplio *sari*

abierto por delante, que mostraba sus piernas relucientes bajo el pantalón corto—. “Hola”, me dijo entonces un chico de rostro agraciado y afables maneras, con pinta de artista nórdico. “Hola”, le respondí. Pero seguí adelante, sin volver la vista atrás. Nos perdimos, tal vez para siempre en esta vida. Hoy el mundo es más gris y su saludo ya navega en los mares del silencio.

Jonia se tumbó en un sillón, frente a Grácil y Aguayro, que la contemplaban con simpatía y creciente expectación. La visitante siguió hablando.

—Por otra parte, amigos chiribiribís, ¿no han oído las noticias? —Al recibir respuesta negativa de sus dos amigos mediante el desplazamiento horizontal de sus cabezas, Jonia estiró las piernas. Adoptó un estilo que pretendía imitar a los presentadores de noticieros televisivos, al tiempo que se erguía tratando de remedar a un busto parlante. Y añadió—: Noticias de última hora. El presidente del gobierno, de visita en la última capital conquistada de nuestras nuevas colonias asiáticas, ha perdido la vida. Ha sido un atentado de gran envergadura, mediante armamento del que carecía, hasta este momento, la insurgencia aborigen —Luego continuó con su voz normal—: Ha sido una muerte oscura, sospechosa. El vicepresidente, nuestro egregio y aguerrido Ministro de Planificación Militar, el general Tertulio Tyrso, ha tomado enseguida el mando presidencial.

»Tal vez este mismo pajarraco ha querido alzar su vuelo más alto —siguió Jonia, de manera sombría—. Dice haber encargado una investigación exhaustiva. Ha ordenado una semana de luto en todo el Estado, el arresto de todos los sospechosos y una campaña sin piedad contra las fuerzas insurgentes. Es la primera vez, en este siglo XXI, que un general toma las riendas del gobierno. No había ocurrido desde los tiempos pre-

constitucionales del pasado siglo, cuando triunfó el golpe de estado y se asentó la terrible dictadura fascista.

—Respecto a lo primero, a tu *flirt*, querida prima —repuso Aguayro poniéndose en pie y mirando a través de la ventana, para luego dirigirse a Jonia—, es un síntoma de que tus encantos son percibidos, pues alguien los capta y los aprecia. Este mismo pretendiente puede volver a aparecer o puede que venga otra persona, igualmente atractiva e interesante. Elegimos, generalmente, nuestra propia órbita de similitudes. Hay quien nace en las tinieblas y aspira a la liberación; hay quien nace en la luz y aborrece la oscuridad. Ambas personas, si se lo proponen, pueden juntar sus propósitos y aprender cada una de la otra.

»Y en relación con el ascenso del belicoso general, ¿qué decir? ¿Más de lo mismo? ¿Otra vuelta de tuerca en la intriga del poder? A pesar de todo, afortunadamente, ningún dictador, elegido mediante armas feroces o por almas desesperadas, puede detener este refulgente sol, ahora temporalmente oculto.

—Me siento afligida, con el corazón en un puño, inútil y desasosegada, como si todos los sacrificios emprendidos fueran inútiles —dijo Jonia con tristeza, mirando al suelo de baldosas blancas del salón.

—Antes le contaba a Grácil la historia de un poeta tímido y melancólico —indicó Aguayro, colocándose tras el sillón y dando un reconfortante masaje en el cuello y hombros a su prima—. El tipo sabía hablar consigo mismo (tal vez éste sea el secreto de la poesía) pero decía desconocer el arte de hablar con los demás. Cuando estaba ante alguien que le gustaba especialmente, solía atorarse con las palabras y enredarse con los gestos. Pasaba de largo cuando quería detenerse, callaba como un

energúmeno cuando debía hablar con esmero, enrojecía al no poder atreverse a enfrentar su turbación. En la presentación de su libro de poemas trató de granjearse la complicidad del público. “Sean condescendientes conmigo”, dijo, “y perdonen mi aflicción, mi altivez, mi extrema timidez. Compartamos la afabilidad entre todos, para erigirnos en caminantes sinceros sobre el estiércol de nuestros errores”.

»De modo contrario a nuestro hurraño bardo —añadió Aguayro, sentándose—, sucede para las gentes del poder, acostumbradas al imperio de las apariencias. Para ellos los errores sólo son tales cuando se descubren públicamente. No hay voluntad de mejorar, sino de vencer; y no a sí mismo, como sugería el conocimiento intrínseco propugnado por la escuela pitagórica o como preconizaba Rousseau en sus *Confesiones*, sino a los demás. Vencer a los demás para prescribir la fuerza y la astucia como herramientas perpetuas del poder.

En ese momento, Grácil encendió la televisión, para ver qué narraban las imágenes y comprobar el tratamiento de la noticia magnicida. Emitían el programa titulado “CON DIEZ CAÑONES POR BANDA”, presentado por una señora de piernas largas como el invierno en Siberia, busto generoso, sonrisa permanente y altísimo peinado, elevado sobre su cabeza con un estilo de pagoda birmana. Entrevistaba al empresario de moda, Celso Cardoso, el hombre orondo y calvo, con ojos de boa, bigote de tiralíneas y labios finos como alfileres.

—...ha sido una lamentable pérdida, sin duda —decía el empresario Cardoso, vestido con chaqueta negra, camisa blanca y corbata de flores—. El señor presidente siempre ha sido un infatigable defensor de las libertades. Y tal vez esto es lo que le ha costado la vida. Hoy en día se puede hablar de todo. En los tiempos de mi bisabuelo, los

grandes personajes eran admiradores de Hitler, Mussolini, Franco... Persegúan a los judíos, a los comunistas. Los comunistas ahora se visten de alternativos y de adversarios del sistema, junto a los rebeldes étnicos. Pero en la actualidad resulta que los sionistas son nuestros aliados, poseen más dinero que arena hay en el desierto y saben de negocios más que los hermanos Pinzón. Nosotros hemos aprendido de la Historia y nos hemos renovado. Y debemos seguir apostando por dar la mano al amigo y la bala al enemigo, pues la democracia se construye con la experiencia, aunque a veces haya que partir de cero, afeitarse el bigote o rezar con nuevas aleluyas.

—¿Usted qué cree, señor Cardoso, se deberían potenciar o restringir las libertades ciudadanas? —preguntó la presentadora, adoptando una pose de actriz de Hollywood en película policíaca de serie B.

—Bueno, yo sólo soy un empresario que ha sabido diversificar negocios en ámbitos generadores de riqueza. Yo me encargo de proporcionar empleo. Es el gobierno el que debe dictaminar el grado de libertad conveniente para que no degenere en anarquía. Confío en el general Tyrso, hombre recto y seguro de sí mismo. Su mano firme no le temblará, estoy seguro, en estas circunstancias adversas.

»Pero, claro, también los empresarios opinamos y nos codeamos con los políticos. Nos atan intereses comunes: la economía, el orden público, el clima de permisividad para los negocios... esos quehaceres de todos los días. Recuerdo que los amigos de mi padre decían de él que era más sabedor que un perro de presa. Mi padre, ciertamente, tenía una estupenda vista para clavar el ojo donde se multiplicaba el dinero, y eso me enseñó. Hoy en día la gente puede tener negocios prósperos, invertir en las grandes empresas trans-nacionales, habitar en chalets relucientes como los brillos del oro... Ya hay de todo.

»Hay libertad. Ya nadie tiene que esconder sus inclinaciones, como yo proclamo sin tapujos, pues tengo tres amantes con sus tres pisos correspondientes: una colombiana, una bielorrusa y una de Navalcíguañas de Villasuegra, una aldea que sólo la conoce el cura y las familias de los cuatro jubilados que aún viven allí. Hoy hay posibilidades de comprar pueblos abandonados y crear campos privados de entrenamiento militar, para apoyar la cruzada del gobierno. O se puede construir grandes centros de ocio y recreo para diversión de ejecutivos y empresarios estresados. Esto es libertad, y hay que seguir fomentándola. Todos los que estamos por la Nueva Era de la Pacificación Universal, todos, merecemos mejor fortuna, ¿o no?

»Claro que otra cosa son los derechos colectivos, sindicales, laborales. Ahí el gobierno está haciendo una excelente labor, para lograr ser competitivos con los países que ya, afortunadamente, han flexibilizado sus reglamentaciones. No se puede a estas alturas pensar en seguros de desempleo, colegio gratuito, coste médico subvencionado, etc. La gente tiene que aprender a buscarse la vida por su cuenta y riesgo.

—¿Y qué opina usted, señor Cardoso, acerca de la religión?

—Soy un firme partidario, sin duda. En este mundo no se ha inventado nada mejor que la religión. Gracias a la religión, vivimos en paz, tenemos limpias las conciencias. Estamos bendecidos por Dios, aquí y allende los mares, en todas nuestras labores de construcción o derribo, estatales o privadas, tanto monta. Esto es el progreso. La Iglesia de Jesucristo Rey, mayoritaria hoy en día, ha entendido esto perfectamente, se ha adaptado a las necesidades del presente y...

Decidieron no seguir siendo espectadores de aquella entrevista. Grácil apagó el televisor.

—Veo, veo —dijo la muchacha, con voz de tonada dirigiéndose a Jonia, esperando la continuación del juego.

—¿Qué ves? —preguntó Jonia, siguiéndole el ritmo infantil.

—El mundo al revés.

—¿Adónde voy? —preguntó Aguayro, uniéndose al juego de las féminas e inventándose unos versos. Se puso en pie y le hizo una reverencia a Grácil, como un ágil juglar. Se contestó a sí mismo—: Sigo tus huellas. / Sintiéndote estoy / Bajo rutilantes estrellas.

—Bueno —dijo Jonia levantándose, a la vez que dejaba en el suelo a su gata Ágatha—, supongo que en esta casa los invitados, amigos, familiares y demás gente chiribiribí no se quedan sin cenar a estas horas de la noche, ¿verdad?

Tras la comida, siguieron hablando un buen rato. Más nubes negras se cernían sobre el horizonte de la acción participativa, pensaban, pero también querían resaltar las potencialidades, aunque fuese algo muy difícil de lograr: generar escenarios de expresión, unificar la razón inventiva y las ideas en marcha para avanzar en tareas reivindicativas, no caer en las redes del desánimo...

Así hablaban: hay que generar esperanzas nuevas, sustentadas en el ámbito de lo real, lo ocupacional, lo lúdico, lo creativo, lo fraternal; fortalecer así veredas de acción, hacia un universo individual y colectivo dotado de contenido verídico, donde lo onírico y lo racional puedan crecer, donde lo cotidiano y lo trascendente puedan arraigar entre signos de luz.

—Escribió el sabio Lao Tse que lo que quieras contraer, has de dejarlo expandirse primero —dijo Aguayro, contemplando con deleite a sus dos compañeras,

mientras encendía un incienso—. La vida despliega sus diferencias, invita a las metamorfosis de plenitud. Para la poesía está el cielo azul, los tréboles de los prados, el corazón en llamas; para la prosa está la labor cotidiana, las cunas y las tumbas, la esperanza demasiado tiempo postergada; para el viento están las nubes, los ecos; para el agua están las despedidas, los encuentros. Y todo está en todo.

»Pero a veces, ante tanto desastre consumado, pienso en acabar mi relación con las letras, no volver a escribir. Ni un poema, ni una canción, ni un relato. Escribir me sume en una catarsis existencial de alquimias cruentas, me conduce a un túnel de vértigos que acaba en invierno desolado. Escribir me hace cabalgar fronteras de desarraigo, me enfrenta con mis propias tinieblas, invoca ante mí el reino de las ausencias... Pero, por otra parte, a veces resulta inevitable. Como decía un dirigente político con grandes dosis de carisma y sigilo: “Ande yo sonriente y excúlpeme de delitos públicos la gente.”

Esa noche, al visitar el onírico mundo de los enigmas, le tocó a Aguayro recorrer el teatro de las galaxias, la farsa sideral que se representaba en los sueños. La poesía dio paso al arte que con brillantez e ingenio cultivaron Sófocles, Molière y Brecht, entre otros. Y los sueños aparecieron con vivaz decorado. La escena parecía una afrenta dramática o una comedia guiñolesca de personajes enfrentados, con pompa marcial y decorado surrealista de Giorgio de Chirico o Max Ernst.

El cuerpo astral de Aguayro contempló el palacio presidencial del gobierno de la Nueva Era, con guardias armados apostados entre las almenas, que estaba rodeado por miles de personas hambrientas, desharrapadas y con aspectos de extenuación. El general Tertulio Tyrso, en la sala de recepciones oficiales, estaba sentado cómodamente y

custodiado por sus más próximos lugartenientes y asesores; llevaba un báculo de faraón en la mano y un manto monárquico de armiño sobre sus hombros. Le dirigía la palabra a un súbdito, que iba descalzo y parecía cansado y desnutrido.

—¿Es que acaso —decía el presidente-general, erguido en su trono— no he sido elegido libre y democráticamente para representar al pueblo soberano, y por inmediato fluir y causa elemental, a cada uno de los componentes de la ciudadanía? ¿No asumo, pues, la representación universal de la nación?

—Si usted lo dice...—contestó el hombre descalzo, alzando los hombros.

—Pues entonces la representatividad está servida. Yo desayuno, almuerzo y ceno por ti —siguió el general Tyrso, señalando con su báculo al atribulado ciudadano— y así te represento. Trabajo por ti, y cobro tu sueldo y el mío. ¿Acaso no incremento el producto nacional bruto cuando cobro gratificaciones de las grandes empresas del orbe mundial? Haz de saber que la práctica de la política conlleva un modo de vida demasiado estresado, que debe ser convenientemente recompensado.

»Por ti busco solaz para mis cuitas, dulzor para mis entretelas. Yo viajo por ti, por cometido político y por gubernamental polivalencia. Hago escalas en paisajes exóticos de soles preponderantes y pirámides doradas, aunque el día anterior haya bebido champán en suelo europeo. Me apeo en industriosas ciudades de habitantes de ojos rasgados, aunque la noche anterior casi vomito (desdicha inocua para este servidor de la patria) medio litro de vodka y un plato de caviar sobre el mausoleo de Ilich Ulianov. Resuelvo asuntos de interés eminente en la ciudad de los rascacielos. ¿O acaso no es ésta una gesta audaz, un esfuerzo por el bien patriótico? ¿Tienes tú visa de oro?

—Pues, no —dijo el ciudadano, rascándose la mejilla.

—Yo tengo por los dos.

—¿Tienes tú palacio de invierno en zona campestre? Pues yo tengo por los dos, un palacio construido con piedras del muro de Berlín, ornado de basaltos corintios, con rústicas fuentes, dotado de tecnología punta, con mayordomos emperifollados y criadas cenicientas, con ronda de vigilantes que custodian mis Francis Bacon, mis Dalí, mis Caravaggio.

—¿Tienes tú cuenta corriente y depósito bancario en Suiza? Yo tengo por los dos. ¿No te basta con esto? ¿Quieres más, osado de ti, bribón?

—Nada sé de lujos ni de felonías, señor. He venido aquí a comunicarle el descontento del pueblo —expuso el ciudadano, ya cansado de estar de pie—. El desempleo, la pobreza, el abatimiento, la carestía de alimentos se ciernen lastimosamente sobre la ciudadanía. No podemos soportarlo más.

—Pues éstos no son modos correctos —dijo el presidente-general Tyrso levantándose, como impulsado por un resorte, de su trono—. Si no tienen pan, que coman bizcochos, como decía María Antonieta. Te recuerdo que estamos en un régimen democrático. Que se vayan todos a casa o sucederá una desgracia. La semana que viene constituiremos una comisión de estudio, luego prepararemos una reunión, fijaremos la fecha concreta, más tarde convocaremos a la prensa y...

—Señor, he sido comisionado por la Asamblea del Pueblo para reclamar soluciones. Queremos respuesta ahora —expresó el ciudadano, poniéndose firme sobre sus dos piernas.

—¿La Asamblea del Pueblo, dices? —exclamó el general Tyrso, colérico, alzando su báculo— ¿Y dónde está tu representación parlamentaria, dónde el coche oficial, la nómina sellada y el aval bancario, donde la firma del notario y el rango de adjudicación legítima?

—El pueblo sólo cuenta consigo mismo.

—Bah, el pueblo. ¿Acaso quieres decirme que el populacho actúa al unísono, que confía en su propia capacidad decisoria? Te diré lo que es el pueblo: el pueblo vive en mi carne y se nutre de mi sangre. Yo uso la ciencia propagandística de manera práctica y perentoria, la cual, a pesar de no ser exacta, se asemeja más a las Matemáticas que a la Sociología. Yo decidiré personalmente lo que le conviene al pueblo, pues en mis vísceras lo llevo.

»Quiero los jardines presidenciales, las zonas limítrofes y el asfalto de las calles vacíos de gentío. Que se vayan todos a sus hogares. Que conecten, una vez llegados a casa, el programa de turno en su canal favorito: concursos, cantos, zarandeos de caderas y ombligos, películas de héroes belicosos o robóticos...

—Pero... —osó añadir el representante de los manifestantes.

Entonces, de un movimiento preciso desde su báculo faraónico, Tyrso apuntó al ciudadano y lo dejó convertido en cenizas humeantes. Luego agradeció los aplausos de su séquito y se metió en el sarcófago antropomorfo, donde se encerró.

En otro sueño, ante la mente inconsciente de Aguayro, se sucedió otra escena, también dentro del palacio presidencial. La señora Tyrso, de ojos grandes como obuses y risa de hiena, con peinado similar al pico de un águila, tomaba el té con el mismísimo poeta, que parecía no hallarse muy a gusto.

—Qué formal es usted, señor Verdemar —observó la señora, con el rostro bronceado por rayos ultravioletas de salón y enseñando sus piernas contorneadas y operadas para suprimir las varices—, qué formal y protocolario. Yo tenía entendido que ustedes los poetas eran unos libertinos, ebrios de aventuras carnales y de correrías

nocturnas, conquistadores por medio de exquisitas artes retóricas y galanteos, descubridores de paraísos eróticos. Oh, me pongo sentimental cuando me llaman por mis dos nombres, ya sabe usted: Prócula Artemisa. Y sólo me lo dice mi marido.

La señora Tyrso tomó la mano del poeta y la puso sobre su muslo derecho.

—Señora, por favor...—protestó Aguayro, balbuceante, retirando su mano.

—Una vez pronunciados mis dos nombres —adelantó la señora Tyrso, abriendo algo más el escote de su vestido—, floto como pluma de edén en aire primaveral. ¡Me gusta tanto oír mi segundo nombre detrás del primero! Me suena a música de arcángeles, a arpegios diamantinos con coro de walkirias. ¿No sería usted capaz...?

—Permítame decirle, señora Tyrso, que yo no acostumbro... —masculló el poeta, tratando de zafarse de la obstinada señora.

Acto seguido, apareció el presidente Tyrso en lo alto del salón, miró terriblemente al poeta y, sin mediar palabra alguna, lo fulminó con su báculo de Tutankhamon.

## ONCE

Era una mañana nublada, hacía frío y no llovía. La situación social y política resultaba estremecedora, tanto por la escasa capacidad de acción de los grupos alternativos, organizados en torno a la ilegalizada Red SOMOS, como por la acrecentada represión gubernamental, incluidos genocidios y asesinatos selectivos perpetrados mediante los ejércitos invasores en las naciones conquistadas. Por medio de internet, aún se podían difundir mensajes y comunicados, pero incluso en la red virtual se producían cierres y prohibiciones de *webs* y de páginas informativas.

En cuanto a los encuentros y reuniones de los miembros de la Red SOMOS, se seguían tomando muchas medidas de precaución, tanto en la elección de los lugares, que variaban constantemente, como en los avisos, comunicados, teléfonos, rutas de llegada... Incluso Aguayro, en su vida privada, se obstinaba cotidianamente en dar largos rodeos y comprobar que no le seguían, cuando acudía a casa de Grácil, a quien nunca veía en la calle.

El poeta se hallaba en el interior de una cafetería, tomando un té con Chabela Partridge, una joven miembro de la Red, cuyo novio había sido encarcelado días atrás; probablemente ella misma estaría siendo sometida a vigilancia policial, al igual que su teléfono y sus correos virtuales. No obstante, había que seguir: asistir a reuniones, hacer vida social, procurar no caer atrapado psíquica y físicamente en la magnitud de la tragedia global.

—¿Y a dónde nos lleva esto, Aguayro? —preguntó la linda muchacha, sorbiendo su té—. Debemos poner rumbo a la acción, hacer algo que sirva para aportar libertad a

nuestro entorno y al mundo, algo que a la vez llene nuestras vidas y nos ofrezca motivos para seguir en pie.

—Tienes razón, Chabela —dijo Aguayro acercando un poco su silla a la mesa que compartían—. Pero piensa en esto: vamos andando los caminos. Cada uno bajo su estrella, y todos bajo el firmamento. Vamos dejando nuestras huellas, cánticos y esperanzas. Ahora hacemos lo que podemos. Arriesgamos nuestras vidas, ofrecemos lo mejor de nosotros mismos. Tan sólo somos un translúcido ejemplo de mujeres y hombres que luchan y aman, que sudan y ríen, que avanzan y sueñan. Tal vez un día seamos un largo cortejo de seres humanos y nos columpiemos de los sueños compartidos.

—Tú siempre tienes palabras de consuelo, compañero —expuso Chabela, con mirada triste.

—¿Qué se puede decir cuando lo estás dando todo? —indicó Aguayro mirando con delicadeza los ojos de su compañera—. Anhelamos sentirnos a gusto, aspiramos a la felicidad: llevar una vida tranquila, comer alimentos sanos, desarrollar un trabajo satisfactorio, compartir afecto, convivir en buena vecindad, generar solidaridad humana. Deseamos sentir la salud del cuerpo, la armonía de los sentimientos, la plenitud del espíritu. La vida, ante nosotros, nos ofrece oportunidades, horizontes nítidos, pero también riesgos que nos retrasan o nos impiden logros. Andar conscientemente es avanzar, reconocer nuestros propios pasos y las huellas de las personas que nos precedieron.

»Te contaré una breve historia. “Cuando me miro al espejo, siempre veo la misma cara”, dijo un hombre rutinario y conformista a su esposa. Acto seguido, su

mujer se miró en los ojos de él. “Cuando me miro en tus ojos”, dijo la esposa, “siempre veo los mismos ojos”. Semanas después, se divorciaron. Esto sucede así, o puede que no, que se aguanten toda la vida, llevando existencias grises, borrosas, engañándose a sí mismos y a los demás. Pero, ¿a qué precio? ¿Es acaso libertad el no estar en la cárcel y condenar a los que luchan por un mundo mejor? ¿Acaso no debemos exigir plenos derechos para decidir individual y colectivamente el camino a emprender?

»Me acuerdo de otro episodio vital —añadió Aguayro, tocándose el mentón con las dos manos—. Después de recibir un suspenso en una asignatura bastante complicada, un amigo se quejaba amargamente. “Creo que no sirvo para estudiar. Soy un inútil”, me confesó aquella tarde. Yo le tomé por el brazo y le miré fijamente. “Escúchame bien”, le dije, “no tolero que nadie hable mal de mi amigo, ni siquiera mi propio amigo”.

—Confieso que estar contigo me nutre humanamente e incluso me divierte —expresó Grácil, esbozando una pequeña sonrisa—. Me agrada confrontar ideas contigo. La información oficial está cada vez más sesgada. Es lógico: cada día el gobierno comete más crímenes, y tiene cada vez más motivos para ocultarlos. Nosotros ya sabemos descubrir tergiversaciones de imagen y lenguaje, mirar directamente a los ojos del acontecimiento, incluso desde la lejanía. Pero las personas, en general, se adormecen, se acomodan; incluso gentes con escasos recursos de subsistencia no se levantan a reclamar sus derechos. Las multitudes ven la situación política como algo lejano, algo sujeto a desenlace inevitable.

»Nosotros vemos el monte henchido de verdor y otros calculan el precio de la madera de los árboles. ¿Pero cuándo podremos respirar la naturaleza a pleno pulmón, estar a gusto con quienes amamos, vivir en paz...? ¿Será posible un día?

—Ya de por sí hallar la amistad verdadera es difícil, Chabela. Yo pienso: ¡qué agradable es la amistad y cuán difícil es el conocimiento! Pues la amistad verdadera brota espontánea y natural como un paisaje salvaje aún no lastimado por la mano del hombre: tan sólo el amor es más intenso. Y el conocimiento profundo nace de la experiencia, de la intuición, del camino seguido con dignidad. ¿Acaso no es difícil acceder a la sabiduría auténtica y ser fiel a uno mismo?

»Todo se confabula en este mundo para que el afecto sincero no suceda: la timidez, el miedo, la desconfianza. Y también para que el conocimiento íntegro no suceda: la ignorancia, el acomodo, la superficialidad. El amor auténtico combina la amistad y el conocimiento: amistad que se fortifica por las afinidades y los sentimientos compartidos; conocimiento que se fortalece por la realidad percibida y la experiencia común.

—Contigo aprendo mucho, Aguayro, eres el tipo más sabio que conozco, y sólo me llevas diez años o algo así —dijo la chica tomando otro sorbo de té, y agitando como una garza en vuelo la mano que tenía libre.

—Eres muy amable, Chabela, pero creo que la sabiduría es un asunto de experiencia, compromiso y ética. La mayoría de las personas sabias, según he podido comprobar, no está impartiendo clases magistrales de teoría hobbesiana en la universidad ni ofreciendo cursos monográficos de doctrina agustiniana o aristotélica. Está, cada cual con su labor y su ritmo, en el combate cotidiano contra la injusticia y la intolerancia. La sabiduría, según yo he podido conocer, no es un logro obtenido, un galardón metafísico o una etiqueta mental, no. Es un camino, una búsqueda continua, un afán sano y exquisito para desvelar los misterios y para implicarse en su aplicación.

»Y no hablo solamente de implicarse políticamente, algo muy necesario en nuestros días. Los misterios son múltiples y pertenecen a los diversos campos de la vida: contactos humanos, poesía, pensamiento social, naturaleza, axiomas científicos... Su manifestación es una especie de floración interior que permite la calma, el crecimiento interior. Y quiero destacar una particularidad: ese esplendor es invisible. Es decir, a los sabios no se les distingue con los ojos físicos, sino con la intuición, que son los ojos aunados del cuerpo, el ánimo y la mente humana. Eso me parece.

»Lo convencional no requiere elaboración mental ni esfuerzo alguno; simplemente se trata de aceptar lo establecido como algo dado. Lo discrepante, en un medio social injusto o reaccionario, requiere análisis, entereza, motivación, perseverancia. El cúmulo de conocimientos es un almacenaje, no siempre ordenado, de datos técnicos o de experiencias que pretende constituir ciencia; pero al carecer de amparo en la esfera afectiva y ética constituye erudición en todo caso, pero no sabiduría.

»Creo que la sabiduría pertenece a otro ámbito. En su seno no hay lugar para el halago, la pedantería o el sometimiento. Podemos observar el rostro y los ademanes de quienes se creen sabios. El vanidoso está pagado de sí mismo, tiene la sonrisa superflua y el pecho inflado; es grandilocuente con sus gestos y sólo enseña un camino de enseñanzas superfluas. El retórico se satisface con la incompreensión ajena, pues llena en sí mismo un ansia de orgullo, de autocomplacencia; mediante el enredo pretende deslumbrar y sólo consigue confundir. El experto es alguien que ya sabe, se le supone una maestría superior en su temática concreta y piensa de sí mismo que ha llegado a la cumbre del saber; por lo tanto es distante, cargado de intelectualismo y temeroso; se muestra a la defensiva, no sea que alguien descubra sus carencias.

»Entonces, ¿qué es la sabiduría? ¿Es el sabio alguien perfecto, inmutable, celoso

de su saber, alguien que ha conquistado las puertas secretas del conocimiento? Pues no, nada de esto. Si fuera perfecto, no podría vivir en este mundo carnal y finito. Si fuese impertérrito estaría lejos de entender el ciclo de los cambios y de las estaciones. Si fuese avaro de su saber, el conocimiento dentro de sí se le pudriría al no poderlo difundir. Si hubiese conquistado la cúspide del conocimiento, ya no tendría nada que aprender.

—Sí —subrayó la chica—, incluso ahora hay un comité de sabios que son elegidos como tales por los detentadores del poder, ¡cuánta farsa implícita! En realidad, la sabiduría siempre ha estado vinculada a la liberación humana, a la lucha contra la iniquidad.

—Así es, Chabela —afirmó Aguayro, rodeando la cálida taza de té con sus dos manos—. Recuerdo cuando era adolescente y me enganché a la búsqueda de la libertad espiritual. Conocí a muchos maestros que impartían conocimientos esotéricos y lideraban organizaciones y sectas místicas, sin vinculación alguna con los derechos humanos ni con la protección de la naturaleza. No conocí a uno sólo que fuese honrado y humilde, de verdad. En esa época, había leído todos los libros sagrados, había viajado y estudiado todas las religiones en sus lugares de origen. Conocí por entonces a muchos tipos autoproclamados maestros del saber. Yo sólo pretendía absorber lo que podría ser la fuente primordial del conocimiento, nada más y nada menos.

»Después de múltiples sinsabores y alguna pequeña alegría pude compendiar algunos puntos elementales respecto a lo que entiendo por un maestro verdadero. Te los diré. Siempre tiende a la conservación de los lazos familiares, al fortalecimiento de los afectos amistosos, sin renunciar a luchar por un mundo mejor. No emplea jamás malas artes ni trucos sucios, ni siquiera contra gentes que practiquen tales artimañas. No se aprovecha económicamente de sus discípulos ni los utiliza para beneficio propio. A las

personas que están a su cargo les cuenta la realidad social existente y los remedios posibles, sin despreciar las misteriosas leyes atávicas acaso vislumbradas. Desconoce el resentimiento: sólo le mueve el espíritu fraterno y la justicia universal. Conoce asimismo el sufrimiento de los restantes reinos del mundo: animal, vegetal y mineral, debido a la atroz depredación humana; y así aspira consecuentemente a la evolución natural, a la armonía del mundo en su conjunto. No se jacta de sus conocimientos ni mira por encima del hombro a neófitos ni a gente escéptica de su saber.

»Muy pocos cumplen estos puntos. Personalmente, en el mundillo místico no conocí a nadie así, y te garantizo que observé y escuché a muchos maestros. Después de recorrer bastantes caminos e investigar, llegué a la conclusión de que cada uno debe aprender de los demás y convertirse en su propio maestro.

—La vida actual —arguyó Chabela—, con sus múltiples dificultades, nos lo pone muy difícil. El sistema se traviste, para parecer inocente y aseverado por todos, cuando en realidad esconde su rostro más vil y engañoso.

—Sí, compañera, el engaño forma parte del mecanismo de supervivencia del sistema. Es, por decirlo gráficamente, su eje central, su columna vertebral. Permíteme contarte una pequeña historia que se me ocurrió. El señor Eduard Facinelli se miró al espejo y se dió una orden a sí mismo: “Debo abandonar mi rostro malhumorado y brusco, y aprender a sonreír”. Cuando consiguió mover sus labios hacia arriba, gesto aprendido maquinalmente que imitaba la sonrisa, se dictó a sí mismo otras tareas: caminar con elegancia pero sin altivez, saludar a las personas sin engreimiento, etc. Todas las mañanas el señor Facinelli se miraba al espejo y descubría su fealdad, sus malas intenciones, sus ojos de siniestra expresión, y cada día apuntaba tales cosas horrendas en su agenda. Luego las hacía copiar y distribuir a todos los medios de

información, y les decía a sus partidarios y al público en general: “he aquí las vilezas, aberraciones y ruindades de nuestros enemigos. Clama al cielo su pavorosa intransigencia”.

»Quiero decirte, Chabela —añadió el poeta, mientras observaba cómo los vehículos pasaban y la gente caminaba tras la amplia cristalera de la cafetería— que lo vemos todos los días: el sistema denomina impúdicos a quienes combaten contra los agravios del dogma, acusa de xenófobos a los que propugnan la solidaridad internacionalista...

—La acción social es imprescindible, desde luego —dijo la chica—. Creo que no valdría la pena vivir comulgando con ruedas de molino. Pero dime, Aguayro, ¿crees que debemos renunciar a la felicidad personal y sacrificarnos sin cesar en la consecución de las libertades públicas?

—Bueno, Chabela, planteas una cuestión interesante, por lo poco que sé —El poeta observaba cómo los viandantes pasaban de un extremo a otro de su ángulo de visión, y también se percató de un individuo, en la otra acera, que miraba con aparente atención hacia la cafetería. Siguió hablando—: Creo que la felicidad y la sabiduría van de la mano. Me explicaré. Quien corre a la búsqueda de la felicidad obtiene, como mucho, alegría o diversión. Pero hay personas cuyas vidas o deseos concuerdan con el cariño por la naturaleza, el arte creativo, la solidaridad con el género humano, la ayuda mutua, la lucha por una existencia digna... Estas personas, a diferencia de las otras, están dispuestas a sacrificarse.

»Pero, veamos, ¿qué es la felicidad? ¿Se trata de reír constantemente, de buscar diversión en todos los actos de la vida, de acomodarse al ambiente social para pasar desapercibido y no sufrir golpes y quebrantos? Desde mi punto de vista, no es nada de

esto. La felicidad es un estado de conciencia muy sutil que se experimenta como un gozo interior, y que está ligado fundamentalmente a la conciencia.

»Los seres humanos, para hallar la felicidad precisan, según creo, distinguir la salud de la enfermedad. La enfermedad ha sido descrita e investigada a través de los siglos en el plano físico, y los avances obtenidos para enfrentarla han sido amplios y beneficiosos. Pero han quedado relegados otros espacios del ser humano, en los cuales también es necesario hallar la salud. Respecto al *yo* la peor enfermedad se llama miedo y su remedio es el amor. Respecto al *nosotros* la peor enfermedad se llama conformismo y su remedio es la ética. Respecto al *ellos* la peor enfermedad es el desconocimiento que deriva en xenofobia o intolerancia y su remedio se llama respeto multicultural y étnico, aprecio por lo lejano o por lo diferente.

»En un principio, parece que el saber implica sufrir; pero el camino andado, la ejemplaridad y la experiencia te muestran que vale la pena esforzarse por saber, y que las penurias inherentes al aprendizaje se convierten, tras un período de tiempo, en algo cercano a la sabiduría. Quien abandona su sendero, una vez iniciado, puede obtener placeres, riquezas, prestigio, poder político o financiero, incluso acceso a información privilegiada. Pero un individuo así se pierde lo mejor, según mi humilde pericia: el gozo de saberse restituido en su propia existencia. Esto no lo podrá valorar jamás un conformista o un vil explotador.

Mientras hablaban, en la calle transcurría el movimiento cotidiano acostumbrado de coches y personas. Un tipo joven con gafas oscuras y movimientos ágiles que llevaba, con excelente arte de representación, barba y peluca postiza, con atuendo de *sport*, había observado a la pareja entrar en la cafetería y llevaba un buen rato

escrutándolos. Se encontraba parado junto a un puesto de revistas y periódicos, y daba breves paseos, pendiente en ver qué hacían Aguayro y Chabela. Se fijó atentamente en dos colegas de unos diez años que pasaban por allí y los llamó, para hacerles una proposición muy sencilla, con gratificación incluida. Colocó un billete de 20 euros en la parte de abajo de una papelería municipal, que ellos tomarían cuando hicieran un recado: entregar un sobre a un chico con gafas doradas, vestido con chaqueta azul, que hablaba con una muchacha rubia vestida de rosa, sentados ambos en el interior de la cafetería. El hombre de incógnito pudo comprobar, tras medio minuto de espera, que el recado se hizo según sus indicaciones. Acto seguido, desapareció en medio de los viandantes.

Aguayro, una vez se marcharon los dos niños a recoger su billete azul por el recado realizado, miró hacia la calle a través del cristal y sólo pudo percibir una figura que rápidamente se esfumaba tras la esquina. No le vió el rostro y no pudo imaginar que se trataba de Lavinio Cárdenas, amante de Meandro Márgenes, que era un dinámico miembro del servicio de información de la Red SOMOS. Hasta el momento había sido infructuosa la labor gubernamental por identificar y detener a los partícipes, pues esta sección de activistas empleaba recursos de seguridad al límite; los miembros componentes no se conocían entre sí, y empleaban para comunicarse un código que cambiaban cada vez que emitían un mensaje.

El poeta abrió el sobre, extendió el papel y lo leyó con cuidado. Podía leerlo con claridad, pues estaba redactado con términos precisos, a ordenador: *“Estás en peligro. Pasado mañana, domingo, piensan asesinarte y acusar a otro miembro de la Red. Ambos están avisados. Adjunto billete de barco para mañana, si quieres dirigirte a Latinoamérica. Dos compañeros marineros te alojarán. Acude al “Isla de San Borondón” mañana sábado, 14 horas. Tres horas más tarde zarpará. Destruye este*

*papel. Suerte en caso de que resuelvas otra escapatoria. Buen viaje, compañero.*” Y señalaba dos códigos de verificación para asegurar la autenticidad del comunicado.

—¿De qué se trata? —preguntó Chabela.

—De un gran cambio en mi vida próxima, amiga mía.

Aguayro se dirigió a su casa, deteniéndose y mirando atrás en algunas ocasiones a ver si le seguían. Se duchó con agua fría y se cambió de ropa. Descendió las escaleras a la media hora, portando una mochila mediana donde rescató algunas pertenencias: el pasaporte, dos mudas de ropa, el dinero disponible, la tarjeta de crédito, algunos archivos virtuales en formato reducido, un ordenador portátil ultraligero y unos pocos objetos de aseo. Por debajo de la puerta de la vecina de enfrente, había deslizado un sobre con la llave y un folio de papel, donde le sugería que trasladase las macetas (con geranios, lilas y aloes) al apartamento de la señora y las regase al menos una vez por semana, pues indicaba que iba a estar lejos durante algún tiempo. Luego se dirigió a casa de Grácil, siguiendo una ruta contraria a la habitual, dando vueltas y rodeos, cerciorándose de no ser seguido.

—¿Ocurre algo, Agu? —preguntó Grácil, observando cómo su compañero le daba un beso en los labios y se desplomaba en el sofá.

—¿Sabes, Grácil? —dijo el trovador, rodeando con sus manos, con aire electrizado, la figura de su compañera—. En relación con la órbita solar, desde la distancia al Sol, la Tierra se halla entre Venus y Marte, que simbolizan el amor y la guerra. A veces el amor se convierte en batalla para conseguir la emancipación; pero casi siempre, la guerra es un medio para lograr la subyugación de naciones enteras.

»Pero ahora, querida amiga —dijo Aguayro, tomando con sus manos los hombros de su compañera— estamos uno frente al otro. ¿No es delicioso este momento? En tu pulso palpita el universo entero y tus ojos brillan como luceros de anunciación. Los cometas de mi gozo vibran por tus encantos, y soy dichoso por estar aquí.

Luego le contó lo que le había ocurrido, mientras se hallaba en la cafetería tomando un té con Chabela. Hablaron durante varias horas, abarcando todas las posibilidades, cubriendo todas las eventualidades imaginadas a través de la huida, el escondite o el exilio. Luego se abrazaron y unieron sus cuerpos en una unión de gozo y reconocimiento mutuo.

El sueño, una vez llegó, tomó forma poética en la mente de Aguayro.

Suavemente, en medio de melodías que le atravesaban con arpegios resplandecientes, surgió ante sí una rotación de imágenes de su niñez y adolescencia, que se mezclaban entre sí y se perdían en un horizonte de dunas lejanas. Luego percibió la presencia de Grácil como un soplo de brisa. Ambos descendían desde una montaña de arena negra. El paisaje de abajo se adivinaba poblado de rocas escarpadas, pero fecundo de flores.

“Tantas veces he callado, que apenas distingo mi voz del silencio. En medio de una prestidigitación de malvas, Eros y Tánatos aguardan en cada arboladura del tiempo, enlazando ascuas y brújulas. El sueño anda prófugo entre las pirámides del aire, aúna creatividades telepáticas entre las alambradas y las metrópolis.

»Campos de dolor me cercan, y mis aires soliviantan, e hilvanan una sublimación de zampoñas sobre el cenagal carmesí. Campos de dolor me desvelan,

amurallan mi almizcle, conducen mi alfabeto de olas sobre desiertos de pedregal, almidonan mis vísperas y descorazonan mis mañanas.

»Quedan así mis velas sinceras a merced del vendaval. Voy epicúreo de vientos, estoico de aguas, y braceo calvarios en recolección de cadencias.

»Está desterrado el poeta de este linaje de licantrópía, pues su licencia oceánica baña playas de entendimiento y acantilados de juicio; su lexicología de espuma se encabrita contra entramados de oprobios y doctrinas de jerigonza.

»Está desterrado el poeta de esta jurisdicción de cautividad, pues su cartografía ancestral reconoce territorios inexplorados e inhóspitas sendas, y emprende una labor de cascadas como profesión auroral.

»¡Cuánto ha llovido desde ayer!, cuántas piedras lapidarias sobre mi techumbre de rayos, cuánto gesto acusador desde sombras de naipes, cuánto salto versátil desde la amenaza al abuso, desde el abuso al disfraz. ¡Cuánto ha llovido desde ayer!, excavados los túneles existenciales, perpetrada la afrenta contra la verídica huella. ¡Cuánta amnesia de arreboles y mirtos, cuánto adiós congelado en alas de quebrantos!

»Mientras tanto, conduzco estremecimientos como miliciano de luz.

»Confieso que huí de afrodisíacos fuegos cuando el volcán de idilios reverbera en invierno, dejé pasar el hallazgo en sus albricias de luz, y corté la flor de mayo con alambrada de invierno. Confieso que derogué mi anillo en ágape de perros, me escondí en la inmediatez del vértigo, y me acriollé a tristezas.

»Se enzarza el destino en turbiones de agravios, y parece que el templo viviente se enhebre en quebradas o que la primogenitura ande prófuga entre vientos de olvido y recapitulaciones.

»Las jugadas de vinagre se concatenan y enredan. Sólo queda desvelar, al volumen del alma, la heredad iniciática y el aire propicio, levantarse de nuevo y respirar el aire que fecunda otro aire.

»Hay ciclos de decrepitud que abaten rutas de primavera. Acontecen entonces los años decapitados, las horas muertas, los eclipses de estrofa.

»Hay ciclos de vencimiento en que uno resulta herido por decretos de águila imperial, y entonces el alma embiste contra cordilleras de involución, y el cuerpo se resiste a ser carne de oscuridad y la simiente de liberación desata su caudal de gallardía y aire puro.

»Es preciso relajar los nudos musculares, la ansiedad de horizontes aún ignotos, respirar hondamente la biografía del intrínseco campo de eucaliptos. Es preciso relajar la inquietud mundana, dobligar férreas vanidades como cáñamo ante las borrascas, pues ya no resiste el león en su gruta ni el hombre en su desierto.

»Es preciso ser veraz en uno mismo, beodo de cósmica orfebrería, pletórico de corazón revelador y lengua de fuego, presto a la unidad y al saber, bien abiertos los ojos del alma, sobre la carne del sueño.

»Ocurre que simpatizo con la naturaleza, y subsisto entre palmeras y olas con mi cábala de bonanzas, con mi polvorín de orquídeas.

»Me entrego a ti, eternidad descabalgada, anticipo de cielo, como barbecho sediento de agua pura, trenzado de mar. Y me entrego entero, cuajado de empeños sobre el dolor y los hemisferios, con el pecho adivinado de olas, caminando desde las espesuras del alba, para desvelar esta pasión que permanece.

»La claridad viene entre mediodía rebeldes y vuelos de jazmín, entre talismanes de eternidad y sortilegios de esplendor, mientras brego contra tráfugas Bastillas, en la siembra de ondas y gemas, de meteoros profundos en los barbechos del Zodíaco.

»Provengo en esta vida del éxodo volcánico, donde brota el sol en el corazón del invierno y reposa el huracán de su noctámbula negrura, donde erige su remanso el rayo verde sobre el desnudo torso del tiempo.

»Sudo ignición entre dudas y certezas, fervor de romance y mirra que el aire esculpe en voluptuosas volutas. El correr del éxodo se llena de limones de plata, el cuerpo enraizado en tierra, el alma acrisolada de cruces.

»Transportado entre fugacidades purpúreas, cielo y agua galopan en celeste espiral. Y uno mismo, cual torrente denodado del destino, navega enervado de vitrales, sometido a forjas de humanidad.

»Cerré los ojos para ver mejor la nada, el tiempo sin cita, la senda sin pasos, el latido profundo donde rueda el destino. Cerré los ojos para oír mejor el silencio inexpugnable. El pecho proseguía su culto de anhelos en preregrinación. Bullía el sueño en su estuario de desafíos, y susurraba el viento con alas de rosas.

»La vida es serio asunto, único patrimonio del tiempo que sudamos, única memoria de tierra donde jalonamos verdades y sombras. La vida es tarea esencial. Y uno espera, entre fugacidades y subsistencias, enraizar fuegos, derramarse en luz sobre senderos de descubrimientos; pues, al fin y al cabo, uno come como cualquier mortal y clama y ríe.

»Es hora de partir, a enfrentar el reloj retrógrado y la bruma cavernícola, a enfrentar la succión costumbrista de ciudad en decadencia. Y después de tanta pólvora

de carne zahorí, después de tantas sonrisas cercadas por ejércitos de ironías, uno es capaz de aspirar la aurora nuevamente.

»En libertad me estremezco, en libertad avanzo y arengo mis pasos de lluvias y arreboles, pues nadie ostenta la exclusividad de experiencias ni la arquitectura de desarrollos, y uno mismo debe caminar resuelto de lógicas y crisoles. Y nadie te quiere si no te quieres, y no basta el alpinismo para escalar la esperanza.

»¿Y qué hacer con el fulgor cuando la celda se derrumbe, y el seudónimo sea sinónimo de viento, y la caballería de blancuras ande oteando otros horizontes? ¿Y qué hacer cuando el devenir cíclico muestre su matriz de alas?

»Tal vez la aventura conste de musa y caminante, y uno elija el corazón en la bifurcación de caminos.»

## DOCE

Aguayro salió del baño, con una toalla alrededor de la cintura, después de darse una ducha con agua fría. Miró por la ventana, y pudo comprobar que lucía una mañana espléndida de sol, con algunos cúmulos blancos que asomaban desde el norte. Bajo la ventana, en la copa de un árbol, dos tórtolas se arrullaban. Una bandada de palomas cruzó el cielo rumbo al naciente.

Se vistió en el salón con ropa limpia: pantalón corto y camiseta, y se dispuso a tomar el desayuno, junto a Grácil.

—Quizá anoche haya sido nuestra última noche juntos en esta ciudad, al menos durante algún tiempo, ¡quien sabe cuánto, ladrón de mis besos! —comentó la muchacha, con aire de melancolía, mientras untaba una tostada con mermelada de frambuesa.

—Anoche, creo recordar, me adentré en un sueño musical —dijo Aguayro esbozando una sonrisa tranquilizadora y a la vez recóndita, mientras sorbía su zumo de naranja con fresa—. Era como si, abrazados en medio del arcoiris, nos columpiáramos juntos en un cántico mágico de ritmos y palabras desconocidas. Pero, a la vez, parecía que presentíamos o podíamos descifrar, en el fondo de nuestras claridades, esos compases y mensajes que nos cercaban de algún modo.

»Tenía la impresión de que nos hallábamos en el transcurso de un enigma, enhebrados en un acertijo sin resolver. A veces los sueños nos permiten echar un vistazo a lo inconmensurable, Grácil; de la misma manera que nuestras vidas son apenas un paso en la inmensa playa de la Humanidad.

—Yo también soñé, Agu —apuntó Grácil—, pero me resulta difícil recordar las imágenes. Flotaban en mi mente, al despertar, como nubes inconexas. Era una especie de laberinto en forma de cáscaras de cebolla que andábamos, tú llevabas el cordel para no perdernos, y nos descubríamos como compañeros y huéspedes mutuos.

—A veces los sueños, Grácil, permiten el desvelamiento de algo, y son un cauce para la magia, que no por ser cotidiana es menos mágica. Al despertar sentí, amiga mía —dijo el poeta, mientras se secaba los labios del zumo y se sumergía en las brillantes pupilas de su amiga—, que la vida es andanza y vuelo sobre senderos embarrados, y también péndulo de ocasiones, sombra y alborada. Todo ello al unísono. La vida, además de placer y deber, es tormenta sobre el alma y melodía de brisas. Más que nunca, me alegra saber que existes, querida; y te agradezco que derrames tu esplendor sobre los caminos del mundo.

—Siempre tan gentil, mi poeta —dijo Grácil, sirviendo el café—. Supongo que el mensaje onírico es que debemos seguir adelante, a la búsqueda y materialización de los anhelos compartidos.

—Eso creo yo también. Esta mañana, al despertar, cuando te vi junto a mí, me sobrecogió un relámpago de felicidad que recorrió todos los poros de mi ser, como un recuerdo y un anuncio de todos los tiempos, los del pasado y los del porvenir —expuso el joven bardo, extendiendo sobre una tostada mantequilla y mermelada. Se había levantado con mucho apetito—. Lo quiero interpretar como signo positivo, aunque el destino nos sea desconocido. ¡Qué esplendorosa sales del sueño!, pensé al contemplarte. Sales a mi encuentro convertida en torrente de rosas, en amazona de brisas, en danzante

alumbradora de arpegios. Te miro, y siembras regocijo en mi pecho como un vergel de espumas.

»Ahora que te veo de frente, sigo sintiéndolo: qué lindos son tus pasos sobre las sendas terrestres, tus manos sobre el pan, tus ojos oteando el porvenir. Eres alegre melancolía y agua viva en la diáfana corriente. Sólo deseo que me permitas acercarme a ti desde mi migración de centellas, desde mi atalaya de ocasos, ande yo aquí o en la otra orilla. Quiero ofrecerte mi paisaje de brumas y también mi soleada espiral.

—Es el mejor regalo que me ha ofrecido jamás un hombre —manifestó Grácil, enredando sus manos en las de su compañero—. Quiero abrir las alas de mi vida junto a ti, fénix de mis vuelos, ya lo sabes. En estos tiempos, no nos podemos reprochar que intentemos también vislumbrar el futuro; pero, por favor, imaginémoslo sin nubes ni tormentas. Tal vez sea una superstición; pero quizá así logremos ahuyentar las sombras que parecen venir a nuestro encuentro.

—Eres mi ser humano favorito —dijo Aguayro.

—Y tú mi loco de atar predilecto —expresó Grácil.

—Ayer, antes de salir de mi apartamento, desde la ventana vi el mar, apenas un cuadro del mar —dijo el poeta—. Ahora lo vuelvo a ver desde aquí y pienso con pesar que no hemos tenido oportunidad de bañarnos juntos. ¡Han sido tan escasos nuestros días de unión! Si ambos estuviéramos bañándonos en la orilla del océano, mojados por sus aguas, te diría también que eres mi pez favorito.

»Pero ahora sólo te puedo decir que desde tu ventana el mar es más azul; parecen girar en límpidos bucles las olas y la arena atesora la última huella de tus pies descalzos.

Desde tu ventana la montaña es más alta; se recorta majestuosa bajo el cielo celeste. Y, tras la tormenta venidera, el arco iris tal vez sea una abalorio de melodías en rueda de colores.

—Incluso si fuéramos a velocidades diferentes, Aguayro —expresó la joven mirando el cielo sin nubes a través de la ventana—, nada nos impediría ir juntos, uno ayudando o apremiando al otro, hombro con hombro contra las adversidades, respirando el mismo aire, conjugando los mismos sueños. El problema, según creo, no es la velocidad, sino el objetivo; y nosotros compartimos el mismo.

—Tú eres ese ideal en forma de mujer, Grácil, corazón valiente y espíritu indomable. Eres flor de delicias y de rubores, columna de bríos. Creo que soy un hombre con suerte.

—Bueno, Aguayro, espero que me sigas soportando cuando descubras que también soy frágil, tierna, desesperada e impaciente. Cuando, tras las fugacidades y los desvaríos, aparezca la persona imperfecta que soy, con mi mal humor de los lunes, mis arrebatos de primavera y mis tristezas de Nochebuena.

—Claro, amiga mía —dijo el poeta, sorbiendo un poco de café—, te acepto entera, tal como eres. Necesito una domadora para mis sueños, que a veces se portan como leones rugientes. Cada día nos conocemos mejor por dentro y por fuera. Conozco las estrellas del cielo en tus ojos, el arbol de la tarde en tus mejillas, el día que refulge desde tus cabellos. Conozco la amapola silvestre en tus labios. Eres tierna como pétalo de cielo y decidida como jardín terrenal. Me gusta esa suerte de esplendor que hay en tu cuerpo.

»Hasta que te conocí, había experimentado mi vida como una serie de mareas que atiborraban mi pecho de olas y de sal. He sembrado agua y cosechado tormentas; he ido del despertar al dolor, de la lluvia al frío. Tal vez a partir de ahora mi vida sea un cauce liberador, eso espero. O tal vez me apresen agentes tenebrosos y me hagan desaparecer, no sé. Yo sé que hay olas de conocimiento que mojan las orillas del ser; sé que hay una brisa perfumada que conecta dos presencias que se anhelan. ¡Quien sabe si hallaremos una tierra y un tiempo que nos acoja!

Luego hablaron largamente de las posibilidades inmediatas. Acordaron verse en Sudamérica dentro de cinco semanas, cuando le correspondiese a Grácil disfrutar de vacaciones escolares. Aguayro suponía que para esa fecha ya estaría establecido en algún domicilio prestado o alquilado, y tendría algún asunto laboral en perspectiva. Crearon nuevos correos electrónicos y nombres ficticios para comunicarse sin riesgos de interferencias gubernamentales. Mientras durasen los días de travesía atlántica, Aguayro aconsejó a su amiga que no dijera nada de su partida a nadie; que tranquilizase a los amigos en todo caso. Ya se encargaría él de comunicarse con la prima Jonia, Chabela y los demás compañeros y compañeras. Después de haber arribado a las costas sudamericanas, bien guardado el secreto del nombre de la nave (para evitar posibles represalias contra los marineros), no habría inconveniente alguno en mostrarse públicamente, con prudencia, pues no pesaba sobre él ninguna acusación criminal y podría solicitar asilo político.

Más tarde leyeron por internet las últimas novedades bélicas del gobierno del general Tyrso. El panorama descrito seguía mostrando la violencia institucional como paradigma: más prisioneros, más asesinados, más desposeídos, más tierras desoladas. En

la remodelación gubernamental que el presidente-general ordenó, se incluía al ministro de Fomento y Difusión Cultural, Lucius Riogrande, ocupando también la vicepresidencia del gobierno; el general Publio Del Vernel accedía al cargo de Ministro de Planificación Militar; el empresario Celso Cardoso era el nuevo ministro de Avance Económico; y el dramaturgo Meandro Márgenes era designado asesor personal y jefe de relaciones con la prensa.

Al mediodía decidieron sobre el disfraz más conveniente para evitar que Aguayro fuese reconocido en el trayecto hasta el muelle. Después de varios intentos estériles con pelucas, Grácil optó por cortarle el pelo con maquinilla eléctrica, casi al cero, colocarle un bigote postizo bastante discreto y vestirle elegantemente con chaqueta y corbata.

Había bastante trasiego de coches, furgonetas, portacontenedores y camiones en la zona comercial portuaria, aunque aún era temprano para que el grueso de pasajeros embarcase. El poeta divisó el “Isla de San Borondón” mientras pagaba la cuenta y se bajaba del taxi. Le impresionó la estampa.

Era un catamarán casi tan grande como un portaaviones militar. Había buscado información técnica por internet, pero ahora le resultaba imponente: se trataba de un buque cortaolas de tecnología avanzada, a modo de ferry, cuya imagen estaba a medio camino entre un transatlántico y un Boeing último modelo. Tenía 115 metros de eslora y seis motores montados junto a los tanques de combustible, dotados de máximas medidas de seguridad y situados al extremo opuesto de las salas, lo cual hacía disminuir ruidos y vibraciones en las áreas de pasajeros. Sus diseñadores trataron de conseguir la

combinación óptima entre velocidad, línea vanguardista y maniobrabilidad, y al parecer lo consiguieron. Una estructura de aluminio plateado unía los dos cascos afinados en acero, con un ensamblaje también de aluminio; lucía una cubierta impecable y tenía bodegas para carga general y automóviles con acceso a proa y popa, lo cual facilitaba el embarque y desembarque de vehículos en puerto. Disponía de una capacidad total para 1.300 pasajeros.

A las dos en punto Aguayo Verdemar se hallaba frente al coloso catamarán, luciendo un apurado corte de pelo, falso bigote marrón y gafas de sol con cristales verdes. Llevaba un traje azul marino, camisa celeste y corbata de flores tropicales. Hacía fila, portando un bolso negro de deporte. Delante de él había una pareja de ancianos muy bien vestidos, que mostraban sonrisas amables.

Cuando le llegó el turno y subió a bordo, una mujer marinera, de unos veinticinco años, de cabellos rubios, ojos azules y sonrisa cordial, le hizo una señal de bienvenida y se ofreció a acompañarle a su camarote.

—Bienvenido, compañero poeta —le susurró—. Me llamo Elke y estoy aquí para ayudarte.

El camarote era pequeño pero pulcro y acogedor; constaba de una cama, un pequeño armario lateral, una mesa-escritorio con silla incorporada, un diminuto refrigerador, y un ojo de buey con doble cortinilla a un lado, que mostraba un mar en calma y en bajamar. También había una puerta verde que daba a un pequeño baño privado, con lavamanos, ducha y retrete. Elke le dijo que podía estar tranquilo, que todo estaba saliendo según lo previsto. Dentro de cuatro horas, al cabo de una hora de haber zarpado el buque, ella volvería a buscarle para reunirse con el contra maestre, que era el

otro componente de la Red SOMOS, y comer los tres en una sala más espaciosa. Para entonces ya podrían deliberar con calma, y comentar algunos pormenores.

Cuando la muchacha le dejó solo, el poeta respiró la brisa marina a través del ojo de buey, se tendió sobre la cama y exhaló un profundo suspiro.

—Es mi primer exilio, compañeros —dijo Aguayro, cuando se halló frente a Elke Pérez, que había estudiado Ciencias Políticas y ejercía como camarera, y Noel Gonsales, viejo marino de profesión y contramaestre de la compañía naviera. La sala de reunión estaba en el mismo pasillo de su camarote, al fondo—. Espero también que sea el último; aunque estoy dispuesto a batallar toda mi vida, si es preciso, por las ideas que defendemos. También es mi primera travesía en barco. Hasta ahora mi única experiencia marina se reducía a nadar, montarme sobre una colchoneta flotante en verano y practicar surf.

—No tengas ninguna preocupación, Aguayro —apuntó con benevolencia Noel, un hombretón de más de un metro ochenta, barba negra y aspecto cordial. Debía tener unos cincuenta años, y traslucía una feliz jovialidad y una salud hercúlea—. Lo más difícil ya se ha resuelto: has llegado sin novedad y hemos zarpado sin contratiempos. El viaje será ligero, ya lo verás. Dentro de tres noches ya dormirás en tierras del Nuevo Mundo.

—En tu camarote estarás bien —expuso Elke, impartándole algunas instrucciones, mientras distribuía diversos alimentos sobre la mesa —; lo hemos elegido en esta área, la de pasajeros extranjeros, donde hay menos posibilidad de que te reconozcan. Aún así debes tomar algunas precauciones, como realizar las comidas dentro, que yo personalmente te traeré, y salir a cubierta solamente de noche y bien

camuflado. Ten en cuenta que más de mil personas se desplazan en este buque, guardias jurados y gente de la farándula incluida; y aunque no creemos que se hayan cursado órdenes concretas, alguien podría identificar tu rostro.

—Bien, compañeros —dijo Aguayro, haciendo de manera cómica y afable el saludo militar—, obedeceré las órdenes que mis ángeles custodios me señalen. No pienso oponerme en ningún detalle al plan de rescate diseñado. No quiero que nos exponamos a ninguna contrariedad por mi culpa.

—Mientras estés a bordo conservarás los documentos falsos —señaló Noel Gonsales, mientras tomaba un trozo de tortilla—, pero una vez pises tierra firme, pases el control policial rutinario y salgas del recinto portuario, tras un tiempo prudencial de dos días al menos, ya no hay razón para ocultar tus verdaderas credenciales. Hemos contactado con compañeros allí que se alegrarán de recogerte y prestarte ayuda. No obstante, no hay que infravalorar la respuesta de la reacción. Aunque no pesa contra ti orden de busca y captura, el gobierno de la Nueva Era mantiene contactos internacionales, paga a mercenarios y no se detiene ante nada.

—Nos conviene mantener alta la guardia —manifestó Elke, alisándose las mangas blancas de su uniforme de camarera y probando una aceituna rellena de pimienta roja. A pesar de su juventud, militaba en la Red SOMOS desde los dieciseis años, según confesó—. El ultraliberalismo usa el poder para perpetuarse y no desdeña ejecuciones selectivas en cualquier país. La violencia institucional se recrudece, según vemos: es su forma de persuasión, mientras las libertades públicas se restringen.

—Sí, ellos seleccionan personas concretas o pueblos enteros para sus téticas dianas de exterminio—expuso Noel echando vino en el vaso de Aguayro y en el suyo

propio. Elke prefería beber un refresco de limón—. Se extiende el hambre, las pandemias y las miserias entre los muchos desposeídos; mientras la riqueza se multiplica entre los pocos potentados. Incluso, mediante el factor trabajo, con la acelerada desaparición de mecanismos reguladores, se compran o alquilan vidas humanas a precio de esclavitud y se agudiza el engranaje de las diferencias sociales.

—Sí, compañeros, es así —dijo Aguayro, insertando un trozo de tortilla con tomate natural en su tenedor—. Eso, sin hablar de los disidentes encarcelados, mujeres y hombres, a los cuales se les niega el más elemental de los derechos, la libertad, precisamente a causa de querer construir una sociedad libre. Para el ultracapitalismo los problemas son colectivos y las soluciones, si las hay, son individuales.

»Ya lo decía un político profesional a un miembro de su partido, aspirante a sucederle: “Vamos a cubrir de barniz democrático la autoridad, no sea que la plebe nos cubra a nosotros de ignominia existencial.” ¿Conocen ustedes aquellas famosas consignas...? Un muchacho idealista recorre aldeas y ciudades, con su guitarra al hombro y proclama: “El mundo es mi camino de libertad.” Otro joven, adscrito a las altas finanzas e hijo del empeño depredador, piensa de otra manera: “El mundo es mi recurso de posesividad.”

—Claro, las maneras y los comportamientos son diversos, según cada cual —expresó el contraamaestre barbudo—. El conformista obedece las leyes con devoción, al menos puertas afuera, en lo tocante a su rol público. El corrupto utiliza o manipula las leyes buscando su propio provecho, y procura infringirlas sin ser visto. El delincuente común las transgrede rutinariamente, sin pensar en su imagen cívica, pues le importa un comino lo que piensen los demás. El revolucionario, en cambio, a veces se ve obligado a

saltar por encima de las leyes injustas, buscando el bienestar colectivo, aún a costa de su propia seguridad personal.

—Sí, es curioso cómo se difunde la ideología convencional de manera arbitraria y sesgada —manifestó Elke, mostrando una mezcla en su carácter de determinación juvenil y calma madura—. Por ejemplo, existe la costumbre entre muchas familias comunes de almorzar viendo la pantalla del televisor, durante la emisión del telediario. Sin duda, la comida digerida y la ideología asumida se unen con resultado de la reproducción de los discursos. Pienso que éste es uno de los grandes recursos de la propaganda institucional. Por otro lado, alguna gente se queja del uso de sus impuestos, destinados (cada vez menos) a cubrir necesidades sociales apremiantes para los más desfavorecidos. Resulta fácil atacar al más débil que se lamenta, y no contrariar al poderoso que vive en medio del derroche.

—Desde luego, siguiendo las vicisitudes del dinero —dijo Aguayro— vemos que todo el capital del mundo tiene color rojo; pero no por ideología, sino porque está teñido de sangre, aquella que ha sido derramada por los trabajadores explotados y por los pueblos masacrados. Había una vez un mendigo, sentado en la acera, que llevaba un cartel colgado del cuello donde se leía: “Soy hijo ilegítimo de papá capitalismo y mamá democracia.” Luego pasó otro mendigo por la calle y le dijo: “Voy a ver si me busco la vida rebuscando entre la basura.” Mientras tanto, en el piso cincuenta y dos del edificio de enfrente, el director gerente de una gran empresa muy conocida por sus efectos contaminantes, decía otra cosa en el consejo de administración: “Señores, hemos de buscarnos la vida, aunque sea convirtiendo el mundo en basura.”

—Parece que se trata una larga tradición que nos persigue y nos amenaza — adujo Elke, mientras untaba un poco de pan con una salsa picante de guindillas—, desde la Revolución industrial, si nos referimos a la preponderancia del dinero. O desde la era prehistórica, si nos referimos al predominio del abuso y la fuerza bruta.

—Cierto, Elke, pero en esto yo haría alguna apreciación —intervino Aguayro, tomando el vaso de vino con su mano derecha—. Creo que distinguiría entre tradición nefasta y tradición sana. Es cierto que se imponen hábitos o costumbres perniciosas, donde la razón es violada por el oscurantismo más feroz; por ejemplo, cuando la gente habla de que toda la vida ha habido guerras, y no asiste a manifestaciones para expresar su disconformidad o para intentar detenerlas. No obstante, la tradición saludable también existe, cuando nos conecta con la sabiduría esencial, con la fraternidad histórica. Una muestra palpable es esta hospitalidad que les debo agradecer, compañeros. De momento, creo que les debo la vida.

—Bueno, compañero Aguayro, sólo hacemos lo mismo que tú harías por nosotros —señaló Noel, alzando su vaso—. Si no nos apoyamos mutuamente, ¿cómo podríamos contribuir a un mundo mejor?

—Sí, Noel —dijo el poeta—. El poder está tratando de dismantelar toda red de asistencia cívica. La solidaridad con los presos, queda reducida, en el ámbito legal, a los familiares, a los que se les cancela incluso permisos de visita, y se les obliga a largos desplazamientos hacia cárceles lejanas. Es duro de soportar, sobre todo para las personas mayores.

»En los libros míticos antiguos se habla de los ángeles vengadores como portadores de las espadas flamígeras de los tiempos, que defienden el candor de las

personas inocentes. Creo que debemos, a nuestro modo humilde, tomar el relevo de ese porvenir de esplendor que debe llegar, si no queremos que el próximo arcoiris sea de un único color grisáceo.

»Esto me recuerda a un hombre muy beato, pío y rezador, profundamente enraizado en la religión de sus padres y abuelos, que acude a la tumba de sus ancestros, y confiesa: “Soy tan creyente en el dogma de la piedad que contribuyo grandemente a convertir la Tierra en un valle de lágrimas.” Entre tanto, un zombie sale de la tumba, con el cabello despeinado y sin haberse hecho la manicura, con aspecto de haberse desplazado por inmensos túneles de lodo, y le dice al otro: “Vengo de ultratumba y no creo en la existencia del alma.” Entonces el hombre pío, algo turbado, pero manteniendo la compostura, pues resulta ser jefe del departamento de inversiones de una gran compañía, le contesta al zombie: “Bueno, pues yo tampoco creo en la existencia de la honradez, y presumo de vivir y trabajar en medio de los más honrados.”

—Todo podría suceder si no obtenemos avances eficientes, tanto en lucha social como en ecología —dijo Elke, mostrando sus bonitos dientes mientras esparcía su sonrisa—. Todos los grandes imperios han caído, pues ninguna ambición desmesurada y urdida contra el bienestar de la humanidad puede perdurar indefinidamente. Los narradores antiguos nos hablan de la caída de la Atlántida, de la debacle del Imperio Romano. También caerá la alianza imperial de la Nueva Era.

—Es cierto; aunque según veo —subrayó Noel, con cierto aire de aflicción en sus ojos— tal vez el mayor fallo predictivo de las teorías revolucionarias no radica en la muerte de la civilización burguesa, pues todo apunta a que ocurrirá. Pero si por medio de las fuerzas liberadoras no logramos difundir nuestras tesis democráticas y propiciar la

transformación, la propia sociedad ultraliberal acabará suicidándose, y toda la Naturaleza y la Humanidad caerán también.

—Bueno, compañeros, no sé si se podrá escribir historias en el más allá —dijo el poeta, saboreando con deleite un trago de vino—. Si fuese así, entrevistaría en el mismísimo infierno a personajes famosos por sus maldades: genocidas, sátrapas, oficinantes crueles... Les pediría sus impresiones de por qué se esforzaron por destruir la concordia e imponer las guerras y los engaños como mecanismos de acción. Supongo que todos se echarían las culpas unos a otros; nadie querría asumir su responsabilidad. Unos dirían: “Yo creía que el dinero era la piedra filosofal para lograr la metamorfosis.” Otros se justificarían así: “Es que confundí los vicios privados con las virtudes públicas.” Otros, conversos al poder del mercantilismo, admitirían su tránsito voluntario: “Me confundí, y después de vociferar *Venceremos* en los mítines electorales, pasé a proclamar *Venderemos* en los despachos ministeriales.” Habrían otros que se ocultarían entre los velos místicos y dirían: “Recé mucho para que se me mostrara el camino de la luz, pues yo creía mucho en Dios; pero desgraciadamente Dios no creyó mucho en mí.”

—Tal vez no deberías esperar a cruzar la laguna Estigia —manifestó Noel, sonriendo—. Eres un poeta con ideas propias; puedes escribir cuando quieras una obra de teatro con ese argumento.

—Oh, gracias, compañero —dijo el poeta, inclinando la cabeza con cierto aire efectista, como si fuese actor en una comedia frívola—. La verdad es que no me he planteado lo que haré. Recién estoy huyendo, y ya veremos cuál es la capacidad de maniobrabilidad que puedo ejercer en esta odisea. Me hallo ahora como aquel

administrador de grandes fortunas que, antes de pasar al más allá, le preguntaba a su confesor: “¿En el otro mundo habrá una economía centralizada o funcionará igualmente el mercado libre?”

»Por otro lado, yo procuro no mitificar la literatura. Un libro implica un número limitado de páginas, de ocurrencias, de palabras, de signos ortográficos. Pero la vida no es un libro: se parece más a un caudal de agua que fluye, como bien describía Jorge Manrique. Hay relaciones que florecen y se pierden, situaciones que se realizan o se añoran, hay una identidad personal que revela su fulgor o su quebranto a cada paso. Esto es así a pesar de la mirada retrospectiva y del desatino: desgraciadamente no se puede volver atrás y desandar los caminos.

»Algunas culturas antiguas, más respetuosas con la naturaleza, afirman que la muerte es la mejor consejera y la belleza nuestra meta. Tal vez sea cierto, si entendemos por muerte ese abismo siempre cercano que nos impulsa a vivir la vida con intensidad, y por belleza ese argumento que trasciende el cuerpo físico, dándole un sentido vivencial.

»Alguien, sin embargo, me puede corregir con razón. Me puede decir que el libro revive en la mente de quien lo lee; esto es verdad. Yo solamente quiero defenderme diciendo dos cosas. Primero, que el libro es un mapa y la vida es la verdadera travesía. Y segundo, que en los libros se pueden aprender algunas cosas, pero en la vida se puede aprender todo.

»Creo que hay que buscar la respuesta a nuestro peregrinaje en la propia vida, no en los libros; mantenerse en una buena disposición de sociabilidad y placidez, en una suerte de voluntad creativa, dispuesto a revelar el espíritu lúcido y diligente.

—Estoy de acuerdo contigo, compañero. Recuerdo haber leído acerca de la Revolución francesa —adujo Elke—. En la llamada época del Terror, cuando gobernaba

el Comité de Salvación Pública, se cortaron el mismo número de cabezas en un año como asesinados hubo en sólo una semana en cualquier país sudamericano de dictadura militar del siglo veinte. En el presente, el ejército de la Nueva Era incluso amplía el récord de los antiguos militares golpistas. Pero el Terror sólo se le atribuye a Saint-Just o a Robespierre, de quien dijo Mirabeau: “Llegará lejos porque cree en lo que dice.” Hoy en día a los que creemos en lo que decimos y procuramos hacer lo que creemos, nos persiguen. Quieren cortarnos las alas.

—Claro. El mundo se impone como una mentira consensuada —dijo Noel—. Sólo los necios y los manipuladores la niegan. Unos porque prefieren vivir sin saber, y otros porque obtienen ventaja de la ignorancia ajena.

—Sí, el ultracapitalismo sólo precisa apelar al individualismo apremiante — señaló Elke—. La liberación, en cambio, necesita de la labor, la entrega y la participación de los miembros de una comunidad. Y la gente sólo arrima el hombro colectivamente cuando se ve obligada por la necesidad, o cuando está inspirada por altas dosis de entusiasmo. Y no sólo eso. Los procesos de emancipación necesitan expandirse, mediante la cooperación o la participación internacionalista. Esto representa todo lo contrario a la depredación imperial, que se extiende mediante el saqueo, la invasión, la subyugación o el asesinato de multitudes de personas.

»Es como el concepto de revolución. Significa un cambio social repentino, y a menudo violento, en la autoridad de un país. Un modelo cede el lugar a otro. Pero, paradójicamente, son las empresas u organizaciones formales más compinchadas con el sistema vigente las que proclaman, cuando ansían un éxito masivo de ventas en el

mercado, el uso de métodos o sistemas “revolucionarios”. Tal vez lo hagan para exorcisar por medio de la palabra aquello a lo que temen en el orden político.

—Oh, sí; la gente ultraliberal es muy lista, sin duda —reflexionó el poeta en voz alta—, aunque desprecian alevosamente la famosa pirámide de necesidades humanas de Maslow, que aconseja empezar por lo más básico y primario: la comida, el agua limpia, el abrigo... Estos señores son *progresistas* en un sentido: propician con su actuación pública un *progresivo* empobrecimiento de la población. Es como cuando aparece el ministro de Avance Económico y le dice a un alto funcionario: “El fervor de las masas se acrecienta con la levadura del consumo.” Y el otro, experto en diseñar planes de ajuste salariales, le responde: “El infierno de la desigualdad es el paraíso de la economía.”

Esa noche, extremando las medidas de seguridad, Aguayro permaneció un rato en la cubierta del barco. Hacía viento y frío. Se ajustó bien el sombrero azul de ala ancha, se subió el cuello del abrigo y se anudó la bufanda. Necesitaba respirar a pleno pulmón, presentar la piel de su rostro a la noche, al salitre y a la brisa atlántica, ver las estrellas. Permaneció en el costado de estribor, muy cerca de popa, y observó las estelas blanquecinas que se perdían en medio de la oscuridad, masticadas por la noche. Pensó en la vida que dejó atrás.

Luego regresó a su camarote.

“La vida es breve y enigmática”, pensó el poeta mientras se estiraba sobre la cama, “como una una parábola en el fragor de la danza de los tiempos. Apenas vislumbramos destellos e imágenes del cosmos, del infinito. ¿Qué podemos saber, pobres ilusos, ante las puertas de lo inconmensurable?”

Y siguió pensando en forma de poesía:

“Hay estrellas videntes que fecundan los mundos y cometas fugaces que predicen las sendas.

»Somos la cima y el abismo, la estela y la nada. El sol nos revela, la luna nos absuelve. Quimera fuimos un día, y la libertad nos sopla su brisa viajera.

»Percibimos la luminosa antorcha de anunciación en medio del silencio nocturno. Insurrecta es la senda de los libertadores. La dignidad resplandece frente al despótico dedo de los quebrantos.

»Sutil es la llamarada de reverberación en la soledad del ser. Iridiscente es el fluir interno del caminante.

»Hacia la fuente perpetua de la identidad encaminamos los pasos. Nace la vida, muere la nada. Crepita el cosmos en el corazón del aire.

»¿Pero adónde conduce el destino? He explorado tenebrosas grutas, asaetadas de escalas y raíces. He navegado corrientes de espasmos, que blandían espadas de agua y fuego. He escalado montes de hielo donde el silencio dormía junto a la luz. He recorrido páramos desnudos cuyos ecos eran cánticos de otras edades. He atravesado bosques poblados de árboles que parecían cariátides y grifos expectantes.

»La experiencia queda atrás, desnuda de corchos y palabras. Y la lección permanece asilada en el pecho, y comparte con la vida los pétalos de salud desentrañada.

»Pero resulta sangrante este vacío de estrellas desintegradas en el ánimo. Así pues, ¡basta ya de parsimonias, de almorzar cada día con nuestro verdugo azul, de tender la ropa limpia ante la víbora santificada! ¡Basta ya de osarios coleccionados, de vanidades vueltas a componer, de olas desplegadas sobre la luna!

»Es notorio que las corrientes tenebrosas quieren destruir el verano de soles reveladores y vientos refrescantes. Quieren prohibir la primavera, empujarla contra la pared de hormigón, y arrancar todas las flores y todos los besos. Quieren suprimir todas las hojas del árbol del sosiego, cortar el árbol de raíz, quemar la tierra y ahogar los mares.

»Un invierno absoluto y gélido como el abrazo ausente, como la fruta sin semilla, eso ambicionan. Un espacio hendido de muerte y opresión, de miedos y corazas, eso quieren. Un invierno con fuego central, eso sí: sus bombas, sus rayos cegadores, sus aviones invisibles, sus multiplicaciones de hambres y corruptelas.

»Con todo, los hombres tienen la palabra. Y también tienen el silencio. Después de todo, a pesar de todo, algunos hombres y algunas mujeres avanzan entre la tierra y la nada. Entonces, mientras podamos, caminemos traspasados del pulso esencial.

»Todo pasa, nos dicen: esta huella, aquel vuelo, la noche indeleble, el día del resplandor. Pasa incluso la incendiada estrella que alumbra el extravío mundano. Pasan las risas y los lamentos, el gozne de los tiempos fatuos y el relampagueo tenue de los placeres.

»Pasan tus ojos de mi rostro a mil rostros. Pasan tus manos de mi despedida a otros encuentros. Pasas de una isla a otra orilla, del continente antiguo al nuevo continente. Pasas de un beso a un anillo, de un sueño a una floración. Pasan los años y las memorias. Pero la eternidad no pasa, perpetua invitación al intrínseco ser.

»Un día el abismo escalábamos con las manos desgarradas, sudando infiernos, llorando volcanes de extenuación. Con la mirada perdida y la garganta reseca apenas ascendíamos, lentamente, pétreos adioses y gélidas osadías.

»Otro día aspiramos un perfume de arrebol y simiente, y exploramos la conciencia transfigurada de sol naciente. Con el corazón tornasolado, con las alas de la percepción aprendimos a volar. Entonces, codo a codo con la vida y la sombra, hallamos la diamantina luz del despertar.

»Ese día percibimos que el destino estaba escrito en el afán cotidiano.»

Aguayro se levantó de la cama. Sacó una botella de agua de la pequeña nevera y bebió un buen trago. El ojo de buey estaba abierto y del mar le llegaba un olor a vainilla y sal, a limón y estrellas. Pensó en Grácil. Sabía que ella también estaría pensando en él.

Y volvió a discurrir en poesía:

“El rayo plateado es sólo una luz de segunda mano en la silueta de la amada; no llega hasta el fondo de la mujer, ni escudriña su sueño delicado; ni siquiera alumbra su mirada alma adentro. Es sólo una luz ajena, apenas abierta a los intersticios de la premonición, acunada en los páramos abandonados de la batalla que perdimos, de la lucha que volveremos a entablar contra los sables de la perfidia.

»Pero ella no lo sabe: duerme. Duerme con el aliento anhelante de luz primigenia.

»Y aquí es donde yo, humildemente, entro. Apenas me asomo por la ventana iluminada de escarchas salvajes, la veo dormida. La miro complacido. Es tanta la belleza floreciente, es tan nítido el latido de inocencia y tenacidad. La miro complacido, a pesar de los cuchillos que asoman al viento, a pesar de mis almohadas pétreas.

»Por ti fulge la estrella herida esta noche y te nombro desde mi cárcel de silencios.

»Nada espero, pues nada soy: una chispa de luz en medio de dos mundos, una palabra centelleante que cruza un abismo de deseos, un incendio de sol que el ocaso olvida. Pero ofrezco lo mejor de mí, todo y nada, tierra donde se despereza la primavera, aire donde los mensajes reverberan...»

Aguayro sintió sueño. Se desvistió, dobló cuidadosamente la ropa, la metió en el cajón superior del armario, introdujo los zapatos en la parte inferior y encajó su cuerpo desnudo en la cama. Enseguida se le cerraron los ojos.

El inconsciente del poeta contempló el universo humano. Ante la pantalla de su adormecida mente pasaban ciudades atestadas de gente y humildes poblados que bullían en sus faenas campestres, superficies devastadas y campos de labranza, máquinas de labor y aviones de guerra...

“Quebranta el imperio la orquídea, con violencia de ejército gris; usurpa el sustento de trigo y miel, arrebató el sueldo insobornable de la generación de afanes.

»Quebranta la zarpa imperial la espuma del sosiego, masacra razas de utopía y videncia, en tiempo de torrencial vanagloria y tentáculos urdidos, en tiempos de rebelión engarzada en los pechos.

»Surgen así tiranías de chirriantes testas y baldías sementeras, sin que proteste el mar o se encolerice la tierra. Es tiempo de sal en la sugestión de escaleras.

»La opresión se asienta en la argucia y el miedo; hace que la liberación parezca cáscaras de trueno. Pero anda en juego la piel, los garbanzos, y el destino de la humanidad en su juntura universal.

»¿Y qué decir de la mordaza, de la murmuración de falacias, del dolor humano, de las ejecuciones contra estandartes de rectitud? ¿Y qué decir del flagelo y la

fulminación, de la cruzada incendiaria contra pabellones de sol, que bordan en el pecho atormentado un tapiz de aldeas quemadas y muchedumbres en destierro?

»No hay dictadura de herrumbres que perviva al clamor, ni parlamento de opresión que desraíze la navegación de ternuras. No hay proceso de agravios que disipe la orfebrería de conciencia, ni aún prisión o nudo corredizo y patibulario.

»Cuesta trincheras de leche tanta sombra, tanta abstracción de lejanías a la luz de la conciencia. Atrás quedan los festejos de las vanidades y la avanzadilla de irascibles huesos.

»No se puede retroceder ante la reproducción de inquietudes. Hay que andar paciente los bélicos atolladeros y las austeridades, súbdito de la propia voluntad, heraldo de concordia entre los silogismos que redoblan. No se puede retroceder ante la sugestión del engaño: hay que pisar firme entre tauromaquias de calle, lanzarse resuelto a las desembocaduras del alba.

»Han de claudicar los abusos, las emboscadas de cruel Septentrión, las mazmorras del olvido, las sombras atornilladas a las perspectivas del ensueño. Han de claudicar las vísperas grises y las mordazas del poder de bastos, las marionetas ávidas de rapiña y holocaustos, el zigzag oscurantista de las hipocresías, para que un renacimiento de fúlgida arquitectura encauce el arroyo de las estaciones y la oscilación de los acontecimientos, para que una atmósfera de límpidas alas promulgue abrazos y ternuras, entre rayos de azafrán y verdor.

»Cuando la noche se prolonga en la noche y se vulneran proezas de miel e itinerarios, cuando se recorta la esperanza o se mutila la risa, de nada vale el acopio de esponjas ni los honorarios. De nada vale el polvo templario ni la espiga de mercader. Sólo queda la estrella, y el corazón que grita y alumbró su flor.

»Comienzo de milenio: piedra sobre piedra, destierros de ajeno sobre la oniromancia del viento. Universal es el rito antagónico, el calcañar errante de las medusas en flor. Universal es el óxido de identidades y nivelaciones. Universal es la carnicería de soles sobre las sementeras del sur.

»Ojalá fructifique la longitud solidaria y las margaritas de la sublime intención se eleven en el ámbito planetario. Ojalá se quiebre la hipoteca de la guerra, se homologue un mundo sin hambre ni despotismo. Ojalá se restituya a la Tierra la esperanza verde, y la fauna despliegue su alzada libre y, en amnistía de alegres semblantes, perezca el odio en la hoguera, y parta el hombre al encuentro de su equidad.

»Avanza la luz esencial desde la perseverancia, desde la entrega; recrea signos de agricultura indomable y noches de insondables violetas.

»Sólo nos queda vivir. Vivir perviviendo los espíritus de luz, espoleando estrellas, declarando perenne el vergel de la conciencia. O tal vez morir, morir en equilibrio de libertad, con el pecho erguido de inventivas; morir de arte insurrecto para renacer en la selva del amor.»

Y el poeta se vió suspendido sobre la Tierra. Contempló galaxias claras que se desparramaban en infinitud, vías lácteas que giraban entre música de estrellas, astros de fuego que giraban entre ecos y llamaradas. Su visión fue acercándose a la Tierra, y vislumbró océanos y tierras, cordilleras y montes, valles y ríos.

“Cada lugar es sagrado, cada tiempo es un grial. La puerta de las latitudes abre paso al puro ser, y las veredas de certidumbre crean arbitrajes de consanguinidad. Cada olvido es ausencia, cada avance es autenticidad. Y llega la risa y uno ríe, y llega el abatimiento y uno se duele, y se cultiva al afecto en sendas de respiración.

»Quiero recorrer los paisajes ancestrales de las anunciaciones, y dejar atrás las letanías de disfraces de alcornia. Quiero hermanarme con la senda del altiplano, con los valles donde discurre el torrente, y albergar en mi latido los mensajes perpetuos del alba.

»Quiero hallar la senda de paradisíaca cúpula, moldear allí rebeldías de barro, travesías de liberación. Quiero fundirme en el orden cósmico como labrador de cadencias, enarbolar la cosmogonía del sentir, descubrir el tesoro de humilde guirnalda. Apenas ser nada, congraciado de fuegos, confabulado de vientos, suavemente masajado por la tierra maternal.

»Integral es la azada de las revelaciones, la agricultura ferviente de acordes y travesías, el abrazo de los regresos. Integral es el apoyo invisible, el arpa de consagración que vibra en la escenografía de la paz.

»Y allá vamos, eludiendo acosos de hiedra, rehuyendo resacas filosofales, en medio de un flamear de tareas y desapegos. Somos relámpagos de un sueño, instrumentos de la luz en desarrollo.

»El tiempo pasa en pos del áureo retorno, mueve molinos de cotidiana labor con su clamor de bonanzas y su aguja de tempestades. Abro el tercer ojo, navegante de silencios y estíos. Enraizo mi sangre atlante, entre la soledad de los ígneos senderos y la espontaneidad de los saludos compartidos.

»Habrà que preservar la hierba heráldica de las navegaciones, vincular arte e intensidad, caminar, mojarse el alma y el oficio, alcanzar el unánime centro, la luz de inspirado solsticio que derriba muros de ignorancia, que libera tanta primavera cautiva y persevera en el advenimiento de estrellas.

»Súbitos ruseñores garabatean libertades sobre trigales y vecindarios. Timbales de avituallamiento proclaman abrazos a mandíbula meridional. Prosperidades de

bizarrras estirpes vapulean máscaras y esfinges de hielo. Y sucede que tras la vanidad vencida retumba el tambor de hermandades.

»El sentir llamea como aurora derramada, con origen sibilino de profundidades causales, y parte en flecha desde el corazón cultivado hasta el centro de la existencia compartida. Las vibraciones instauran cauces de similitud y apetencia, de reconocimiento y complementariedad.

»Contamos con las palabra y la acción, para exponer la vida en armonía de fuegos. Y caminamos de espaldas a disimulos y orgullos, mano a mano entre el verbo y el ejemplo.

»El tiempo pasa en pos de la exaltación de armonías, en plena cabalgadura de sentidos y presagios, recrea abastos de sol y terapias de luna; hasta que por fin, libres de ataduras sombrías, rindamos cuentas a la armonía sobre los desfiladeros planetarios.»

Amanecía. Aguayro Verdemar se desperezó, abrió las cortinillas del ojo de buey del camarote y contempló un cielo gris y un mar crispado. Llovía brevemente sobre el océano. En la lejanía, un albatros solitario tomaba la dirección del barco.

“El mundo de los sueños nos brinda una experiencia misteriosa, un refugio que a veces las vigilia nos niega.”, pensaba. “Allí establecemos afectos connaturales, compartimos mensajes de saludo y aprecio. Y sólo nos queda, al despertar, vestigios de serenidad o destellos lejanos de iluminación que nos sumergen en la añoranza de un mundo perdido. Y quedamos a expensas de la soledad, de las preocupaciones cotidianas, del crudo vaivén de proyectos y vicisitudes.

»Prosigue el universo su viaje sideral. Gira el mundo en su itinerario de estaciones, meses y días. Corren los ríos, se arremolinan las olas marinas, despliega el

viento sus alas. Y me encuentro aquí, en medio de mi destino. ¿Dónde está aquel guía invisible que, en algunos momentos de mi vida, protegió mi cabeza estrellada e iluminó mis pasos oscuros, entre chispas de eternidad y sueños de armonía? ¿Dónde está la mágica luz que me enseñó un día el sendero de la mirada florecida, la sonrisa radiante y la pura espuma? ¿Dónde están esos caminos verdaderos, abiertos al clarín utópico, al entendimiento fraternal? ¿Dónde rezuma la fuente mágica del ser, el propósito veraz e irrenunciable?

»Multitud de proyectos creativos, fulgurantes, vagan solos, perdidos en el universo anónimo de la Humanidad. Sus autores, personas a la búsqueda del descubrimiento esencial, tal vez sientan tristeza o soledad, quizá han muerto ya, olvidados o vilipendiados. Tal vez nadie les recuerde, y ni siquiera sean un soplo en los labios de una persona entrañable. Perdidas sus señas de identidad, mutilada o destruidas sus obras, ¿adónde fueron su inspiración, sus pasos audaces, su imaginación fecunda, sus mejores pensamientos?

»Me pregunto si es posible recuperar la vida en comunidad, la vieja utopía de un pueblo hermanado en faenas conscientes y solidarias. O tal vez haya que empezar por la relación entre dos seres libres y sinceros que se aman, y luego la onda se amplía. No sé. Es difícil la concordia. Primero, porque la misma sociedad nos segrega, nos obliga a dirimir situaciones de supervivencia individualista. Segundo, porque la gente se aleja de sí misma, de sus propias percepciones, y desconfía de los demás. Subsiste la esperanza, desde luego. Pero nos cuesta sudores y resuellos saludarnos a la luz del mismo sol que ayer nos veía danzar, esperanzados y dichosos. Tal vez habremos de engendrar nuevas rutas a partir del infortunio erigido como norte.»

La llegada a puerto sudamericano, el desembarco, la recogida de la maleta y el paso por la aduana resultaron ocasiones sencillas de probar el temple y mantener el sosiego. Algunos compañeros de la Red recibieron al poeta con alegría y afecto, y le proporcionaron un domicilio provisional y todo lo necesario para continuar en la brecha.

Permaneció algunos días en una casa rural con huerto y disfrutó aprendiendo las técnicas y labores cotidianas de la vida del artesano ceramista y del agricultor de verduras biológicas. Un día, mientras paseaba, encontró dos flores marchitas sobre una piedra; recogió las semillas, hizo un largo surco en la tierra y las sembró. Tal vez dentro de poco tiempo, pensó, una alfombra multicolor bendeciría sus campos. Luego llovió.

"Juan Antonio Delgado" <soldecanarias@gmail.com>